

Colección Centenario
Coordinador: Dizán Vázquez

La Colección Centenario es una serie de monografías sobre la historia de la Iglesia en el Estado de Chihuahua. Tiene como finalidad contribuir al conocimiento de nuestra herencia cristiana, con ocasión del I Centenario de la Erección de la Diócesis de Chihuahua (1991), y el V Centenario del Inicio de la Evangelización de América (1992).

Títulos publicados

1. Historia del Seminario de Chihuahua. Félix Martínez
2. El Padre Maldonado, vivió y murió por Cristo. Mons. Martín L. Quiñones.
3. Bachíniva, antigua misión franciscana. Mons. Carlos F. Enríquez.
4. Apuntes para la historia de la Iglesia en Villa Ahumada. Félix Martínez. (Agotado).
5. La guadalupana que sudó tres días. Lauro López Beltrán.
6. Namiquipa, misión-presidio. Mons. Carlos F. Enríquez (Agotado).
8. Historia de las rebeliones en la Sierra Tarahumara, 1626-1724. P. José Neumann. Luis González Rodríguez (Ed.).

Títulos en preparación

7. Historia del templo de San Lorenzo y misiones aledañas. Mons. Carlos F. Enríquez.
9. Informe de Medrano. La Nueva Vizcaya a mediados del siglo XVIII. P. Diego de Medrano. Zacarías Márquez Terrazas (Ed.).
10. Misiones, colonias y ejidos del noroeste de Chihuahua. Primitivo Santamaría, O.P.
11. Crónicas de la Sierra Tarahumara. Luis González Rodríguez.
12. La persecución religiosa en Chihuahua, 1910-1940. Gerald O'Rourke.
14. Satevó. Zacarías Márquez Terrazas.
15. Efemérides de la Iglesia en Chihuahua. Dizán Vázquez L.
16. Origen de la Iglesia en Chihuahua. Zacarías Márquez Terrazas.

066295

P. Joseph Neumann
Luis González Rodríguez (ed.)

**Historia de las
rebeliones en la
sierra tarahumara
(1626-1724)**

Traducción del latín
Joaquín Díaz Anchondo y Luis
González Rodríguez

Introducción y notas
Luis González Rodríguez

Colección Centenario, No. 8

Editorial Camino
Chihuahua
1991



© Derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial.

Fotografía de Portada: P. Luis Verplancken

Primera Edición. Marzo, 1991: 2,000 ejemplares.

Se imprimió en los talleres gráficos de Editorial Camino, S.A. de C.V. Apartado 877. Tel.
(14) 18-73-61 Chihuahua, Chih.

INDICE

Introducción:	5
Carta del Padre Joseph Neumann al reverendo padre provincial de la provincia de Bohemia.	11
Dedicatoria	15
I. Las primeras sediciones de los tarahumares son regadas con la gloriosa sangre de cuatro misioneros.	17
II. Restauración y desarrollo de las misiones de la tarahumara.	29
III. Nueva sublevación de los tarahumares, junto con otras naciones vecinas, en la que mueren dos misioneros por causa de la fe.	43
IV. Ultima rebelión de los tarahumares, de más duración que las anteriores, memorable por el incendio y destrucción de los templos.	65
V. Nuevas insidias de los tarahumares.	141
Archivos consultados	173
Bibliografía	175

Por tratarse de la experiencia histórica de un antiguo misionero de la Tarahumara se da a luz como parte de las conmemoraciones con motivo del primer centenario de la diócesis de Chihuahua, erigida en 1890.

Luis González Rodríguez
Instituto de Investigaciones Antropológicas
UNAM.

Pedregal de San Nicolás, Tlalpam
6 de junio de 1990.

Carta del Padre Joseph Neumann al reverendo padre provincial de la provincia de Bohemia

Reverendo Padre Provincial de la Provincia de Bohemia:¹

Envío un opúsculo a nuestro muy reverendo padre general² con la **Historia de las rebeliones de los tarahumares** en esta misión de la Tarahumara en América del Norte con el fin de que, si le pareciera oportuno, se diera a conocer a toda la provincia de Bohemia.

En 1678, nuestro padre general Gian Paolo Oliva³ se dignó destinarme a esta provincia mexicana a la que llegué después de dos años. Fue hasta 1680 cuando pude arribar a esta misión de la Tarahumara en la que llevo ya 43 años de trabajo con amor y perseverancia. Cuatro veces he sido nombrado superior inmediato⁴; tres veces he sido visitador de las misiones⁵ y, a petición de varios de nuestros misioneros, escribí esta narración, que dedico a los padres

1. El padre Frantisek Retz, fue provincial del 4 de diciembre de 1718 al 21 de enero de 1720, y posteriormente, del 18 de julio de 1723 al 9 de junio de 1725.

2. El padre Michelangelo Tamburini, fue general de los jesuitas del 31 de enero de 1706 al 28 de febrero de 1730.

3. El padre Gian Paolo Oliva fue general de los jesuitas del 31 de julio de 1664 al 26 de noviembre de 1681.

4. Neumann fue superior de la Tarahumara de 1687 a 1690 y, posteriormente de 1702 a 1705, así como de 1711 a 1717.

5. Neumann fue visitador de las misiones de la Tarahumara de 1696 a 1699, de 1705 a 1708 y entre 1711 y 1717.

de la provincia de Bohemia⁶. Después de mí, llegaron a esta tierra otros muchos misioneros, algunos de los cuales ya han muerto; a saber: el padre Adam Gilg⁷; el padre Maximilian Amarel⁸; el padre Johann Christoph Verdier⁹; el padre Vaclav Eymer¹⁰; el padre Villem Illing¹¹; y hace poco, el 22 de febrero último, el padre Daniel Janusky¹².

Quedamos vivos sólo el padre Jirí Hostinsky¹³, y yo, que

6. Varias veces Neumann hace mención de los misioneros germanos que vinieron a México. De 1680 a 1769 llegaron 40 provenientes de la provincia de Bohemia, actual Checoslovaquia.

7. El padre Adam Gilg nació en Rymarov, Moravia, el 20 de diciembre de 1653, ingresó con los jesuitas en 1670; y en 1687 llegó a México de donde fue enviado a atender los indios seris de las misiones de Sonora. Ahí se encontraba aún en 1708. Fue misionero, cartógrafo y escritor.

8. Maximilian Amarel, nace en Praga en 1651; ingresa con los jesuitas en 1667 y para 1686 lo encontramos en las misiones del norte de México. Trabajó en las misiones de Teópari y Yécora en Sonora; para 1693 se le traslada a las misiones de Sinaloa. Falleció en la misión de Tehueco, el 9 de julio de 1696.

9. El padre Johann Christoph Verdier, nació en Bohemia en 1662, ingresó a la Compañía de Jesús en 1680 y llegó a México en 1689. De 1690 a 1696 estuvo en varias misiones de la Tarahumara: Carichí, Nonoaba y Papigóchi. También misionó en Sonora. Murió antes de 1708.

10. Para datos relacionados con el padre Eymer, Cfr. *infra*, capítulo V, nota 32.

11. El padre Villem Illing era de la provincia de Bohemia, donde nació en 1648; ingresó con los jesuitas en 1664. Desde 1688 atendió las misiones tarahumaras de Cajuríchi y Norogáchi y después de 1693 se trasladó a la misión de Chínipas donde atendió a los tarahumares de Loreto. Falleció en 1712.

12. El padre Daniel Janusky, nació en 1662 en Wroclaw, Silesia, ingresó con los jesuitas en 1678. A fines de 1692 estuvo en la Tarahumara y en 1693 pasó a ocuparse de las misiones de Tubutama, Teópari y Oposura en Sonora. Falleció en 1723.

13. El padre Jirí Stanislav Hostinsky, nació en Valasské Klobouk, Moravia, en 1654, ingresó con los jesuitas en 1669. En 1687 llegó a

ando en los 76 años, faltando sólo dos, para celebrar mis bodas de oro sacerdotales, si la divina providencia lo permite.

Si a juicio del muy reverendo padre general pareciere útil la publicación del presente opúsculo, para que sea conocido en toda la provincia y en las demás provincias de Alemania, pienso que su reverencia podría imprimirlo en la tipografía del colegio de Praga.

Me encomiendo a las oraciones y santos sacrificios de todos los padres y hermanos.

Carichiqui, misión de la Tarahumara, 15 de abril de 1724

De su reverencia mínimo servidor en Cristo.

Joseph Neumann

México y misionó en la Tarahumara desde 1688 hasta 1726, o sea 38 años. Historiador y poeta dejó 6 volúmenes aún inéditos. Murió en Papigóchi el 16 de noviembre de 1726.

Dedicatoria

A los padres de la provincia de Bohemia de la Compañía de Jesús.

Es a ustedes, reverendos padres de la provincia de Bohemia de la Compañía de Jesús, a quienes dedico esta **Historia** de las misiones de la Compañía de Jesús en el reino de la Nueva Vizcaya, en América del Norte.

Aunque yo nací en Bruselas y luego me trasladé a Viena, en Austria, fue la provincia de Bohemia la que me recibió en el seno de la Compañía de Jesús y la que se hizo cargo de mi formación. Después de quince años, me ofrecí a las misiones de Indias, donde cada día se descubrían nuevas naciones y florecían las conversiones de los indios que requerían de Europa el envío de nuevos refuerzos misioneros. El muy reverendo padre general Gian Paolo Oliva se dignó aceptar mi ofrecimiento y me envió a esta provincia mexicana.

El 11 de abril de 1678 abandoné Praga y me dirigí a España. Después de dos años, finalmente pude emprender el viaje y llegar a esta lejana región del globo.

Recordando los beneficios recibidos de ustedes y no queriendo parecer ingrato, pensé dedicarles esta narración de las cosas que han sucedido o se han realizado a través de 43 años que he pasado en las misiones tarahumaras.

Gran parte del mérito de estas gestas corresponde a ustedes, pues durante ese tiempo estuvieron enviando compañeros, operarios apostólicos, de su provincia. Mu-

chos de ellos han fallecido ya, gastando su vida en el cultivo de esta viña del Señor. Yo aún estoy vivo y sano, tal vez para que pudiera dedicarme a testificar por escrito estas cosas que vi con mis propios ojos o que me fueron relatadas por otros misioneros.

De este modo no desaparecerá la memoria de estos hechos sino que más bien podrán servir para animar a los que sientan el deseo de venir a trabajar con entusiasmo y entereza entre estos bárbaros para gloria de Dios y salud de las almas. Reciban, pues, este opúsculo, prueba de mi estimación por ustedes, e impetren para mí en sus oraciones el feliz y anhelado término de mi vida. Nunca merecí alcanzarlo aunque lo haya esperado en las tres rebeliones que aquí narro; pero no pierdo la esperanza de lograrlo con la ayuda divina, pues nos rodean aquí graves y constantes peligros, de modo que podría darse la ocasión de ofrendar la vida por la gloria de Dios, ya sea derramando mi sangre o de otro modo como el Señor disponga.

Carichiqui, Misión de la Tarahumara, dedicada al Santo Nombre de Jesús, mayo 1 de 1723.

De sus reverencias siervo en Cristo.

Joseph Neumann

I

Las primeras sediciones de los tarahumares son regadas con la gloriosa sangre de cuatro misioneros¹

Los indios tarahumares² ocupan casi todo el territorio de la Nueva Vizcaya, en América del Norte. Su existencia es conocida desde hace casi un siglo, es decir desde el tiempo que los españoles comenzaron a acudir en gran número a la región de Parral³, distante de México hacia el norte, aproximadamente 200 leguas, atraídos por las minas ricas en plata, que se iban descubriendo y empezaban entonces a explotarse. A distancia de uno, o a lo más dos días de camino de Parral, se fueron fundando varias misiones entre los indios de esta nación con el propósito de ganarlos a la fe católica⁴. Se les reunía en pequeños pobla-

1. En el transcurso de este capítulo Neumann va a referir la muerte de los padres Corneille Beudin y Giacomo Antonio Basile en Papigóchi, y Giulio Pasquale y Manuel Martins en la sierra de Chínipas.

2. En castellano se dice **Tarahumar**. Ellos se autodenominan **Rarámuri**, de **rará** = igual a planta del pie, más el sufijo **mari**, que viene del verbo **mama** (sing.) y **Jumama**, (plural) que significa correr. En tarahumar la "r" sólo tiene sonido débil, semejante a la "l".

3. Las minas de Parral fueron descubiertas a principios del año de 1631. Desde 1604 ya había estado en las inmediaciones de Santa Bárbara el padre Joan Font y desde 1614 Jerónimo de Moranta. La labor de los jesuitas fue interrumpida por la rebelión de los tepehuanes en 1616.

4. Las primeras misiones que los jesuitas fundaron, en la parte limítrofe entre Durango y Chihuahua, fueron: San Pablo, hoy Balleza, por el

dos para poder más fácilmente administrarles los sacramentos, pues los tarahumares vivían diseminados en lugares muy distantes unos de otros, casi como los animales salvajes.

Cuatro padres de la Compañía de Jesús⁵, destinados a estas misiones, trabajaron con todo esfuerzo logrando con muchas dificultades integrar algunos pueblos con estos indios. Por ese tiempo los españoles trataban de ganarse la amistad de los indios y con el trueque de otras mercancías fácilmente obtuvieron de ellos alimentos y otras cosas necesarias para sobrevivir⁶. Por esta razón ya habían recorrido toda la región tarahumara, cerca de 80 leguas de largo por 60 de ancho, y en todas partes eran recibidos amigablemente, a condición de que no quisieran establecer poblaciones en territorio tarahumar. Los españoles habían explorado bien toda la región tarahumara recorriendo tierras, campos, montes e inclusive las chozas en que los indios vivían desparramados. Así se dieron cuenta de la existencia de muchas tierras deshabitadas y les pareció fácil fijar ahí su residencia, construir villas, edificar cercados para los animales y practicar la agricultura. Co-

padre Joan Font; San Miguel de las Bocas, comenzada en 1623 por el padre Martín Larios y oficialmente fundada en 1630 por el padre Juan de Heredia y el capitán Juan de Barraza con 400 indios tarahumares. El padre Gabriel Días fundó San Gabriel.

5. A partir de 1639 se decidió la formación de una misión en la Tarahumara, independiente de la de Tepehuanes. Su primer superior fue el padre José Pascual que llegó acompañado del padre Jerónimo de Figueroa. Las primeras fundaciones fueron: San Felipe, San Jerónimo Huejotitán, San Pablo de Tepehuanes y San Javier de Satebó. Para 1644 ya había dos misioneros más: Nicolás de Zepeda y el padre Vigile Máes.

6. Acerca del comercio hispano-indígena Neumann escribe en su relación de 1682. Ver también AGN, Misiones 25:pp. 284-285.

mo eran sumamente codiciosos, los movía la esperanza de encontrar en sus cerros minas de plata.

Así pues, comenzaron a levantar casas en las tierras de los tarahumares, a escoger campos para el pastoreo de animales, a sembrar trigo. Por fin eligieron el Valle de Papigochi, ameno y feraz, muy a propósito para fundar ahí un bastión con su guarnición militar⁷, y ahí decidieron construir sus casas. Distaba Papigochi unas sesenta leguas de Parral, donde el gobernador ya había establecido su residencia permanente⁸. Me parece oportuno hacer notar aquí que la legua americana⁹ consta de tres millas romanas, o sea 3,000 pasos, medida usada solamente en estas regiones. Por lo demás, un día ordinario de camino suele estimarse en diez leguas. Hasta estos poblados de los españoles llegaron dos misioneros Corneille Beudín¹⁰, de origen belga y Giácomo Basile, natural de Italia.

El padre Beudin se encaminó entre los indios a distancia de tres leguas del pueblo y presidio de los españoles, con el propósito de enseñarles las verdades de la fe. Ya había construido en aquel lugar, cerca del río, donde los indios tienen sus casas muy separadas unas de otras, una capilla para celebrarles la misa. Ahí se dedicaba con suma

7. Este lugar fundado por Diego Guajardo Fajardo en 1649 se llamó Villa de Aguilar.

8. Así lo escribe al rey el gobernador Guajardo Fajardo desde Parral el 2 de septiembre de 1651 (AGI, Guadalajara 29).

9. "Una legua se compone de tres mil pasos de Salomón que hacen cinco mil varas castellanas y tres millas que componen una legua". Bandelier, Adolph F. y Fanny, I: 182. Una legua equivale a 4,190 metros.

10. El padre Corneille Beudín llegó a la misión de San Miguel de las Bocas en el año de 1647 o a principios de 1648; el superior José Pascual lo lleva a San Felipe en 1649; finalmente se le destina a fundar la misión de Papigochi a fines de 1649.

paciencia a instruirlos, y a los que no acudían, él salía a buscarlos. Los visitaba con mucha frecuencia y les obsequiaba pequeños regalos con el ánimo de ganarlos. Sin embargo fueron muy pocos los bautizados¹¹, precisamente porque los indios estaban muy inconformes de que los españoles ocuparan sus tierras y las cultivaran, alimentando en el fondo el propósito de exterminarlos. El padre Giácomo Basile¹² se ocupaba de Teméichi, a unas diez leguas de su compañero, el padre Corneille¹³, y del presidio de los españoles; encontró ahí una mayor cantidad de indios y esperaba que el fruto de sus trabajos sería mayor. Pero cuando llegaba al lugar donde habían estado los indios y el padre pensaba ganarlos para Cristo, no encontraba ahí rastros de ellos. Los buscaba con ahínco, los mandaba llamar con mensajeros; pero sólo consiguió bautizar a unos cuantos niños, mientras los adultos no hacían otra cosa que pensar en el modo de echar fuera a los misioneros y a todos los españoles.

Los naturales se convocaron, se pusieron de común acuerdo y tramaron una conjuración. Mandaron un llamamiento a todos los indios de su nación, aun a los más distantes. Fijaron el mes y el día y, por fin, llegaron todos al valle elegido de antemano, bien armados con arcos,

11. Según algunas fuentes, el padre Beudín logró congrega en pueblos y bautizar de 2,000 a 5,000 indios.

12. El padre Giácomo Antonio Basile nació en Bari, Italia, en 1610, e ingresó a la Compañía de Jesús en 1630. Llegó a la Nueva España en 1642. En 1651 partió a las misiones de la Tarahumara, donde fue martirizado en la Villa de Aguilar el 3 de marzo de 1652.

13. El padre Beudín y el padre Basile estuvieron en la zona del Papigochi en años distintos y nunca fueron compañeros de misión.

carcajes, flechas envenenadas, chuzas y lanzas de madera, que son las armas que ellos usan¹⁴.

Ya dispuestos, en medio de gran tumulto y gritería atacan en primer lugar al padre Corneille que se encontraba en su casita de Papigochi. Al salir el misionero los tarahumares lo rodean; él se abraza a la cruz que estaba colocada frente a la puerta, y de los indios unos lo golpean con sus macanas y lo atraviesan con sus flechas¹⁵, otros queman la iglesia y se apoderan de los ornamentos y demás objetos sagrados. Luego en mayor número atacan el presidio de los españoles, matan con ferocidad a todos los que encuentran, destruyen el pueblo y queman lo que hallan a su paso.

Aquí mataron también al padre Giácomo Basile¹⁶ dentro del templo que con la ayuda de los españoles ahí se había construido. Debajo de las cenizas, entre los escombros de esa iglesia, cuarenta años después, se encontraron por casualidad sus restos, cráneo y osamenta¹⁷, con la parte

14. En relación a las armas que usaban los tarahumares, y al uso que hacían de las flechas envenenadas ver Luis González R. (ed) *Révoltes des Indiens Tarhumars*, (1971 pp. 40-43, 58-61, 66-71, 88-95, 98-103 y 138-141).

15. El padre Beudín nació en Gravelines, provincia de Dunkerque, el 25 de mayo de 1615, ingresó a la Compañía de Jesús en Flandes el 1 de marzo de 1635. Se embarcó hacia las Indias el 13 de julio de 1647 y llegó a Veracruz el 20 de septiembre del mismo año; fue destinado de inmediato a las misiones nortenas. Fue martirizado en Papigochi el 4 de junio de 1650 por los tarahumares.

16. Para una descripción de la muerte del padre Basile, ver ARSI, Mex. 17: pp. 254-264.

17. Según los testimonios jurídicos acerca de la muerte de Beudín y Basile el cadáver de Basile se encontró 8 meses después de su muerte y fue enterrado en Papigochi, en el mismo lugar donde había sido sepultado Beudín. En 1653 ambos cuerpos fueron llevados a la misión de San Felipe, al sur de la Tarahumara. (ARSI, Mex. 17: pp. 256-265).

de su sotana de jesuita alrededor del cuello, y todo lo demás putrefacto; prueba cierta de que eran los restos del padre Basile, que había salido de su misión de Teméychi probablemente y se había trasladado a este presidio de los españoles donde había de sufrir gloriosamente la muerte por el nombre de Cristo. Las reliquias de tan venerable varón, colocadas en un ataúd apropiado, fueron trasladadas solemnemente al templo de Papigochi, reconstruido nuevamente no lejos de ahí donde hasta hoy se guardan religiosamente. El descubrimiento de este piadoso tesoro acaeció en tiempos en que administraba Papigochi el padre Vaclav Eymer¹⁸.

Pasada la masacre, los indios se creyeron a salvo de cualquier ataque o venganza por parte de los españoles y se dieron a celebrar la victoria comiendo y bebiendo en gran orgía como ellos suelen hacerlo¹⁹, pues se sentían seguros y vencedores. Pero el gobernador del reino que era entonces don Diego [Guajardo] Fajardo²⁰, hombre insigne y diestro en las artes militares, al enterarse de lo sucedido decidió luego vengar la muerte de los misioneros y los españoles, y dar un buen escarmiento a los rebeldes e impedir siguieran cometiendo peores desmanes creyéndose impunes. Reunió, pues, un buen número de excelentes soldados y marchó contra los tarahumares, iniciando una guerra que duraría casi dos años, no siempre exitosa debido a que los indios se refugiaron en lo más intrincado e inaccesible de la sierra. A pesar de que sus siembras les habían sido arrasadas casi a punto de cosechar, y a pesar

18. El padre Vaclav Eymer, llegó a las misiones de la Tarahumara a finales de 1692 destinado a Tomóchi; pero temporalmente pasó a Papigóchi a reemplazar al padre Johann Christoph Verdier.

19. En su relación de 1682 Neumann trata de las tescüinadas.

20. Diego Guajardo Fajardo, fue gobernador de la Nueva Vizcaya desde fines de 1648 hasta marzo 7 de 1653.

de que sufrían otras muchas calamidades, los tarahumares no se doblegaron a pedir la paz.

El gobernador los persiguió tenazmente en los escondrijos de sus abruptas montañas, no dejándoles posibilidad de escapar ni de proveerse de alimentos, hasta que urgidos por el hambre, se decidieron a aceptar la paz ofrecida, la cual les fue fácilmente concedida con ciertas condiciones por parte de ambos bandos. Así terminó la guerra²¹. Los indios regresaron a sus poblados y al cultivo de sus campos; los españoles salieron de la sierra y retornaron a Parral, a las minas de plata que entonces en esa región se tenían por muy ricas. Apaciguados así los movimientos de los indios, volvió a reinar la paz en esta región septentrional de Papigochi.

Veinte años atrás, por lo menos, levantamientos similares habían ocurrido en la región de Chínipas, suscitados por el enemigo de las almas siempre empeñado en abatir la fe del corazón de los indios; éstas rebeliones se llevaron a cabo con igual furor y audacia. Ya antes de 1628, había llegado el primer misionero de los chínipas, el padre Giulio Pasquale²², hasta estos confines de la Tarahumara, habiendo trabajado cuatro años en la fundación de la misión y logrando atraer a muchos indios para que habitaran los poblados de Chínipas, uno, llamado así por esta

21. En el Archivo de Parral, en los legajos correspondientes a 1649-1652 hay amplia documentación sobre estas campañas del gobernador Guajardo Fajardo.

22. El padre Giulio Pasquale nació en Italia hacia 1588. Ingresó con los jesuitas en 1610 y misionó en Sinaloa de 1620 a 1632. Entró a Chínipas el 6 de marzo de 1626 y fue martirizado el 1 de febrero de 1632 en Sta. María del Pópulo de Varohíos. Los primeros misioneros de Chínipas fueron el padre Castini y el irlandés Michael Wadding.

nación y Guadalupe²³, el otro, por devoción a la milagrosa imagen de la Madre de Dios que por ese tiempo había comenzado a venerarse de modo admirable en un suburbio de la ciudad de México. Había construido en ambos lugares una modesta habitación de adobe, del modo que suelen construir por estas regiones los misioneros, donde fuera posible celebrar la misa y protegerse de algún modo de las inclemencias del tiempo.

Como compañero de sus trabajos recibió con gusto al padre Manuel Martíns²⁴ sin pensar que diez días más tarde sería también su acompañante en el glorioso martirio. En efecto, corría el año de 1632, y un indio famoso, fiero y cruel, al que los naturales llamaban Cobamea²⁵, o sea jefe de jinetes, había aumentado enormemente su poder, ayudado por los indios, que unos de buen grado y otros a la fuerza le siguieron en su lucha contra los misioneros y contra los españoles; no pocos de los cuales ya se habían introducido también en estas regiones, atraídos por la codicia de la plata. Habían catado minas en las márgenes del río Chínipas, de las que todavía hoy quedan ruinas antiguas, aunque los nombres de los mineros se hayan perdido con el tiempo. Pienso yo que los españoles, ante la inminencia de la persecución de Cobamea, contra los cristianos y los indios neófitos, huyeron del lugar abandonando las minas.

Indignado Cobamea por el hecho de que los indios de

23. Esta misión de varogíos era conocida también como Gualilopa.

24. El padre Manuel Martins, nació en Tavira, Algarve, en Portugal, el año de 1600 y llegó a México en 1619. Su padre fue Jorge Martins y doña María Farela, de la familia de San Antonio de Padua. Fue martirizado junto con el padre Pasquale.

25. Sobre la rebelión encabezada por Cobamea y sus secuaces, consúltese a Pérez de Ribas, 1645.

su ejército, principalmente aconsejados por los misioneros, se le escapaban de las manos, disminuyendo por este motivo su gente cada día, al enterarse de la llegada del padre Martíns por referencia que le dieron, comenzó a maquinar la muerte de ambos misioneros. Convocando, pues a los indios de Guazapares, de Témoris²⁶ y a todos sus vecinos, se dirigió a Guadalupe con una gran multitud de indios, a sabiendas que ahí estaban los dos misioneros y que el lugar estaba desprotegido de los españoles. Era el primero de febrero, fiesta del mártir San Ignacio, cuando éstos ilustres hijos de San Ignacio de Loyola, consiguieron la palma del martirio a manos de estos bárbaros²⁷.

Esto es todo lo que sabemos de la gloriosa muerte de los mencionados padres, pues se desconocen otras noticias, debido principalmente a la rudeza e ignorancia de los neófitos, y al descuido que tienen de las cosas de la religión. Tiempo después se descubrieron las reliquias de estos mártires entre los escombros de la casa destruida, que todavía hoy pueden contemplarse a la margen del río. Sus restos fueron sepultados en el templo de Conicari, junto al altar mayor²⁸.

Después de muchos años llegaron hasta Chínipas dos misioneros italianos: el padre Ferdinando Pécoro²⁹ y Ni-

26. Sta. María Magdalena de Témoris.

27. La represalia que se hizo sobre los indios fue ejecutada con suma crueldad por el capitán del presidio de Sinaloa, Pedro de Perea, que había sustituido en el puesto al capitán Diego Martínez de Hurdaide. Fueron muertos 800 indios, y a los que quedaron vivos se les trasladó a las misiones de Sinaloa.

28. El padre Marcos Gómez, de Conicari, dio sepultura a los dos misioneros, el 14 de febrero de 1632. El padre Francois Disserin en 1662 confirmó este dato y, finalmente, el 8 de mayo de 1907 el padre Manuel Piñán localizó los restos.

29. El padre Ferdinando Pécoro, era siciliano, nacido en 1646. Ingresó

Nicola de Prato³⁰, trabajadores incansables y enérgicos. El padre Pécoro con la ayuda de los chínipas, reconstruyó y amplió el poblado de Guadalupe. El padre Prato fue el primero en llevar la luz del evangelio a Guazapares, a Cerocahui y Cuiteco, y celebró en esos lugares los primeros bautismos. También fundó la misión de Loreto, cercana a Chínipas.

Son estos misioneros los que hicieron llegar hasta nosotros un hecho extraordinario de la vida del padre Giulio Pasquale, que merece ser recordado por la posteridad. En la época de aquellos padres, vivían dos ancianos que habían sido sacristán y monaguillo respectivamente del padre Giulio cuando estuvo en Chínipas. Recordaron estos viejos, que quince días antes de que el padre Giulio sufriera el martirio en Guadalupe, estando celebrando la misa en Chínipas, al momento de la elevación de la sagrada hostia, al volver a ponerla sobre el corporal lo vieron con unas manchas de sangre. Las manchas duraron hasta que el padre concluyó la misa, se dirigió a la sacristía y, después de despojarse de los sagrados ornamentos mostró el corporal a los niños; de manera que puede calcularse que el prodigio duró al menos media hora. Después desapareció, ante sus ojos volviendo el sagrado lienzo a recobrar su blancura³¹.

De este modo lo relataban los dos ancianos, y podemos

con los jesuitas en 1661. Hizo sus estudios en Palermo. Trabajó en la región de Chínipas de 1676 a 1684 junto con los padres Salvatierra y Prato. Posteriormente misionó en varios lugares de Sonora.

30. El padre Nicola de Prato, napolitano, nacido en 1644; entró a la Compañía de Jesús en 1669. Llegó a Chínipas el 17 de junio de 1676. Trabajó en las misiones de Santa Catarina, Santa Inés, San Ignacio, Guadalupe y Loreto. Murió el 20 de mayo de 1698.

31. El relato del niño que salió de la boca al morir el padre Basile es del mismo género maravilloso que el que aquí se cuenta.

estar seguros de la veracidad de su testimonio, pues desde su infancia habían sido educados cristianamente por el padre Pasquale en la ley de Dios y en las buenas costumbres, por lo que nos convencieron de su versión, dejándonos pensativos acerca del significado de este derramamiento de sangre. Con seguridad era un presagio de su inminente martirio, por donde conoció el padre Giulio que, a ejemplo de Cristo, había de derramar muy pronto su sangre por la gloria del Señor a manos de gentiles. Baste el anterior resumen de los primeros tiempos de estas misiones tarahumaras, ennoblecidas por el recuerdo de la gloriosa sangre de nuestros mártires.

II

Restauración y desarrollo de las misiones de la Tarahumara¹

Así pues, hasta nuestros días esta nación tarahumara, permaneció en su gentilidad. Los españoles por su parte tampoco habían logrado establecer aquí su morada, o porque no les agradó o porque no se les permitió, hasta que Dios, compadecido de la triste suerte de estas gentes, se dignó ayudar a su conversión, destinando para esta difícil parte de la viña del Señor a dos operarios de nuestra Compañía: al padre José Tardá², valenciano, y al padre,

1. Después de la muerte del padre Basile en 1652, la misión de la Tarahumara sufre un colapso en su expansión hasta el mes de noviembre de 1673. Los iniciadores de esta nueva misión, que se denominará San Joaquín y Santa Ana, fueron los padres Fernando de Barrionuevo y Juan Manuel Gamboa. Para noviembre de 1673, los dos jesuitas habían llegado hasta San Bernabé. Pero Barrionuevo enfermó y fue reemplazado por José Tardá en diciembre de 1673. En 1675 Gamboa, enfermó también y fue sustituido por Tomás Guadalaxara, quien llegó a la Tarahumara el 14 de agosto de 1675. Barrionuevo falleció en Querétaro, Qro. el 8 de julio de 1686, y el padre Gamboa murió en México el 13 de marzo de 1721.

2. José Tardá nació hacia 1645 en Marquisanes, Valencia, ingresó con los jesuitas en 1666. Trabajó en las misiones de la Tarahumara desde diciembre de 1673 hasta el año de 1684. Fue superior de aquellas misiones desde 1677 hasta 1681 y visitador de 1681 a 1684, año en que se le nombra rector del colegio de Pátzcuaro, y con éste mismo cargo lo encontramos en Oaxaca en 1687. Se le envía como procurador a Roma en 1690, y fallece en el mar el 5 de agosto de 1690.

Tomás de Guadalajara³, poblano.

Fueron estos padres los primeros que llegaron a estas regiones. Recorrieron toda la Tarahumara⁴, y siendo recibidos en todas partes amigablemente por los indios, se apresuraron a informar al gobernador del reino⁵ la buena voluntad de estas gentes para recibir a los misioneros. Lo mismo escribió el gobernador al nuevo virrey de México, sucesor del duque de Veraguas, que había fallecido al mes de su llegada de España. Era el arzobispo de la orden de los Ermitaños de San Agustín, varón de excepcional cultura y gran celo de la religión y de reconocida santidad de vida⁶.

3. Tomás de Guadalaxara, nació en Puebla, Méx., en el año de 1648. Ingresó a la Compañía de Jesús en 1667, y misionó a los tarahumares de 1675 a 1720. Fue rector de estas misiones de 1681 a 1684. Desde 1685 hasta 1690 lo encontramos como rector del colegio de Parral, y nuevamente, como rector de la Tarahumara Baja de 1696 a 1699. Falleció en Huejotitlán el 6 de enero de 1720.

4. Se puede leer el detalle de estos itinerarios y los comienzos de su misión en la relación escrita por Tardá y Guadalaxara en 1676 (Ver en Archivo General de la Nación (AGN), México, el ramo Misiones 26: ff, 216-225).

5. El maestro de campo don José García de Salcedo, fue gobernador de la Nueva Vizcaya del 14 de junio de 1670 hasta el año de 1676. En diciembre de 1675 el padre Guadalaxara acompañado del capitán general de los tarahumares, don Pablo, y otros 68 indios, llegaron a Parral a solicitar al gobernador más misioneros. Se le ordenó al protector de los tarahumares, Nicolás Caro, que hiciera una visita a la región y enviara un informe al virrey. Simultáneamente el padre Bernabé Francisco Gutiérrez, visitador de las misiones, escribía al padre provincial Francisco Jiménez, pidiéndole el envío de 4 misioneros más. Guadalaxara y Tardá insistían en que se requerían cuando menos seis nuevos padres.

6. Don Pedro de Colón y Portugal, duque de Veraguas, marqués de Jamaica, almirante de las Indias, virrey del 8 al 12 de diciembre de 1672. Su sucesor fue fray Payo Enríquez Afán de Rivera, que estuvo en el cargo hasta 1680.

Enterado el virrey por las cartas del gobernador y de los padres, a su vez escribió al padre provincial⁷ manifestándole su gran deseo de que esta nación fuera evangelizada, y le solicitó otros seis misioneros para la Tarahumara. El virrey ordenó así un sínodo anual tomado del erario público en favor de ocho misioneros⁸.

Los seis nuevos misioneros⁹, sumados a los dos que ya había se repartieron por toda la extensa Tarahumara, asignándose a cada uno una fracción de esta viña inculta. Cuatro de ellos eran europeos nacidos en España; otros cuatro eran hijos de españoles nacidos en México. Uno de estos últimos, por razones de salud¹⁰, abandonó el campo y, preocupado mucho por su bienestar corporal, se retiró muriendo poco después. Los otros tres, al ver la rudeza y barbarie de los nativos y el poco fruto de fe cristiana y escasos deseos de recibir el bautismo, se desanimaron y solicitaron su cambio a las misiones de la provincia de Sonora¹¹, a donde acudían en gran número los españoles

7. El padre provincial Tomás Altamirano, tuvo este cargo del 20 de julio de 1676 al 30 de julio de 1680.

8. En un principio fueron 300 pesos. Los sínodos eran la limosna personal que la corona destinaba a cada misionero.

9. Los padres que a la sazón atendían los partidos de la nueva misión eran: Nicolás Ferrer, en Papigochi; José Sánchez de Guevara, en Temechi y San Bernabé, Antonio de Oreña, en Sisoguichi, Francisco de Arteaga en Nonoaba y Humarisa, Diego Ruiz de Contreras en Carichí y finalmente, Francisco de Celada, en San Francisco de Borja.

10. El padre Nicolás Ferrer nació en Acámbaro en 1645, entró en la Compañía en 1662, y se le destinó al pueblo de Nabogame en donde murió el 12 de julio de 1679.

11. El padre Oreña pasó después a las misiones de Sinaloa y Sonora donde falleció entre 1684 y 1686. Nació en Santander hacia 1647 y llegó a México en 1665. El padre Diego Ruiz de Contreras era de Guatemala y murió en México el 16 de junio de 1683. El padre José Sánchez de Guevara era de la Ciudad de Puebla, su primera misión fue Sisoguichi y falleció en San Jerónimo Huejotitlán el 22 de octubre de 1683.

en busca de las minas de plata.

Sólo quedaron en la Tarahumara cuatro misioneros de ultramar, quienes a base de paciencia fueron ganándose poco a poco el ánimo de los indios, cuyos párvulos pudieron bautizar en gran número, y después de instruir satisfactoriamente a los adultos en los principios de la fe, también lograron bautizarlos.

Dos años exigió esta tarea a aquellos misioneros que todavía no se atrevían a obligar a los indios, desparramados por todas partes, a vivir en pueblos; razón por que resultaba muy difícil concentrarlos. Donde los padres establecían su morada se construían pequeñas capillas y casas. Los indios, por el contrario, procuraban estar lo más lejos posible de los padres, para así poder practicar libremente sus vicios a los que eran muy inclinados, especialmente la poligamia y la crápula. Por esta razón tenían en lugares apartados sus chozas y otros vivían en cuevas. Acostumbraban pasar noches enteras en peleas y pleitos, de los que se derivaban homicidios, odios, venganzas y finalmente concúbitos.

Para impedir todos estos males y para instruir en las costumbres cristianas a los naturales, los padres empleaban todos los medios para convencerlos de que vivieran en pueblos, con gobernadores y capitanes de su misma nación¹², escogiéndolos de los que se distinguieran entre ellos por su autoridad, y así fueran fácilmente obedecidos por los indios. Los misioneros se valían de la influencia de estos gobernadores para hacer observar el orden y establecer las reducciones.

Pero también en esto se engañaron, pues los gobernadores, infestados por los mismos vicios, sólo trataban de

12. De ordinario los misioneros, para controlar a los indios y que no huyeran de los pueblos, se valieron de las autoridades indígenas: gobernadores, capitanes, fiscales, etcétera.

granjearse la benevolencia de los suyos, disimulando los males y ocultándoselos a los padres, e inclusive propiciando estos errores entre los indios. Apparently los gobernadores se portaban bien, fingiendo acomodarse a los deseos de los padres, pero a escondidas toleraban los vicios de sus congéneres. Estas gentes son por naturaleza y genio engañosos y falsos, de quienes nada sincero se puede esperar; son grandes simuladores, y los que parecen mejores suelen ser los peores. Estando en presencia de los misioneros dicen unas cosas a los suyos y a escondidas otras muy diferentes¹³.

El demonio se empeña en conservarlos en sus vicios y es poco lo que se ha ganado con el bautismo de los adultos. Sólo se ha conseguido que asuman la apariencia de cristianos, pues su fe no tenía raíces o las tenía demasiado superficiales. Dada su manera de ser, cambian constantemente de genio, y aun después de ser bautizados retornan a sus bosques y costumbres.

Por todo lo dicho, los pocos misioneros que de vez en cuando enviaban de México, se desalentaban en el trabajo de esta viña que no parecía dar cosechas a sus labores¹⁴. Llegaron a creer, por lo anterior, que sería imposible conducirlos a la vida cristiana si no se les congregaba en pequeños pueblos. El asunto lo habían tratado frecuentemente con el gobernador del reino¹⁵, para que se hiciera el intento de forzarlos a vivir en comunidad. Sin embargo, como en el reino no había suficientes soldados armados

13. Neumann matiza su pensamiento en otras partes de esta obra.

14. En otros documentos de 1686 y 1693 trata Neumann este punto.

15. Martín de Rebollar gobernador de la Nueva Vizcaya, desde el 23 de abril de 1676. Lo sucedió en el gobierno en 1677 Lope de Sierra y Osorio, para ser sustituido a su vez en 1678 por Bartolomé de Estrada. Duró en el cargo hasta 1682.

proyecto para mejores tiempos.

Por esta época los indios tobosos¹⁶, acérrimos enemigos de los españoles, asolaban la región, asaltando a los viajeros, robándolos y matándolos, de modo que el comercio con Parral era casi imposible. Para mayor seguridad se habían establecido dos presidios de soldados¹⁷: uno a sesenta leguas de Parral, rumbo a México, y otro a treinta leguas, cada uno con cincuenta soldados y su respectivo capitán. Se tenía el propósito de combatir a los tobosos hasta su aniquilación.

Sin embargo, estos presidios no eran suficientes para defender a los viajeros, ni a las caravanas de arrieros con sus recuas de mulas cargadas, como se usa por acá, pues los tobosos seguían atacándolos. Tampoco era raro, el que algunos soldados poco precavidos, al separarse del grupo de sus compañeros, fueran asaltados, siendo presa fácil de los indios que odiaban a los españoles con encono.

A pesar de todo lo anterior, los gobernadores del reino no se decidían a emplear sus soldados en otras tareas que no fueran la defensa. Pienso, a pesar de todo, que más bien se resistían a internarse en la Tarahumara, por el temor de provocar una nueva rebelión entre los tarahumares.

16. Los tobosos, se localizaban al este del actual estado de Chihuahua y al oeste de Coahuila, por el bolsón de Mapimí, y entre Durango y Parral. Eran nómadas, bandoleros, devoradores de ganado, y aun antropófagos.

17. El presidio de Santa Catalina de Tepehuanes, ubicado a 70 leguas de Parral, fue fundado hacia 1622; el de San Miguel de Cerro Gordo, a 24 leguas de Parral, se fundó en 1648 con una dotación de 24 soldados. Para 1649 existían 5 presidios para la defensa de la Nueva Vizcaya: San Hipólito, Santa Catalina, Cerro Gordo, San Sebastián y el de Sinaloa. Después de 1667 se establecen los presidios de Nuestra Señora del Pasaje y San Pedro el Gallo. Finalmente para 1685 se crean el de San Francisco de Conchos, el de Janos y el de San Juan Bautista de Sonora cada uno con 50 arcabuceros; para 1697 son 300 arcabuceros, más 50

Los misioneros tuvieron que usar de mucha paciencia, tolerando su barbarie y sus vicios que no les era posible eliminar. A veces no contaban ni con el servicio doméstico de parte de los indios, y los propios padres tenían que procurarse los alimentos y cocinárselos, si no querían morir de hambre¹⁸. No se pensó en esos difíciles tiempos en la conveniencia de hacer uso de los españoles o de sus descendientes para el servicio doméstico, por el miedo a despertar sospechas y excitar nuevamente el odio contra los españoles, al suponer que por estos medios se trataba nuevamente de introducirlos en sus dominios.

Por este tiempo, el año de 1677, los padres procuradores de nuestra provincia mexicana¹⁹ y de las Islas Filipinas, fueron a Roma y a España para informar al rey²⁰ y al Consejo de Indias sobre las nuevas conversiones que había en las Islas Marianas y en América del Norte, mostrándoles la necesidad de enviar nuevos operarios.

Así pues, se autorizó al procurador de Filipinas para que trajera de Europa a cuarenta compañeros y al procurador mexicano para que gestionara el traslado de otros veinte, pues en nuestra provincia hay algunas vocaciones de hijos de españoles que ingresan a la Compañía, cosa que no sucede en Filipinas²¹.

A su llegada a Roma, nuestros procuradores, comunicaron todo lo anterior a nuestro muy reverendo padre general Gian Paolo Oliva. El, entonces, seleccionó de las distintas provincias a aquellos sujetos que se habían ofre-

soldados de la compañía de campaña.

18. Ver nota 14.

19. El procurador en México era el padre Juan de Monrroy.

20. El rey Carlos II, hijo de María Ana de Neubourg. En 1679 se casa con María Luisa de Orléans.

21. Se habían autorizado 45 misioneros para la provincia de Filipinas, y 25 para la provincia mexicana. El primer grupo llegó a México el 15

cido para las misiones de Indias, y como se contaba con la anuencia del rey, de que la tercera parte de los escogidos podrían ser extranjeros²²; se eligieron doce de Alemania y ocho de Italia, todos ellos sacerdotes²³. Con dos días de retraso llegaron al puerto de Cádiz, cuando la flota ya había zarpado, pues vientos adversos los habían apartado tres veces de Gibraltar²⁴. Tuvieron entonces que esperar dos años en Sevilla hasta la salida de la próxima expedición, ya que el tráfico entre España y las Indias se hacía cada dos años: en uno se transportaban las mercancías a Indias y en el retorno la flota volvía cargada de plata²⁵.

Nuestros operarios aprovecharon bien este bienio en prepararse para las tareas que les esperaban en las misiones de indios²⁶. Pero como en Andalucía por ese entonces cundía la peste²⁷, se trasladaron al colegio de San Hermenegildo, por órdenes que recibieron del procurador evitando con esta providencia el contagio en caso de que hubieran ido a los demás colegios de la provincia.

Dos sicilianos, por causa de enfermedad, tuvieron que

de octubre de 1678.

22. Las leyes españolas fueron muy restrictivas para autorizar el ingreso de extranjeros a sus dominios. De 1654 a 1664, se prohibió terminantemente la admisión de misioneros extranjeros. A partir del 10 de diciembre de 1664 se autorizó nuevamente el paso a las Indias de jesuitas extranjeros.

23. Constan sus nombres en diversos documentos históricos.

24. Las peripecias que tuvieron los jesuitas al emprender el viaje, también las encontramos descritas, en las cartas del padre Eusebio Francisco Kino, Cfr. Bolton, (1936).

25. Más detalles sobre el tornaviaje de la flota española, se encuentran en Haring (1939).

26. Otros compañeros de Neumann relatan lo que hicieron durante su estancia forzada en España.

27. Adam Gerstl, amplía la información sobre esta epidemia que azotó a España.

regresar a su lugar de origen; un austriaco murió²⁸, y se les reemplazó por otros tres padres de la provincia bética para que pudieran partir el día 14 de julio de 1680 cuando zarpó la nueva flota rumbo a las Indias.

La nave en la que iban los misioneros²⁹ fue la última en hacerse a la alta mar del puerto de Cádiz y, habiendo encayado en el escollo llamado El Diamante, se rompió la carena y todos hubieran perecido en el naufragio, a no ser por el auxilio inmediato de muchas lanchas que acudieron prontamente del puerto. Salvados de este naufragio, los misioneros regresaron al colegio de Cádiz, con el riesgo de quedarse nuevamente en España. Pero he aquí que el nuevo virrey marqués de la Laguna³⁰, que viajaba en la misma flota, compadecido de la suerte de los padres, ordenó a los capitanes recibirlos en las demás naves. No les agradó mucho la disposición del virrey, pues los barcos iban demasiado cargados. Sin embargo, once misioneros distribuidos en todas las embarcaciones llegaron felizmente a las Indias. De ellos, sólo dos estaban destinados a la provincia mexicana³¹, mientras que el resto iban a las Islas Filipinas y Marianas. Los que se quedaron en España, viajaron hasta el siguiente año en otra flota³².

Los dos misioneros germanos, una vez llegados a Mé-

28. Uno de los padres que fallecieron fue Matías Fischer.

29. La embarcación en que zarparon fue el buque "Nazareno". El virrey que ordenó fueran reacomodados los jesuitas fue el marqués de la Laguna, que venía a la Nueva España a hacerse cargo de su puesto.

30. Don Tomás Antonio de la Cerda Enríquez Afán de Rivera, conde de Paredes, marqués de la Laguna, virrey desde el 6 de marzo de 1680 hasta 1686.

31. El padre Joseph Neumann y el padre Johann María Ratkay.

32. Fueron retenidos en España los padres Christmann, Cuculinus, Gerstl, Kerschpamer, Kino, Klein, Revell, más 3 novicios y un estudiante; todos se embarcaron el 27 de abril de 1681.

xico³³, se presentaron al padre provincial³⁴ quien les concedió un mes y medio para que descansaran.

Varias de las misiones de la provincia de Sonora, Sinaloa, Topia y Tarahumara estaban vacantes, y no había suficientes padres para ocuparlas³⁵. Por eso se les dejó escoger la misión a la que querían ir, y ellos optaron por aquellas donde se esperaba que habría más trabajo y mayor fruto de las nuevas conversiones de los indios.

Fueron, pues, mandados a la Tarahumara, con cartas de presentación del provincial para el padre visitador³⁶, en la que afirmaba que estos dos germanos podían llevar la carga de doce. El visitador se mostró complacido con la llegada de los nuevos misioneros y, para cumplir con sus deseos, los envió a la Sierra Tarahumara³⁷, donde ningún otro de los compañeros había podido soportar el frío y la nieve.

Uno de ellos, austríaco³⁸, durante su infancia había sido

33. El padre Joseph Neumann desembarcó en Veracruz el 15 de septiembre de 1680, y llegó a México el 10 de octubre a preparar su salida al norte en compañía de Ratkay. Ambos emprendieron el viaje el 17 o 18 de noviembre y llegaron a la misión de San Ignacio de Coyachi el 1 de febrero de 1681.

34. Bernardo Pardo, que ocupó este puesto del 20 de septiembre de 1680 al 11 de septiembre de 1683.

35. En 1681 había en la provincia mexicana 388 jesuitas; 20 colegios; 15 superiores de misiones y 88 misioneros.

36. El padre que estaba en Coyachi era José Tardá.

37. A Ratkay, después de su llegada a Coyachi, se le destinó a Yepómera y a Tutuaca. Neumann acompañado del padre Bernardo Rolandegui, misionero de Carichí fue a Sisoguichi.

38. Johann María Ratkay, nació el 13 de noviembre de 1647 en Velik Tabor, Croacia, antigua región de Hungría poblada por eslavos. Ingresó con los jesuitas el 13 de noviembre de 1664. Pertenecía a la familia de los condes von Ratkay, y fue paje del emperador Leopoldo I. Antes de salir para Indias Ratkay hizo una visita al emperador en abril de 1678. Duró como misionero dos años y diez meses en los puestos de

paje³⁹ del emperador Leopoldo; era muy débil de salud y fue necesario destinarlo a una misión de clima más benigno. Se le envió a la misión de Carichí, pues el padre⁴⁰ que estaba en ella había sido recientemente llamado a una cátedra en la ciudad de México.

El otro misionero [Neumann] fue enviado a los confines de las montañas de los Guazapares, donde permanecería diez y siete años⁴¹. Habiendo encontrado en aquel lugar un campo feracísimo, bautizó a todos los habitantes dispersos en los valles y construyó dos pueblos que constantemente visitaba y administraba⁴². Este padre era belga, nacido en Bruselas, de padre germano que lo llevó a Viena, donde cursó las humanidades, y luego se trasladó a la provincia de Bohemia de la Compañía de Jesús en donde solicitó y logró ser admitido. Era por su naturaleza extraordinariamente resistente al frío y al trabajo⁴³. Los superiores de la misión quisieron mandarlo varias veces a

Tutuaca, San Javier y Carichí.

39. Leopoldo I, nació en Viena en 1640, fue emperador de Alemania de 1658 a 1705. El aceptó la paz de Nimegue en 1679, y se integró a la liga de Augsburgo en 1686, firmó el tratado de Ryswick en 1697, y comprometió a Alemania en la guerra de sucesión que se desató en España en 1700.

40. Bernardo Rolandegui, nació en Zaragoza en 1648, ingresó con los jesuitas en 1665. Estuvo en la Tarahumara desde 1678, y en 1681 fue llamado a México. De 1684 a 1687 fue superior del rectorado de Guadalupe en la Tarahumara. Para 1687 es rector del colegio de San Luis Potosí y después pasará a varios colegios. Falleció el 3 de noviembre de 1707.

41. De 1681 a 1697.

42. Sisoguichi y Echoguita, llamado también Bocoyna. Sobre sus primeras actividades misionales el padre Neumann escribe en 1682.

43. En una carta que Neumann escribe el 15 de abril de 1678 al padre general Gian Paolo Oliva, le informa sobre los motivos que tiene para pedir las misiones. Respecto a su salud, añade que está en plena robustez sin ninguna debilidad corporal, y que desde niño está acos-

otros lugares, pero no encontraron para su misión de Sisoguichi otros sujetos aptos y estables; así que, con su propio consentimiento le mantuvieron en su misión⁴⁴.

Sisoguichi está situado en lo límites occidentales de la Tarahumara, a treinta leguas de Guazapares. Toda la cordillera entre estas dos misiones está habitada por los gentiles, esparcidos a lo largo de los arroyos y los valles, donde más comodamente podían tener sus chozas. Las montañas que miran al mediodía y al septentrión también están pobladas de tarahumares. El padre que está más inmediato es el de Carichí, hacia el oriente, a catorce leguas de Sisoguichi. En esta misión de Carichí donde el padre Ratkay fundó cuatro pueblos⁴⁵ y los cultivó por dos años enteros, ahí se enfermó⁴⁶ y, confortado con todos los auxilios espirituales, falleció piadosamente en la fiesta de San Esteban el año de 1683⁴⁷.

Seis meses después vino a sustituirlo desde México el padre Francesco María Piccolo, siciliano, el cual con otros dos italianos había llegado en el mismo año de Europa⁴⁸. Durante catorce años administró la misión de Carichí hasta que, deseando trabajar en las nuevas misiones de la California, fue enviado allá, al otro lado del mar, en donde

tumbrado a los caminos.

44. Neumann evoca las muchas dificultades de su apostolado, y en varias ocasiones pidió al padre provincial que le enviara a otra parte.

45. Los 4 pueblos, del partido de Carichí eran: Jesús Carichí, Nuestra Señora del Pilar Bacaburéachi, Santo Angel de la Guarda Basigóchi y San Luis Gonzaga Tajífrachi.

46. Neumann desmiente formalmente los rumores de que Ratkay había muerto envenenado. El le asistió en su última enfermedad.

47. El 26 de diciembre de 1683.

48. El padre Piccolo ya está en Carichí el 20 de abril de 1684. Los 2 italianos que acompañaron a Piccolo fueron el padre Orazio Pollisi y Giuseppe Stassi.

hasta el presente labora con denuedo⁴⁹.

49. Piccolo deja la misión de Guadalupe, en Chínipas el 7 de noviembre de 1697, y llega a California a la bahía de San Dionisio, el 23 del mismo mes. Murió en la misión de Santa Rosalía Mulejé, California, el 22 de febrero de 1729.

III

Nueva sublevación de los tarahumares, junto con otras naciones vecinas, en la que mueren dos misioneros por causa de la fe

Dos jóvenes oriundos de las montañas de Guazapares, servían en aquel tiempo como pajes y cantores al padre Nicola de Prato en la misión de Chínipas. Un día, abandonando a sus esposas, huyeron hacia la sierra y se escondieron entre los tarahumares. A los pocos meses fueron descubiertos. Regresaron con los suyos y, poco después, tramaron una conspiración en Chínipas, a sabiendas de lo que los tarahumares estaban maquinando. Con el propósito de llevar una vida más libre, trataron de persuadir a sus congéneres que, en determinada noche, abandonando el pueblo se dieran a la fuga¹.

Ya puestos de acuerdo con sus compañeros, esa misma tarde en que planeaban huir todos un indio fiel lo comunicó al misionero, por lo que el plan fue suspendido. Los dos muchachos, denunciados por los demás como autores de la frustrada fuga, fueron presos y una vez convictos y confesos, los remitieron al capitán de Sinaloa². Interroga-

1. Estos hechos tuvieron lugar en 1686 según el testimonio del padre Salvatierra.

2. Se trata del general Domingo Terán de los Ríos que controló la insurrección del año de 1686, siendo entonces gobernador de la Nueva Vizcaya don José de Neira y Quiroga. La represión fue a veces brutal.

dos confesaron que los tarahumares preparaban una rebelión confederados con sus vecinos y que a ellos los habían persuadido, cuando vivían en la Tarahumara, a unirse a esta sedición. Se les convenció también de que de esta manera los chínipas recuperarían su forma libre de vivir, expulsando o matando a todos los misioneros y españoles, y de que por este medio prometían a los tarahumares verse libres de ese yugo.

El capitán, una vez tomadas las declaraciones, los condenó a muerte como cómplices de la rebelión y ordenó que la ejecución se hiciera en público, cosa en esas circunstancias poco prudente. Mandó también los autos del proceso de los reos al gobernador del reino³; el cual tomó las cosas como inventos del capitán, pues en esos tiempos no se tenía ninguna inquietud en la Tarahumara, ya que en ningún lugar se notaban los menores indicios de rebelión.

Así pues, el gobernador suprimió los autos y no se preocupó por indagar con mayor detenimiento el asunto.

También, por estos tiempos la flota⁴ trajo de Europa nuevos operarios, de los cuales tres bohemios y otros tantos italianos fueron enviados a la Tarahumara⁵. Cuando estos refuerzos se agregaron a los primeros, sus catorce

En 1695 en compañía de los capitanes Juan Fernández de la Fuente y Domingo Gironza Petriz de Cruzate, Terán llevó a cabo la pacificación de los pimas que habían asesinado al padre Francesco Saverio Saetta. 3. Don José de Neira y Quiroga, gobernó la Nueva Vizcaya desde 1682 hasta 1687.

4. La flota se componía de 23 naves, zarpó de Cádiz el 1 de julio de 1687 y llegó a Veracruz el 5 de octubre del mismo año.

5. Los misioneros bohemios, fueron: Jirí Hostinsky, Villem Illing y Johann Christoph Verdier, los dos primeros llegaron a la sierra en 1688 y el último en 1690. Vinieron otros tres italianos, pero sólo Doménico Crescoli fue destinado a la Tarahumara.

compañeros⁶ ya habían recorrido toda la Tarahumara, hasta sus límites con otras naciones, y habían fundado misiones en todas partes, a base de continuos trabajos.

En 1684 los españoles ya habían descubierto minas de plata en los alrededores de Coyachi, en el año de 1687 otras más ricas en Cusihiuríachi, a cincuenta leguas de Parral. El metal se sacaba en abundancia, y la fama corrió de tal modo que una gran multitud de españoles acudieron a los nuevos minerales; construyeron sus casas y levantaron haciendas para fundir y beneficiar la plata, por lo que muy pronto aquello se convirtió en un verdadero pueblo⁷. Simultáneamente, llegaron también los mercaderes, los que a su vez fabricaron sus casas y estancias en este territorio de la Tarahumara.

Y como para todo esto necesitaban la madera de los montes, campos para apacentar al ganado, el trabajo de los indios para hacer adobes y construir sus casas y otras cosas por el estilo; empezaron los españoles a llamar y forzar continuamente a los naturales para que realizaran estos trabajos⁸. Por estas causas, y desde entonces nació el

6. Misioneros de la Nueva Tarahumara, llamada de San Joaquín y Santa Ana en 1690: 1) En Jesús de Carichí el visitador y rector Francesco María Piccolo; 2) En Sisoguichi José Neumann; 3) Miguel de Ortega en Coyachi; 4) en Nuestra Señora de Montserrat de Nonoaba Pedro de Noriega, 5) Pedro Ignacio de Loyola en Norogachi; 6) Juan Fernández en Temeychi; 7) Doménico Crescoli en Papigochi. En la nueva misión de Guadalupe: 1) Florencio de Alderete, rector, en Cocomórachi; 2) en Matachi Francisco de Velasco; 3) en Yepómera Diego Ortíz de Foronda; 4) En Cajuríchi, Villem Illing; 5) Manuel Sánchez en Tutuaca; 6) Jirí Hostinsky en la misión de Aranzazu; 7) Johann Christoph Verdier, "in via ad missiones".

7. Santa Rosa de Cusihiuríachi: entre 1687 que se descubrió y 1689 tenía más de 400 "hombres aptos para el manejo de las armas"; pero el año de 1690 emigraron más de 200 personas al nuevo descubrimiento de minas llamado Nuestra Señora de Montserrat de Urique.

8. Este proceder de los españoles estaba formalmente prohibido por

propósito de sacudirse el yugo de los blancos y de unirse con las naciones vecinas que compartían el mismo odio hacia los españoles.

Por medio de mensajeros se comunicaban sus planes entre sí y tenían ya bien preparada la rebelión.

En el año de 1689, algunos indios se robaron caballos y ganado, lo que provocó gran animadversión de las autoridades contra ellos, sobre todo contra los conchos mucho más rapaces que los demás⁹.

Antes de la fecha convenida los conchos atacaron la misión de Yepómera, la más distante de la Tarahumara hacia el norte y la más próxima a ellos.

En el mes de abril de 1690, un martes de pascua¹⁰ muy de madrugada atacaron la casa del padre Diego [Ortíz de] Foronda, español, de la Compañía de Jesús. Lo mataron junto con dos seglares españoles, robándose los enseres de la casa del padre y los ornamentos de la iglesia, e incendiando ambos lugares. También se llevaron el ganado de la misión en complicidad con los indios de la misión de Yepómera, que desde entonces se unieron a los alzados y los acompañaron en la depredación de las demás misiones.

Estos tarahumares procedían de cuatro pueblos que

las *Leyes de Indias*. Ver *Recopilación*, Libro VI, títulos 10, 12, 13 y 15. 9. El padre rector Juan Bautista Anzieta y el Padre José Pallares, de las misiones de Sonora, dieron a la Tarahumara más de 4,000 cabezas de ganado. En esta época, por 1690, a los conchos ya se les señala como ladrones de ganado.

10. Diego Ortíz de Foronda, nació en Guadalupe, Extremadura en 1655. Ingresó con los jesuitas en 1674. Para 1678 ya es operario en el Colegio de Veracruz y en 1681 está en el de San Luis Potosí. Para 1684 se le destina a la Tarahumara y pronuncia sus votos en Parral en 1687. Retorna luego a la Tarahumara a su misión de Yepómera en donde es martirizado no en abril, como escribe Neumann, sino el **martes de pascua** que en 1690 cayó el 28 de marzo.

constituían la misión de Yepómera, a saber: Yepómera, Temósachi, Nahuérachi y Sírupa. Estos indios habían sido convocados por los jovas¹¹, que ocupaban las sierras vecinas; y recibida la orden de sus cómplices, acudieron como llamados por la trompeta, lo que hizo que los demás misioneros, de inmediato se pusieran a salvo. Uno de ellos, el padre Manuel Sánchez¹² de la misión de Tutuaca, la más retirada, ya en los límites con la provincia de Sonora, conociendo la inconstancia y perversidad de los indios, se dirigió a Sonora con el fin de pedir auxilio al capitán del presidio vecino contra los ataques de sus perseguidores. El capitán le ofreció para acompañarlo a su lugarteniente. Con él volvía el padre Manuel rumbo a su misión de Tutuaca y en el camino fueron asaltados y asesinados por los mismos indios de la misión.

Así pues, al resto de los padres, sólo les quedó tratar de ponerse a salvo en lugar seguro y fuera de peligro.

11. Los indios jovas habitaron la región noroeste del Estado de Chihuahua, hasta más allá de los límites con Sonora. Sauer calcula que los jovas fueron unos 5000 individuos. Se consideran pueblos que fueron de jovas: San José Teópari, San Simón Bacaniyagua o Baiipoa, San Matías Harósaqui, Taraíchi, Natora, Aribechi, Setásura, San Francisco Javier de Rebeyco, Santo Tomás de Soreba y Saguaripa. También en territorio chihuahuense, Sirupa, Nahuérachi, Gala-guasachiqui y Guaynopa, donde estaban mezclados con pimas, conchos y tarahumares.

12. Manuel Sánchez y el teniente de alcalde del real de San Nicolás, Manuel Clavero, fueron asesinados a comienzos de abril de 1690. Salvatierra da la primera noticia de su muerte el 24 de abril de 1690 al gobernador Pardiñas. El lugar del martirio fue entre Tutuaca y Maicoba, y se le sepultó en Bacanora el 20 de noviembre de 1690. El padre Sánchez, nació en Marchena, España, en 1649. Ingresó con los jesuitas por 1669. En 1681 está en Puebla y de ahí pasó a Yécora, Sonora, y en 1687 a la misión de Jesús del Monte Tutuaca. Un año antes de morir, el 2 de febrero de 1689 hizo sus últimos votos en la Tarahumara, junto con los padres: Francesco María Piccolo y Agustín de Roa.

Los rebeldes formaban ya un gran ejército, que se encaminó a seis misiones, en donde incendiaron los templos y las casas, y se robaron todos los objetos que pudieron. Estas misiones fueron: Cajurichi, en la que estaba el padre Villem Illing; Tomochi, atendida por el padre Jirí Hostinsky, ambos bohemios y que apenas habían llegado el año anterior¹³ desde Europa; Tutuaca, Matachi, Cocomórachi y Yepómera, de la que ya hablamos, en las que destruyeron todo, antes de que los españoles, que no habían querido creer en los riesgos que se advertieron, pudieran venir a auxiliarnos.

Frente a tamaña catástrofe, los españoles de Cusihuiríachi, recientemente establecida, abandonaron sus minas y tomaron las armas para emprender la guerra contra los sediciosos y luchar con denuedo para tratar de salvar las demás misiones. También el gobernador del reino¹⁴, uno nuevo y joven, nacido en un pueblo famoso de Galicia, que

13. Estos misioneros llegaron en el año de 1688, designados para las nuevas conversiones. El padre Neumann distribuyó a los seis nuevos operarios en el rectorado de Nuestra Señora de Guadalupe, al norte de la Tarahumara. El padre Sánchez residía en Tutuaca; en Matachi el padre Francisco de Velasco, rector de 1687 a 1690. Velasco nació en Castilla en 1656, y fue admitido en la Compañía de Jesús en 1671. Estuvo en la Tarahumara desde 1682: en Tutuaca en 1684, en Matachi en 1687 y finalmente en 1690-1699 en San Pablo. Murió en Parral el 18 de enero de 1701.

Al padre Florencio de Alderete se le destinó a la misión de San Pablo Cocomórachi. Nació en Tlalpujahuá, Michoacán en 1656, y fue admitido por los jesuitas en 1671. Enseñó en el colegio de Morelia y en 1683 se le destinó a la Tarahumara donde permaneció hasta su muerte en 1719; en dicha misión fue rector de 1690 a 1696 y visitador de 1711 a 1714.

14. Don Juan Isidro de Pardiñas Villar de Francos y Fernández Franco, caballero de la orden de Santiago, gobernador de la Nueva Vizcaya del 16 de agosto de 1687 al 30 de marzo de 1693. Pagó por el oficio 35,000 pesos.

había obtenido el cargo mediante una buena suma de dinero en la Corte de Madrid, tomó cartas en el asunto. Envío al general Juan Fernández de Retana¹⁵, cántabro, al mando de cincuenta soldados a la misión de Papigochi, muy cercana a la revuelta. Le mandó esperarlo ahí, con el fin de reunir un mayor número de soldados y agregar otro gran contingente de indios fieles; después de lo cual, el gobernador iría personalmente a ejecutar el castigo de los sacrílegos y malvados.

Pero antes de que llegara el gobernador, una tarde¹⁶, un gran número de rebeldes se atrevió a atacar al ejército de Retana que estaba en Papigochi. Iba al frente de los alzados cierto indio famoso e impostor, el cual con sus argumentos había prometido a sus seguidores que, gracias a sus poderes sobrenaturales, los arcabuces de los españoles no dispararían, por lo que no eran de temerse sus balas. Y que si por acaso, alguno de ellos, cayera herido por una lanza o espada, les garantizaba que resucitarían a los tres días¹⁷. Así que, depuesto todo temor, los rebeldes atacaron violentamente y con una saña inusual a los españoles.

Cuando el centinela español, descubrió a los atacantes,

15. El 3 de abril de 1690 Pardiñas ordena a Retana que se desplace a la Tarahumara; el 11 de abril le da el nombramiento de comandante en jefe de toda la tropa española. Retana llega a Papigochi o Villa de Aguilar, el 14 de abril con 25 soldados.

16. El primer encuentro que se tuvo con los rebeldes fue el 19 de abril de 1690. Murieron dos soldados españoles en el combate, y resultaron heridos 11 y 4 indios amigos. La batalla duró 10 horas.

17. Según las actas de guerra, los indios estaban seguros de la victoria. Sopechí uno de los cabecillas de la rebelión, respondió a Retana que no estaban dispuestos a someterse: "Diciéndoles los hechiceros que estaban con ellos, que estuviesen firmes en su alzamiento; que no les harían nada los españoles, porque no habían de poder tocar el clarín, ni disparar sus arcabuces...". Este mesianismo en las rebeliones indígenas se dio también en la sublevación de los tepehuanes en 1616.

la gente de Retana de inmediato tomó las armas y se puso en orden de batalla para repeler al enemigo. Al acercarse éste a distancia de un tiro de flecha, los españoles disparan y cae herido el brujo que dirigía a los rebeldes; el cual para destacar y sobresalir de los demás, se había puesto en la cabeza el bonete del padre Diego [Ortíz de] Foronda, al que habían matado en Yepómera, como ya dijimos. Junto con este cabecilla, fueron muertos otros muchos y otros tantos quedaron gravemente heridos. Los enemigos sólo disponían de sus arcos y flechas envenenadas¹⁸, y desde lejos atacaban a los españoles; por lo que los soldados cargaron con sus lanzas y espadas, sobre el enemigo que se dió a la fuga, de modo que mataron a más de treinta¹⁹. Los demás se dispersaron en desbandada, remontándose a la sierra, sin intentar nuevamente enfrentarse a los españoles o arriesgar otro encuentro con ellos.

A la sazón, llegó a Papigochi, el gobernador²⁰ con do-

18. En esta misma obra Neumann vuelve a tratar del veneno de las flechas. Ver infra, cap. IV, nota 85.

19. Más de 30 de los rebeldes quedaron fuera de combate. Los enemigos eran más de 400 indios. El general Retana y el general Marcos Fernández de Castañeda, alcalde mayor de Cusihiuriachi, en 2 cartas que envían al gobernador Pardiñas, los días 19 y 20 de abril de 1690, dan los detalles del combate.

20. El gobernador Pardiñas sale de Parral el 28 de abril de 1690; para el día 30 llega a la hacienda de San Cristóbal, el 9 de mayo está en el Paraje de la Cueva, el 13 de mayo pernocta en Cusihiuriachi y el 16 del mismo mes llega a Papigochi. Le acompañaban 200 soldados españoles con sus capitanes: El capitán del presidio de Janos, Juan Fernández de la Fuente con 17 soldados; el capitán Antonio Fernández de Castañeda y 22 hombres de Cusihiuriachi; el capitán Francisco Ramírez de Salazar con 6 hombres de Casas Grandes; el capitán de la compañía de campaña, Antonio de Medina, y 19 arcabuceros; el capitán Juan Fernández de Retana con 25 soldados del presidio de San Francisco de Conchos. Todos bien armados. Tenían 190 indios auxiliares: tarahumares, tobosos y algunos conchos y sumas.

cientos soldados y una turba numerosa de indios amigos, con el propósito de perseguir a los forajidos. Pero como no los localizaban por ninguna parte, continuó por el camino directo hacia Yepómera. Allí dos padres de nuestra Compañía que habían acompañado al gobernador²¹, sepultaron cristianamente al padre Diego [Ortíz de] Foronda y a los tres españoles que los bárbaros habían sacrificado con él²³. Los colocaron cerca del altar del templo quemado, todos juntos por no ser posible distin-

21. El gobernador Pardiñas llegó a Papigochi y salió de ahí el 12 de junio de 1690, arribó a Yepómera donde permaneció el resto del mes hasta el 4 de julio. La tropa auxiliar se componía así: El capitán del presidio del Pasaje más 33 soldados de San Pedro el Gallo y de San Miguel de Cerro Gordo. Los soldados españoles, más los 45 aventureros, montaban un total de 158 hombres.

22. Los padres Tomás de Guadalajara, rector del colegio de Parral, y el padre Francesco María Piccolo nombrado visitador de la Tarahumara en el mes de abril.

23. Los autos de guerra levantados sobre la muerte del padre Diego Ortíz de Foronda, incluyen las muertes del teniente Juan de Urías y de Francisco Fontes. Foronda fue sepultado en Yepómera el mismo día que Pardiñas llegó con su escolta a ese lugar: el 16 de junio de 1690. Una parte del acta que se levantó en esa fecha dice: "Particularmente la habitación del padre y la iglesia, no sólo fueron quemadas sino deshechas y arruinadas hasta la inmediación de los cimientos; deshechas a mano, arrojadas las imágenes de Cristo Señor Nuestro por el campo, hechas pedazos y desfiguradas a golpes, al parecer de piedras; las aras consagradas esparcidas por el campo... y como enfrente de la iglesia se halló parte de un esqueleto u osamenta, que según declaró Domingo, indio que salió en dicha ocasión a buscar socorro, dijo ser los huesos del padre Diego Ortiz de Foronda, porque dijo que al salir del aposento luego le mataron a puñaladas, y que los dos españoles se resistieron hasta junto al corral donde se hallaron los huesos, salvo las calaveras, habiendo según pareció quebrado la del padre, por estar en diversos pedazos dividida. Y luego con la solemnidad que tal puesto permitió, se enterraron con asistencia de la padres Francisco María Piccolo, visitador de estas misiones y Tomás de Guadalajara, rector del colegio de Parral..."

guirlos entre sí; ya que los restos habían permanecido dispersos por el campo desde hacía tres meses en que se había efectuado la sacrilega matanza.

El gobernador permaneció en aquel lugar por algún tiempo con sus soldados, enviando durante ese lapso varios grupos de indios amigos para que exploraran las abruptas serranías. Localizaron a pequeños grupos de rebeldes y fueron hechos prisioneros; mientras que el gobernador, empleó ese tiempo en investigar las causas de la rebelión con más empeño que en combatir a los alzados. Cambiando la espada por la pluma, se dedicó a redactar con todo detalle las actas de guerra como suelen hacerlo los españoles en todo²⁴

Entre otras cosas, los conspiradores confesaron que la rebelión se había venido preparando desde hacía cuatro años y que eran once las naciones que estaban confabuladas en ella²⁵ con el firme propósito de exterminar a los misioneros y a todos los españoles. Y si algunos grupos no se habían lanzado a la lucha, de todos modos estaban decididos a hacerlo en la primera ocasión que hubiera

24. Estacionado en Yepómera el gobernador envió desde allí varias expediciones contra los rebeldes: del 16 al 19 de junio, Retana y Ramírez de Salazar salieron con 100 soldados y 150 indios amigos de Nahüérachi; del 21 al 28 de junio, se envió a de la Fuente y Medina con 40 soldados y 130 indios para que exploraran La Junta de los Ríos, Cocomórachi, etcétera; del 5 al 13 de julio, Pardiñas avanza con todos sus soldados e indios desde Nahüérachi hasta Sfrupa; del 16 de julio al 20 de agosto, Retana y de la Fuente inician una nueva campaña y avanzan con 70 soldados y 160 indios hasta El Rincón, Picacho y Cañada del Oso. Aquí hacen algunos prisioneros y recuperan 40 caballos.

25. Los autos de guerra mencionan estos hechos, y los demás datos relacionados de esta rebelión contra los españoles, específicamente de la sublevación de 1690 a 1697.

propicia²⁶.

En efecto se comprobó que eran verdaderos integrantes del levantamiento junto con los tarahumares, los conchos, sumas²⁷, janos, jovas, julimes²⁸, chinarras²⁹, tobosos, acoclames³⁰, chizos³¹ y apaches³²; las cuales naciones estaban dispersas en una extensión de más de cien leguas

26. Se colige de los informes que muchos pueblos indios permanecieron neutrales, tanto entre los pimas de la frontera con Sonora como entre los tarahumares.

27. El padre Neumann da el nombre de "naciones" a una serie de grupos étnicos que vivieron al noroeste de la Tarahumara. El mismo autor menciona a los sumas, julimes, chinarras, acoclames, chizos, apaches, conchos y janos, entre otros.

28. A los **julimes** se incluye dentro de los conchos, que habitaron toda la cuenca del río que lleva este nombre. Los franciscanos en el año de 1691 fundaron la misión de San Antonio de Julimes, pueblo de visita correspondiente a San Pedro de Conchos. Ya desde 1688 se menciona a don Nicolás como gobernador y general de los Julimes.

29. Los **chinarras** vivían en el norte del estado de Chihuahua, desplazándose desde Casas Grandes hasta la confluencia del río Conchos con el río Bravo. En el año de 1713 los jesuitas fundaron la misión de Santa Ana y San Francisco Xavier de Chinarras.

30. A los indios **acoclames** de ordinario se les asocia con los salineros, nonojos y tobosos. Sus ataques a los españoles se consignan desde principios del siglo XVII, y a veces se les menciona ubicados en la Sierra de Xacus y las Encinillas.

31. Los **chizos** posiblemente fueron una parcialidad de los conchos; se les ubica al este de la ciudad de Chihuahua, por el río Santa Isabel, y también al norte del actual estado. En 1693, en el informe que rinde sobre los presidios José Francisco Marín, dice que se integran en 6 tribus: chichitames, satapayogliga, guazapayogliga, osatayogligli, batayogliga, sunigogliga. El general Retana emprendió varias campañas contra los chizos en 1687 y 1688, logrando reducirlos para llevarlos a vivir pacíficamente en San Francisco de Conchos.

32. Los **apaches** es un grupo de la familia athapascana, en el suroeste de Estados Unidos. Sus incursiones continuaron constantes y acentuadas, invadiendo la Nueva Vizcaya desde finales del siglo XVII hasta los primeros años del siglo XX.

allende Parral, rumbo a México, capital de toda la Nueva España.

Pareciéndole verídicas estas informaciones al gobernador (pues bien sabido es que todas estas gentes aborrecen a los españoles) pensó que la guerra debería llevarse con calma y cautela; que no deberían exponerse los soldados a riesgos y peligros, pues eran ellos la única defensa y poder del reino, y que deberían reservarse para la defensa contra la superior muchedumbre de los enemigos.

Pretendió el gobernador del reino pacificar a la Tarahumara por medio de enviados de los mismos indios, que fueron a ofrecer la paz. Junto con ella les ofrecieron también el perdón de todos sus desmanes y homicidios y de los sacrilegios perpetrados.

Se llegó al extremo de hacerles regalos a los prisioneros y enviar a estos mismos como mensajeros para que fueran a convencer a sus gentes. Los rebeldes no creyeron ni remotamente las promesas del gobernador y, por supuesto, se negaron a salir de sus montes y escondites. Finalmente, después de haber mandado innumerables emisarios con lo que afianzaba lo prometido, ellos aceptaron darle obediencia y, de esta manera, concertar la paz, más que todo, por el deseo de que el gobernador y los soldados se alejaran de su tierra y así sentirse seguros de que no serían perseguidos por los españoles.

Para poner a prueba la fidelidad de los indios, el gobernador se mudó con su ejército a Carichí³³, a unas diez

33. El gobernador Pardiñas permaneció en Carichí del 14 de agosto al 11 de octubre de 1690. En este lapso recabó varias declaraciones sobre la rebelión. El 30 de agosto convocó a un consejo de guerra en el que participarían los capitanes Retana, de la Fuente, Medina y Luis de Valdés. En esta reunión se decidió tomar las medidas pertinentes para defender el noroeste de la Tarahumara contra los ataques de los jócomes, sumas, janos y sobaipuris, así como posibles ataques por el

leguas de Cusihiuríachi y permaneció en esa misión algún tiempo. Estaba en ese lugar el visitador de las misiones "con otros cuatro misioneros"³⁴. El gobernador aprovechó todo ese tiempo para tratar dolosamente con el padre visitador varios asuntos, principalmente el suyo propio que por entonces se ventilaba en la ciudad de México.

Los pobladores de Parral habían enviado varias cartas a México, en las que acusaban al gobernador de haber sido el causante indirecto de la rebelión de los indios, achacándole la avaricia, la incredulidad y la incuria³⁵. Enterado el virrey del asunto, lo privó de su cargo y de toda autoridad, pero todo se aplacó al recibir 30,000 escudos.

Ignorando el gobernador la identidad de las personas que habían enviado información contraria a él, y sospechando que habían sido los padres de la Compañía de Jesús³⁶, ya que eran los misioneros los más afectados por

sur, que pudieran realizar los tobosos, cocoyomes, chizos y chichitames. Para el 6 de septiembre se convocó la tropa de soldados e indios aliados al son de tambor y clarín. Eran 112 soldados, 40 "aventureros" y 389 indios aliados "de arco y flecha", todos a sueldo y en los que había: piros, sumas, tobosos, julimes, caquitatomes, tepehuanes, conchos y tarahumares. El 23 de septiembre en un nuevo consejo de guerra se examinaron los gastos militares; mientras tanto se había despachado a los capitanes Retana y de la Fuente a iniciar la lucha en el noroeste de la Tarahumara. En aquel tiempo la misión de Carichí se componía de 170 familias.

34. En Carichí se habían reunido los padres visitador Piccolo, rector Florencio de Alderete, Francisco de Celada, Johann Christoph Verdier y Joseph Neumann.

35 Los detalles de estas dificultades, se pueden constatar en la correspondencia habida entre el virrey conde de Galve y el gobernador Pardiñas.

36. El provincial Ambrosio de Odón, que lo fue de 1689 a 1693, entregó al virrey el 5 de octubre de 1690, las quejas de los misioneros respecto al gobernador Pardiñas. El padre Eugenio López publicó en 1695 un escrito en favor de los misioneros de la Tarahumara.

sus decisiones y sus iglesias las que habían sido incendiadas y sufrido los daños de la guerra; supuso que serían los jesuitas los que se habían quejado ante el virrey. Por este motivo, abandonando la guerra contra los indios, dirigió sus ataques contra los de la Compañía. A este propósito escribió a varios jefes militares pidiéndoles le indicaran todos los agravios que los indios tuvieran contra los misioneros, declarándolo libremente o, en caso necesario, obligándolos a declarar. El propósito era incluir las acusaciones de los indios en las actas que habían levantado para atribuir todas las causas y rencores de esta rebelión en contra de los padres.

Uno de esos jefes, al recibir la carta del gobernador, lo comunicó a uno de nuestros misioneros con el que tenía gran amistad, y éste a su vez se lo dijo al visitador. Así fue descubierto que el gobernador había lanzado todos sus ataques contra nosotros y pensaba seguir insistiendo en nuestra contra ante el virrey y en Madrid.

Para detener este problema pensó el padre visitador, que era conveniente mandar a México a uno de los padres misioneros de la Tarahumara; el cual iría ocultamente para informar al padre provincial³⁷ sobre el asunto y por supuesto al virrey³⁸, enterándolo de las maquinaciones que había urdido el gobernador.

Por su parte el gobernador, nada tranquilo, sospechando de todas nuestras cartas, ordenó que fueran interceptados todos los escritos que mandáramos a México y se le entregaran a él. De esta manera logró encontrar algunas

37. El padre Odón fungió como provincial del 23 de diciembre de 1689 al 8 de enero de 1693.

38. Don Gaspar de Sandoval Cerda Silva y Mendoza, conde de Galve, gentilhomme de cámara de su majestad, comendador de Salamea y Zeclavin en la orden de Alcántara, virrey del 20 de noviembre de 1688 al 27 de febrero de 1696.

cartas. Por la razón expuesta, el visitador vió que por ese medio no sería posible dar a conocer la verdad en México y decidió que marchara para allá un padre, siguiendo un camino que representaba cien leguas más, pero que evitaba que el gobernador se enterara del viaje.

Misionero de Sisoguichi, en la Tarahumara, desde hacía diez años, el padre Joseph Neumann³⁹ fue designado para ir a México. De las montañas de Guazapares pasó a la provincia de Sinaloa, luego atravesó la de Culiacán y finalmente el reino de la Galicia, recorriendo más de cuatrocientas leguas en seis semanas para llegar a México.

Por medio de su confesor, que era uno de los nuestros, se enteró el virrey de la llegada del padre y se alegró mucho. Por ese tiempo estaba ausente de la ciudad el padre provincial, por lo cual Neumann se dirigió al prepósito de la casa⁴⁰ profesa y a los consultores de la provincia⁴¹. Les comunicó todo y les entregó las cartas que debía dar al virrey; pero ellos opinaron que nada había que decir o hacer contra el gobernador de Nueva Vizcaya.

Una vez que el padre Neumann estuvo ante el virrey, fue recibido con toda amabilidad y deferencia.

Le dijo el virrey que le llenaba de gozo la llegada de un padre misionero y de esta manera orientó la conversación al asunto que le traía: esperaba que por su calidad de

39. Neumann llegó a la misión de San Ignacio Coyachi el 10 de febrero de 1681. Su viaje a México se sitúa entre noviembre y diciembre de 1690, después de la reunión que se tuvo con Piccolo y otros tres misioneros el 10 de octubre en Carichí.

40. El superior de la casa profeta de México era el padre Ildefonso Ramos.

41. Además del padre Ildefonso Ramos, los consultores de la provincia eran los padres Pedro de Echagoyan, Juan Fernández Cabero del colegio de San Pedro y San Pablo y Bernabé de Soto del colegio de San Andrés de México.

religioso le diría la verdad cabal ante la confusión que se había creado con tantas y tan diversas cartas, en las que unas favorecían al gobernador y otras lo atacaban, acusándolo principalmente de la guerra de la Tarahumara. Lo instó para que le respondiera con toda veracidad a todo lo que le preguntara, y lo hiciera con sinceridad y candor, aún en el caso de que algún superior se lo hubiese prohibido hacerlo; le garantizó que sería un secreto que se guardaría entre ambos. Le advirtió que consideraba indispensable saber la verdad tanto para la tranquilidad del reino, como para procurar, sin caer en error, el bienestar de las misiones; y que el interés público era superior a cualquiera otra consideración particular, viniera de algún superior o de cualquier otra persona. Así pues, su decisión dependería de estas noticias.

Respondió el padre que sus superiores nada le habían prohibido, y que, por lo mismo, el virrey podía preguntar cuanto quisiera a lo que él respondería con toda sencillez y verdad.

Tres horas duró el coloquio, y así quedó enterado el virrey de todas las cosas que deseaba saber. El resultado de la entrevista fue el que todas las cosas que habían sido dichas o escritas contra los misioneros de la Compañía por el gobernador de la Nueva Vizcaya, no tenían ningún valor y todas quedaban sin efecto.

En esas seis semanas que el padre permaneció en México, el virrey ordenó al gobernador que le enviara todos los autos completos⁴². El gobernador, por un mensajero se enteró que el padre Joseph Neumann había conversado con el virrey, de que aún permanecía en la

42. El virrey, conde de Galve escribió al gobernador Pardiñas el 13 de septiembre de 1690, solicitándole traslado a todos los autos y diligencias que hubiere realizado desde que salió de Parral.

ciudad de México. Sospechando que el motivo de la visita era el conflicto que había provocado contra los misioneros, mandó levantar nuevas actas en las que omitió⁴³ todo lo que malévolamente había insertado en detrimento de nuestra Compañía y, en su lugar incluyó otras cosas en que alababan a los padres cada vez que era necesario mencionarlos, pues bien sabía la estima que el virrey le tenía a la Compañía y la amistad que nos profesaba.

En los documentos citados, el gobernador afirmaba que ya había conseguido que los indios firmaran la paz en la Tarahumara y que los naturales regresaran tranquilos a sus pueblos; afirmaba también que los misioneros podrían regresar seguros y sanos a sus misiones.

El virrey le obsequió de las cajas reales, el dinero necesario para comprar nuevos ornamentos para los altares y para la celebración de la misa en las misiones y en las iglesias que habían sido quemadas. Además, entregó al padre Neumann, que ya estaba por regresar a la Tarahumara, una carta abierta para el gobernador del reino que debería primero mostrar al padre provincial, con quien el padre Joseph debería encontrarse en el camino, como se le ordenaba.

Mandaba el virrey en su carta al gobernador⁴⁴ que al retornar los misioneros a sus puestos se les dieran doce soldados para su custodia; los cuales deberían permanecer con el misionero hasta que las iglesias y las casas destruidas por el incendio hubieran sido nuevamente reedificadas, o por lo menos restauradas. Ordenaba, además, que quedara en la Tarahumara otra escolta de treinta soldados

43. Pardiñas respondió el 20 de mayo de 1691 al virrey, y entre otras cosas dice que las propuestas que le hicieron los misioneros fueron privadas y no se incluyeron en los autos.

44. El 6 de enero de 1691 el virrey envió una serie de disposiciones a Pardiñas, indicándole la manera de ajustar su comportamiento con los

para que la recorrieran hasta que las inquietudes de la guerra quedaran completamente extinguidas y las misiones gozaran de absoluta paz.

El padre provincial leyó estas cartas y, enterado de las disposiciones del virrey, escribió a su vez al visitador⁴⁵ indicándole que de ninguna manera permitiera que los padres regresaran a sus misiones si no se cumplían las condiciones ordenadas por el virrey.

Pero el gobernador tenía el propósito de sacar a todos los soldados de la Tarahumara y dedicarlos a la defensa del comercio con Parral amenazado por los indios tobosos con sus depredaciones, latrocinios y otros insultos más. Por tales motivos, el gobernador respondió al virrey⁴⁶ que él tenía en el real de minas de Cusihiuiriachi no treinta sino docientos españoles armados, divididos en cuatro batallones con sus respectivos capitanes, que podrían muy bien proteger a las misiones en caso de que hubiera alguna nueva sedición de los indios⁴⁷. Se trataba, más bien, de unos mercaderes y dueños de las minas o de sus trabajadores; gente a la que los misioneros no podían acudir⁴⁸

padres.

45. Se refiere al padre Piccolo.

46. Los reportes que hace Pardiñas al virrey fueron en dos cartas, una del 8 de abril y otra del 20 de mayo de 1691.

47. El 10 de febrero de 1691 Pardiñas le comunica al virrey que en el real de Cusihiuiriachi hay dos compañías de milicianos, con las armas necesarias, formadas por los habitantes de aquel lugar, lo que es suficiente para la protección de las misiones.

48. Posteriormente, el 4 de septiembre de 1691, el general Retana le informa a Pardiñas de dos compañías compuestas de comerciantes y mineros para la defensa. De todos modos el virrey ordenó a Pardiñas la celebración de un consejo militar con la participación de todos los capitanes y misioneros jesuitas y franciscanos para, con sus pareceres, decidir la campaña. Esta reunión se hizo en Cusihiuiriachi el 3 de febrero de 1691 y asistieron los capitanes Retana, Fernández de la Fuente, Antonio de Medina, Luis de Valdéz, Juan de Salaises, Diego

para su defensa o para que los auxiliaran en la reconstrucción de sus iglesias. Los padres, sin embargo, prefirieron disimular la desobediencia del gobernador a las órdenes del virrey.

El padre Joseph Neumann regresó a las misiones, llevando de la ciudad de México las cosas necesarias para poder reestablecer el culto en los templos. El padre visitador dio su anuencia para que los misioneros volvieran a sus misiones⁴⁹, exceptuando a Cajuríchi y Tutuaca, que

López de Zambrano, Bernardo Gómez de Montenegro, el Alférez Nicolás Díaz de Frías, el intérprete Alonso Muñoz de Zepeda y el tesorero José Ursúa. De los franciscanos estuvo el guardián de Santa Isabel de Tarahumares, fray Juan Pérez; de Santiago de Babonoyaba fray Miguel de Carbajal; de San Francisco de Conchos fray Gabriel Montes de Oca, y de San Pedro de Conchos fray Gabriel de Burgos. De parte de los jesuitas estuvo el visitador Piccolo, el rector Florencio de Alderete, Francisco Celada, de San Borja; Pedro de Noriega, de Nonoaba y Miguel de Ortega, de Coyachi. La conclusión a la que se llegó por parte de los jesuitas, fue la necesidad de establecer un "presidio" con soldados que sirvieran de protección a las misiones. Los militares no lo juzgaron necesario, y los franciscanos se remitieron al parecer de las autoridades coloniales.

49. De hecho los misioneros regresaron a sus puestos en 1692, después de las visitas de inspección realizadas por el general Retana el 25 de octubre de 1691 al 30 de enero de 1692 acompañado por el padre Alderete. Los límites con Sonora fueron visitados por el general Marcos Fernández de Castañeda, acompañado por el padre Pinelli. Ambos militares solicitaron al padre visitador Piccolo que proveyera cuanto antes las misiones abandonadas. Retana hace la solicitud personalmente en Carichí el 13 de enero de 1692; y Fernández de Castañeda desde Tacupeto, el 2 de enero de 1692.

Así quedaron provistas las misiones:

A) "Misión de la Natividad" (también llamada antigua Tarahumara).

1.- Domingo de Lizarralde, visitador de esta misión y de la de tepehuanes. 2.- Huejotitán: Cristóbal Condarco. 3.- San Miguel de las Bocas: Francisco Javier Medrano. 4.- Santa Cruz y San Felipe: Antonio de Herrera. 5.- Santa María de las Cuevas y San Lorenzo: Sebastián

estaban demasiado cerca de las montañas más desamparadas y, por lo mismo poco seguras, en las que se sabía que aún se ocultaban restos de la sedición.

Y en efecto, era en esas sierras en donde se habían refugiado los cabecillas más importantes de la rebelión y promotores del mal. Uno de ellos, antes de la pacificación había sido capturado y castigado por indios fieles⁵⁰.

Pardo. 6.- San Pablo: Francisco de Velasco.

B) "Misión de San Joaquín y Santa Ana", (Nueva Tarahumara) 1.- Como visitador con residencia en Norogáchi: Pedro Ignacio de Loyola. 2.- Como superior con residencia en Sisoguichi: Joseph Neumann. 3.- Carichí: Francesco María Piccolo. 4.- Coyáchi: Miguel de Ortega. 5.- Nonoaba: Pedro de Noriega. 6.- Teméychi: Juan Fernández. 7.- Papi-góchi, en remplazo del padre Domenico Créscoli, trasladado al colegio del Espíritu Santo en Puebla, quedará Johann Christoph Verdier. 8.- San Borja: Luigi Mancuso en sustitución del padre Francisco de Celada, que fue nombrado rector del colegio de Querétaro.

C) "Misión de Nuestra Señora de Guadalupe" (en la Nueva Tarahumara). 1.- Como superior Florencio de Alderete, en Matachi y Cocomórachi. 2.- Nicola Grissoni también en Matachi. 3.- Yepómera: Juan Calvo en lugar de Johann Baptista Haller, enviado a Yamoriba misión de San Andrés de Topia. 4.- Gian Baptista Barli, en Cajurichi, en remplazo de Jirí Hostinsky que estaba en Ariséachi y fue enviado a la misión de San Ignacio de Cabórica en Sonora. 5.- Vaclav Eymer, se cambió de Tomóchi a Ocoroni, Sinaloa. Villem Illing pasó a la misión de Loreto, en Chínipas; y José Guerrero Villaseca, se cambió de la misión de Santo Tomás en la Tarahumara a la de San Pablo Guarízame, Topia.

50. Dos fueron los jefes rebeldes capturados y decapitados por los tarahumares: Ignaciote Osebac y Nicolás el Tuerto, ejecutados en el mes de marzo y junio respectivamente de 1691. El padre Neumann sospechaba que Ignaciote aún vivía, e insiste en ello a Retana, el cual verifica la muerte de ambos rebeldes. Los hermanos Muiderrama, que asesinaron al padre Manuel Sánchez, estaban entre los pimas y fueron ejecutados el 15 de diciembre de 1691. También fue ejecutado Santiago Oyúcame, gobernador de Yepáchi y su hermano. Jerónimo Malagara, Bernardo Acoa, Chigóinari, Sopechí o Sopequeme, Bassachabóame, Posilegui, Sojagüe, y otros permanecieron fugitivos.

La misión de Cajuríchi fue suprimida definitivamente y la de Tutuaca permaneció vaca durante veintidós años⁵¹. Ningún misionero fue admitido, por oposición del gobernador⁵² de ese lugar, pues era un hombre, aunque cristiano, de costumbres sumamente depravadas, reo de poligamia y homicida reconocido. El había puesto todo su empeño en impedir el regreso de los padres.

51. Los pobladores de Tutuaca abandonaron el lugar y fueron a residir a Coyorichi.

52. Se llamaba don José.

IV

Ultima rebelión de los tarahumares, de más duración que las anteriores, memorable por el incendio y destrucción de los templos

Por largos siete años las cosas de la Tarahumara pasaban sin novedad de parte de los indios. Al concluirse el quinquenio del antiguo gobernador, fue nombrado uno nuevo¹, varón de edad provecta, hombre determinado a reprimir con energía cualquier rebelión que los indios intentaran promover.

La plata se sacaba en abundancia en esos tiempos de los montes de Cusihiuríachi; día a día se descubrían nuevas vetas y se escarbaban más minas, con grandes ganancias para los comerciantes que ahí acudían con sus mercancías². Esta fue la causa verdadera de la última rebelión tramada por los tarahumares.

A esto se añadió que el nuevo gobernador del reino había enviado al general Retana con un buen número de

1. Don Gabriel del Castillo, desempeñó este cargo del 30 de marzo de 1693 hasta el mes de mayo de 1698.

2. En su relación de 1683 el padre Ratkay enfatiza el auge que ha adquirido la minería. El gobernador Lope de Sierra Osorio reportó que en 1677 se habían sacado de las minas 150,000 marcos de plata. En 1684 se descubren las minas de Coyachi. En 1687 las de Cusihiuríachi, entre 1689 y 1690 las de Nuestra Señora de Monserrat de Urique, y ya en 1697 se empiezan a denunciar yacimientos en Chihuahua.

soldados a recorrer los poblados de la Tarahumara y a castigar con azotes a los indios que, entregados a la embriaguez o a la poligamia, se resistieran a someterse a las leyes cristianas.

Con ese motivo fueron descubiertos brujos y hechiceros, que tenían familiaridad con espíritus malignos y habían dado muerte a no pocos por medio de sus maleficios. Por medio de sus hechicerías lograban cobrar autoridad entre algunos e infundir miedo en los demás que no obedecían a su palabra.

Destacaba entre ellos un viejo que era tenido por todos casi como un pontífice³. Lo veneraban, doblaban ante él la rodilla y le besaban los pies. Este, a su vez, les consentía que tuvieran varias esposas, que repudiaran a las que no les agradaban y que tomaran otras. Era capaz este engañador de desatar tempestades y había indios que afirmaban haberlo visto con otros danzantes por los aires. Este hombre, a manera de verdadero oráculo, era capaz de hacer que los indios hicieran cuanto a él se le antojaba.

Unos indios cristianos no tan maleados lo delataron ante uno de nuestros misioneros⁴, el cual a su vez lo denunció ante el gobernador del reino, informándole dónde habitaba. Por su orden Retana, durante la visita que hizo a la Tarahumara, aprehendió y castigó al hechicero.

Con motivo de este escarmiento, muchos otros brujos fueron descubiertos entre los indios y hechos prisioneros⁵; entre ellos se encontraba el gobernador de cierto pueblo,

3. Su nombre de bautizo era Sebastián y su nombre indígena Quichísali. El era del pueblo de Pachera y había hechizado y muerto a seis indios antes de la visita del general Retana en diciembre de 1692. Aprehendido junto con otros, fue ejecutado en 1696.

4. El padre Neumann las refirió a Retana el 9 de diciembre de 1692.

5. Por ejemplo en el pueblo de Coyachi, en San Pablo cerca de Huejotitán, en Guazapares, Loreto y Guadalupe, etc.

y del que corría la voz de que había asesinado con sus maleficios a dieciséis indios. Otro también había que solía tomar la forma de fieras, como de oso, lobo, jaguar y bajo esa apariencia realizaba sus fechorías. Otro más tenía en su cueva diez demonios familiares. Otro en fin tenía dos demonios en forma de moscas gigantescas. Los indios acostumbraban consultarlos y cometer por sus consejos crímenes horrendos.

Formándoles juicio el gobernador, todos confesaron sus muchas maldades y en consecuencia se les condenó a la pena de muerte, para evitar así que contagiasen a otros con sus hechicerías o siguieran causando más males. No fue posible, sin embargo, extirpar completamente a este tipo de malhechores; los cuales, temiendo ser encontrados y condenados, huyeron a los rincones más apartados de la sierra, siempre rumiando venganza contra los españoles. Estos iban a ser pues, los principales hostigadores de la próxima rebelión.

Sucedió el año de 1695⁶ que una peste, azotó todos los pueblos de esta nación que en su mayor parte estaba reducida al cristianismo. Muchos murieron por el contagio, especialmente los jóvenes, las muchachas, las mujeres y los niños; toda la flor de aquella incipiente cristiandad, quedando vivos, en cambio, indios adultos y malos, a quienes aquella peste no les causó ningún mal. Soy testigo de que en una familia de trece miembros murió la madre y todos los hijos, quedando con vida sólo el varón, sano y

6. Esta epidemia que asoló la Tarahumara se inició en diciembre de 1692 y se prolongó los primeros meses de 1693; también abarcó parte de Sonora. El padre Piccolo refiere los sufrimientos de los indios de Bacaburéachi, Tajráchi, Carichí, Nonoaba y San Pablo. Por los síntomas fue una triple epidemia: disentería, viruelas y una especie de peste bubónica. La mortalidad fue muy alta.

fuerte.

Los misioneros se esforzaron entonces para que ningún niño muriera sin bautizar y que los adultos recibieran convenientemente el sacramento de la confesión. Por eso es satisfactorio pensar que muchas almas de estas naciones, gracias al beneficio de la peste, fueron recibidas en el cielo, disponiendo Dios así las cosas para librarlos de males futuros.

Los hechiceros se dedicaron entonces a persuadir a los indios que abandonaran sus pueblos y se alejaran del sonido de las campanas⁷, pues según ellos, esas eran las causas de la enfermedad. Les decían que el bautismo era lo que contagiaba a los niños y que los misioneros no eran sino brujos de los españoles⁸. Les insistían en que se cuidaran mucho de nosotros. Les sugerían, además, otras cosas parecidas verdaderamente diabólicas.

Muchos de los neófitos, ya arraigados en la fe, no aceptaban semejantes calumnias de sus hermanos de raza, ni se prestaban a la apostasía; pero otros, inclinados a la rebelión, hacían suya cualquier cosa, aunque fuera falsa, justificando así su defección. Pensaron pues, que era una excelente ocasión de llevar a cabo su conjuración y de atraer a otros a su causa, la circunstancia que se les ofrecía de estar los españoles en guerra contra los tobosos.

El gobernador dispuesto, en efecto, a atacar con vigor a estos asaltantes que infestaban los caminos e impedían todo comercio, decidió perseguirlos sin descanso. Mandó, pues, al general Retana, del que ya hemos hablado varias

7. Las supersticiones relacionadas con los fenómenos naturales no son exclusivas de los tarahumares.

8. El bautismo visto como vehículo de la muerte, es un concepto que se repite con frecuencia en las Annuas que envían los misioneros de la Tarahumara, y de otras regiones del noroeste.

veces, que fuera en su persecución, con un número escogido de soldados. A los dos días de caminar llegaron a las márgenes del río Florido y ahí acamparon, tratando de averiguar por ciertos correos e indicios, dónde se encontrarían los tobosos, pues estos indios nunca se detienen en un lugar fijo⁹.

Mas he aquí que al mismo tiempo surgen nuevas dificultades en la Tarahumara, pues apenas estuvieron informados los indios de que Retana se había alejado con sus soldados en persecución de los tobosos y que, por lo mismo, no les sería fácil regresar con rapidez; empezaron a tramar en secreto la sedición. Por grupos empezaron a alejarse de los pueblos e internarse en la sierra; a llevarse los alimentos y a fabricar una gran cantidad de flechas¹⁰.

Era visitador de las misiones en ese entonces¹¹, el ya citado padre Joseph Neumann, quien se ocupaba en efecto en recorrer las misiones. Llegando a Yepómera y Cocomóachi se percató de la ausencia de algunos indios y supo que se habían alejado rumbo a la sierra; entonces decidió ir a Papigochi, misión que en ese tiempo administraba el padre Vaclav Eymer¹². Ya en Papigochi, ordenó al gobernador¹³ de los tarahumares, que tenía entre los

9. El río Florido es un afluente del río Conchos al sur del estado de Chihuahua. La campaña contra los tobosos se inició entre noviembre y diciembre de 1696.

10. Neumann desarrolla estos puntos en carta del 30 de diciembre de 1696 al gobernador del Castillo.

11. El fue visitador de 1696 a 1699.

12. El padre Eymer remplazó al padre Verdier en Papigochi en octubre de 1695. El padre Hostinsky estaba en Santo Tomás y pasó a las misiones de Ariséachi y Tomochi.

13. El gobernador de Papigochi era don Jerónimo Ona, y éste envió a su teniente Andrés de Gracia y al capitán Miguel Bejarano a Cocomóachi y a Tutuaca antes de la navidad de 1696.

suyos gran autoridad, que se dirigiera a la sierra y trajera a todos los que ahí encontrara. Pero éste, cómplice de los indios papigochis en esta nueva y ya próxima rebelión, no hizo nada; al contrario les aconsejó que no fueran a bajar de los montes, y que trataran de buscar más aliados para que si los españoles quisieran obligarlos a volver, pudieran resistirles con bastantes fuerzas.

Aconsejó también a los que se habían quedado en los pueblos que no se movieran, para así evitar mayores sospechas de los padres, y disimularan sus intenciones hasta que supieran que los soldados, que irían en persecución de los tobosos, estuvieran más alejados y ausentes. De esta forma y sólo entonces podrían incorporarse a la rebelión que ya venían preparando desde hacía tres años aquellos que habían quedado como semillas de los desastres anteriores¹⁴.

Así queda demostrado con cuánta falsedad habían aceptado la paz que se les dio en el año de 1690, pues siempre estuvieron a la expectativa de poder sacudirse el yugo de la ley cristiana y de la dominación española, y volverse a su vida libertina, con sus vicios de siempre.

Tampoco faltaron entre ellos nuevos hechiceros, con sus propios demonios, consejeros del mal y cooperadores del crimen. A las consultas que les hacían los indios, respondieron con halagadores oráculos, incitándolos vehementemente a destruir y quemar iglesias, que ahora habían sido reconstruidas mejor y más grandes que antes. Además contarían con el auxilio de los demonios para matar o expulsar a todos los misioneros y españoles de sus

14. Los misioneros pensaban, al igual que los españoles y los indios fieles, que esta nueva sublevación la habían provocado los jefes rebeldes que quedaron impunes en 1690-1691.

tierras y dominios.

La multitud de indios escondidos, al oír las incitaciones de sus brujos y las arengas del gobernador de Papigochi, que había permanecido tres días recorriendo la sierra de Sírupa, a un día de camino de los jovas, hizo que estas gentes se sintieran decididas y seguras.

El gobernador regresó a Papigochi y aseguró a los padres que todas sus tentativas habían sido en vano, pues los indios no se habían dejado convencer y se negaban a dejar los montes. Que los prófugos estaban decididos a no volver nunca a sus pueblos y no lo obedecerían a él ni a nadie más.

Después de escuchar esto, el padre visitador envió cartas al gobernador del reino informándole del inminente peligro que corría¹⁵. El gobernador estaba entonces muy ocupado en la guerra contra los tobosos y no le convenía del todo el que los indios refugiados en la sierra constituyeran un verdadero peligro, pues todos los pueblos parecían vivir en paz. Dejó pasar por el momento el asunto pensando poner remedio cuando le constara que la rebelión era una realidad.

En el ánimo de los misioneros influían funestos presagios de cosas que sabían habían sucedido el año anterior y que ellos habían llegado a conocer, y yo considero oportuno mencionar en este lugar.

En el mes de abril de 1696 esta provincia de la Tarahumara Alta fue sacudida por un insólito terremoto. A fines de octubre había aparecido un funesto cometa antes del amanecer¹⁶, el cual en los primeros días se veía sin su

15. Se conserva el texto de Neumann fechado en Sisoguichi el 25 de diciembre de 1696. (AGI, Guadalajara 156).

16. El 30 de diciembre de 1680 en Sevilla se observó este cometa: Ratkay lo menciona en el mismo año, y el padre Kino escribe su

cabeza de estrellas, después se observó en la parte que mira hacia el oriente, muy oscura y con una enorme cola hacia el occidente. El cometa estuvo apareciendo durante tres semanas y llenó a todos de terror.

En la noche, en que se vio el cometa, aparecieron fuegos en las colinas de Papigochi, cercanas a la iglesia, discurriendo por todas partes. Los fuegos eran verdaderamente horribles. Se vio también un globo de fuego que suspendido en los aires, luego estalló ruidosamente como el trueno de un rayo para desaparecer¹⁷.

En la noche, entre el viernes y el sábado santo, las campanas de ese mismo templo, sin que nadie las moviera, por dos veces sonaron solas en la forma lúgubre en que suelen tocarse durante los funerales.

El río Papigochi se desbordó, y se pudieron ver inmensas olas en forma de conos, que se elevaban como a unos doce pies, y luego caían con estrépito sobre el lecho del río, para después seguir su curso.

En el mes de mayo, del mismo año, estando el día completamente sereno, en la misión de Cocomórachi¹⁸, como a las tres de la tarde, estaba el padre parado frente a la puerta de la casa, y alcanzó a ver un enorme gigante que tenía la cara vuelta hacia los cerros vecinos; superaba a los árboles más altos desde la cintura, y se inclinaba como si quisiera recoger piedras para arrojarlas. La aparición se esfumó después de un cuarto de hora, todo en presencia del misionero.

Exposición Astronómica que originó una discusión con Carlos de Sigüenza y Góngora. Los tarahumares llaman al cometa *goremaca* y lo consideran presagio de maleficios.

17. Esto fue observado durante la semana santa de 1696.

18. Neumann hace una recopilación de elementos, que, según la mentalidad de su época presagiaban desgracias.

También, durante el año mencionado, el 18 de abril, estando el cielo completamente sereno, cuando faltaban dos días para llegar el plenilunio, apareció el sol con una sombra elíptica, que fue vista por todos, estupefactos por la novedad del caso.

Cuando todas estas cosas fueron referidas o escritas al padre visitador, le pareció que presagiaban algo triste y digno de temerse, como si fuera una amenaza para las misiones. Por lo cual dispuso que los padres estuvieran muy alertas a todos los movimientos que hicieran los indios, y a todo lo que llegaran a saber de ellos.

El mismo, después de concluidas las lluvias del verano, reanudó sus visitas dirigiéndose principalmente para aquellas misiones que estaban más cercanas a las sierras y colindaban con otras naciones, pues eran las más expuestas al peligro. Pero habiendo sido recibido en todas partes con claras muestras de amistad de parte de los indios, por ningún indicio pudo sospechar la insidia del nuevo alzamiento, que ellos llevaban en el corazón. No supo, excepto en Yepómera, que los indios se hubieran fugado a los montes y, como ya se ha dicho¹⁹, al gobernador de Papigochi se le había ya encomendado que trajera al pueblo a estos fugitivos. Confiando en la fidelidad de éste, continuó visitando las misiones en el mes de enero del siguiente año de 1697.

Llegó finalmente a la misión de San Borja, que administraba el padre Francisco de Celada²⁰, misionero vetera-

19. Cfr. supra, nota 13.

20. Francisco de Celada nació en Mondejar, Alcalá de Henares, en 1646. Ingresó con los jesuitas en 1665, y en Tepozotlán pronunció sus primeros votos en 1667; en 1671 es profesor en el colegio de San Ildefonso. Para 1677 se le destina a Conicari, Sinaloa; misionó en la Tarahumara desde 1678 hasta 1707.

no, originario de Toledo. Hasta ahí le llegaron cartas a Neumann de un misionero, mexicano²¹, informándole que había sido descubierta la conjuración que nuevamente tramaban los indios. El tal misionero se encontraba en la misión de Santo Tomás, a tres leguas de Papigochi y tenía a su servicio un niño de doce años²², al que quería particularmente y en el que tenía una confianza completa. La madre de este niño, preocupada por la vida de su hijo, le rogaba insistentemente que se saliera de la casa del padre y huyera, antes de que lo fueran a matar los conjurados, pues tramaban asesinar al padre y a todos sus amigos. Sabía con toda certeza que la rebelión estaba por estallar, y que expulsarían y matarían a todos los misioneros y españoles.

Pero del mismo modo que el padre amaba al niño, también éste amaba al padre y, tratando de salvarle la vida, con insistencia le rogaba que se apartara del peligro y se marchara a otra parte, comunicándole con todo candor lo que le había dicho su madre.

El padre visitador consultó el asunto con el misionero

21. Se refiere al padre Baltasar de la Peña. Neumann informa al gobernador del Castillo en carta que le manda desde Sisoguichi el 25 de diciembre de 1696.

22. El nombre de este niño era Ventura, y el general Retana recibió la declaración que hizo acerca de la sublevación. Neumann en carta que envía a Retana el 15 de enero de 1697 dice: "... aunque poca fe doy a lo que dice un muchacho, pero acordándome de lo que don Cristóbal, gobernador de Sisoguichi, ahora dos años me pidió avisase a vuestra merced... que pasaron unos palitos rayados por los tarahumares de Tutuaca, a los pimas, a los conchos... en señal, como se afirma, de nueva conjuración, añadiendo que amenazaban a los tarahumares que no se quisieran unir y juntar con ellos...". Decían, además, que Retana retardaba su visita a la Tarahumara por andar en campaña contra los tobosos.

veterano y resolvieron escribirle al gobernador del reino²³ para enterarlo de todas estas cosas. El gobernador no aceptó creer al testimonio de un niño y vacilaba entre la guerra contra los tobosos o distraer al ejército llevándolo de nuevo a la Tarahumara. Pero conociendo como conocía lo falso que eran los indios, se comunicó con Retana²⁴ que se encontraba en campaña contra los tobosos, y le ordenó que regresara a la Tarahumara y dejara por lo pronto las tierras de los tobosos.

Retana de inmediato se fue a Papigochi²⁵, y ahí indagó lo que había sobre la rebelión de los indios; todo fue en vano, pues los naturales negaban todo y lo disimulaban, asegurándole que ni por sueños habían pensado en alzarse en armas.

Por lo anterior, Retana se comunicó con el visitador manifestándole que su presencia en la Tarahumara era innecesaria, dado que ahí no había señales de ninguna rebelión y no había razón para temer ningún daño, no pudiendo sólo fiarse del testimonio de un niño, pues el peligro de una sedición era muy remoto. Prometía, sin embargo, dirigirse a Yepómera y convocar a los indios que se hubiesen alejado de esa misión y que se afirmaba estaban en las montañas.

En la misión de Yepómera estaba entonces el padre Johann Baptista Haller, austriaco, completamente igno-

23. Ver la carta citada en la nota 21, de diciembre de 1696.

24. La orden del gobernador del Castillo a Retana es del 10 de enero de 1697.

25. Retana de regreso de su campaña contra los chizos y tobosos, encontró en su presidio de San Francisco de Conchos el 9 de enero de 1697 la orden del gobernador para que se trasladara a la Tarahumara. Llegó a Papigochi el 22 de enero acompañado con 55 arcabuceros y 95 indios amigos, tobosos, conchos, cholomes y síbolos, en compañía de los capitanes Martín de Alday, su teniente y Martín de Ugalde.

rante de todas estas cosas²⁶. No temiendo ningún peligro, aconsejó a Retana que se encaminara a Cocomórachi, misión muy cercana a las sierras de Tutuaca. Estaba en aquel lugar el padre Pietro Proto, siciliano²⁷, el cual no se dejaba engañar por las apariencias y tenía muy vigilados a sus indios; había descubierto varios indicios de la futura rebelión y los comunicó a Retana. Había observado que acarreaban alimentos al monte, que fabricaban gran cantidad de flechas envenenadas y que se observaba una gran concentración de naturales en la sierra de Sírupa, en un lugar inaccesible al que los caballos no podían entrar, a ocho leguas de Cocomórachi.

Estas noticias preocuparon bastante a Retana, por lo que, en primer lugar, designó algunos indios dignos de confianza y los envió a los montes para que investigaran los propósitos que tenían los indios y, también, para invitarles amigablemente a que regresaran a Cocomórachi para que juraran la obediencia tantas veces prometida. Pero los huídos, desde los altos riscos y en medio de grandes gritos²⁸, atacaron a los enviados, les lanzaron desde arriba rocas y les dispararon sus armas, hiriendo gravemente a uno. Obligados los delegados a retroceder se regresaron a donde estaba Retana, informándole que no se podía esperar nada de los indios alzados: ni con respecto a la obediencia, ni en cuanto a aceptar la paz.

26. El padre Haller escribe a Retana el 28 de enero de 1697 y dos días después llega a Yepómera. Haller ya había escrito a Retana el 6 de noviembre de 1696, advirtiéndole de los riesgos de la sublevación.

27. El padre Proto residía en Cocomórachi y era rector de la sección noroeste de la Tarahumara llamada Nuestra Señora de Guadalupe. Retana había recorrido los pueblos de Nagüérachi, Ocórrere, Bacupa, Sírupa, y llegó a Cocomórachi el 20 de febrero de 1697.

28. Esta era una de las características para entrar en batalla que tenían los indígenas del norte.

Desenmascarada la rebelión de aquellos tarahumares, decidió Retana obligarlos a rendirse; o por medio del hambre o por medio de las armas. Mandando pues, por delante, a una gran multitud de indios amigos y de otras naciones²⁹, ordena que sitien la escarpada montaña y mantengan cercados a los rebeldes y que él se presentaría al día siguiente con la caballería.

Pero los sitiados, lanzando contra los atacantes sus flechas, logran matar a unos y herir a otros, obligando al resto a retroceder.

Sin embargo, temiendo que de un momento a otro llegara el ataque del capitán vasco [Retana], con sumo sigilo se escabulleron, abandonando su fortaleza natural donde se habían pertrechado, dejando ahí los ganados para que con sus balidos disiparan cualquier sospecha de su huída. Por eso, cuando al día siguiente Retana llegó con sus soldados, después de dar cristiana sepultura a los indios muertos el día anterior, los soldados dispararon sus armas sobre el baluarte en que se suponía estaban los enemigos, para provocar así la lucha. Al no obtener respuesta ni comparecencia de nadie, ordena que se asalte el reliz escalándolo por los abruptos riscos. Pero al llegar a la cima, nada encontró, salvo las ovejas que los enemigos habían llevado ahí, y por ningún lado encontraron vestigio alguno. Sin haber obtenido ningún resultado dispuso el regreso a Cocomórachi³⁰.

29. Estos eran los tobosos, conchos, cholomes y síbolos, 95 en total. El combate se libró el 15 de febrero de 1697 a 5 leguas de Sírupa, a donde ya Retana había enviado a 87 indios exploradores a la región.

Durante la batalla los rebeldes iban al mando del famoso Posilegui. Fueron heridos 7 indios aliados y uno muerto, y se recogieron 500 ovejas y cabras.

30. El 24 de marzo ante más de 300 indios de Papigóchi, Santo Tomás, Tejolócachi, Matachi, Temósachi, Yepómera, Ariséachi, Cocomóra-

Enterado después de que los indios habían bajado por unas estrechas abras, entre las rocas, y que se habían escapado dispersándose por la sierra; ordenó Retana a los gobernadores circunvecinos recorrer todos los alrededores, acompañados de sus mejores hombres, a los que tuvieran mayor confianza; y que una vez capturados los condujeran ante él a Cocomórachi en donde esperaba hasta que todos los alzados hubieran sido localizados y aprehendidos.

Pero estos gobernadores de los indios, cómplices también de los sediciosos, disimulaban sus malas intenciones, procurando no hacerse sospechosos a Retana. A pesar de todo, en esta ocasión fueron capturados treinta rebeldes, que habían sido localizados vagando sin lugar fijo en los montes.

En el interrogatorio que se les hizo confesaron que los rebeldes eran más de noventa flecheros. Retana envió entonces a más indios para que los aprehendieran y trajeran; así se lograron capturar otros sesenta los cuales, al ser interrogados, algunos confesaron y otros negaron su participación en la revuelta, asegurando que ésta había sido iniciada por los sírupas, y que posteriormente se habían unido los tarahumares.

Habiendo indagado bien las cosas, Retana escribió al gobernador del reino, el cual dispuso que todos los reos fueran condenados a muerte, para que esto sirviera de escarmiento a los demás, por haber sido éstos los primeros en romper la paz y haber atacado a los emisarios. Retana, temiendo que esta decisión irritase aún más los ánimos de los que quedaban sin capturar, no se atrevió a poner en

chi, Paguéachi, Cagiüsórichi y Cajurichi, Retana los mandó perseguir a los jefes de la rebelión. Entre el 2 y el 11 de marzo lograron aprehender a 50 rebeldes.

práctica la drástica orden, esperando que llegaran los refuerzos que se había solicitado al gobernador. Cuando supo que ya estaba ahí el contingente, que llegó de los confines de Sonora³¹, dispuso que se cumpliera la sentencia dictada por el gobernador.

Entre los prisioneros estaban dos hechiceros gentiles, a quienes sus espíritus familiares les habían advertido de la llegada de numerosos soldados, por lo que deberían apresurarse a escapar, pues de otra suerte los castigarían a todos. Les prometían los espíritus malignos³², que los auxiliarían a romper los grillos de su prisión. Al llegar, pues, la siguiente noche, las cadenas se rompieron por una virtud superior y ellos se dieron a la fuga. Descubierta la huída por el centinela, la tropa se despertó, salió a perseguirlos y los mató. Los demás prisioneros al llegar mayor número de soldados, antes de sufrir la pena capital, fueron³³ preparados por los misioneros que confesaron a los que estaban bautizados y bautizaron a los gentiles para morir así cristianamente.

De esta manera, el día de la fiesta de la Anunciación de la Virgen María³⁴, cerca de treinta sentenciados cayeron bajo el fuego de los arcabuces de los soldados. Después les fueron cortando las cabezas y las fijaron en altas picas en Cocomórachi y en el camino a Yepómera para que sirvieran de escarmiento y ejemplo a los demás. Estos despojos sirvieron de alimento a los cuervos.

31. El general Juan Fernández de la Fuente capitán del presidio de Janos llegó el 23 de marzo de 1697 con 20 arcabuceros.

32. Neumann, Eymer y no pocos militares creyeron que los prisioneros habían escapado gracias a un poder sobrenatural.

33. El rector Pietro Proto y el padre Florencio de Alderete.

34. El 25 de marzo. Los rebeldes sumaban 39 y fueron ejecutados el 21 de marzo; el juicio sumario que se siguió, era el común en aquella época.

Después se dirigió Retana a Matachi³⁵ con el resto de los prisioneros y ahí los mandó ejecutar, salvo algunos por los que intercedió el padre misionero, considerándolos menos culpables³⁶.

Creyendo el gobernador del reino que con estas dos represiones, los demás implicados depondrían su actitud y no se atreverían a más, dejó suspensa cualquier otra pesquisa y ordenó que las tropas dejaran la Tarahumara y se regresaran a continuar la guerra contra los tobosos. Era el mes de mayo y Retana se disponía a regresar con su ejército, cuando he aquí que dos jóvenes indios gentiles llegaron de las sierras de Cajurichi, avisando que una gran multitud de tarahumares, pimas y jovas preparaban una emboscada en un cañón angosto y peligroso, por donde tenía que pasar Retana con sus soldados³⁷. En ese lugar pensaban los rebeldes arrojarle desde lo alto grandes peñascos y aplastar a los soldados desprevenidos; después acabar con flechazos a los que se escaparan y, finalmente, ir a destruir las iglesias y las misiones con una gran muchedumbre.

Dudaba Retana de la veracidad de tal noticia, quizá sólo se trataba de distraerlo en el reconocimiento que hacía de la Sierra. Pero muy pronto pudo comprobar que

35. El 23 de marzo regresa Retana a Matachi acompañado del resto de los prisioneros. Las últimas catorce ejecuciones se realizaron el 30 de abril de 1697, siendo preparados para bien morir por los padres Alderete y Eymer.

36. Otros menos culpables fueron desterrados por el gobernador del Castillo y enviados a los pueblos de San Francisco de Conchos y la Junta. El 11 de junio de 1697 fueron capturados 125 que habían escapado; 19 fueron ejecutados el 1o de julio auxiliados por el franciscano fray Gabriel de Montes de Oca.

37. Las declaraciones de estos dos indios fueron hechas en Papigochi el 13 de mayo ante Retana, Fernández de la Fuente y Martín de Ugalde.

era cierto lo anunciado, pues los rebeldes, sin esperar el regreso de Retana, invadieron el pueblo de Tomochi³⁸, mientras el padre se hallaba en el pueblo vecino. Saquearon todo lo que era susceptible de robar en la iglesia y la casa, mataron el ganado y se dividieron los granos que había almacenados, para finalmente y con gran furia, incendiar y destruir la iglesia y la casa.

Con las provisiones robadas y, sumándose a sus filas los vecinos del lugar, cómplices desde la anterior conjuración, pasaron la noche danzando y comiendo al compás de grandes alaridos, para así celebrar su crimen determinados a proseguir sus fechorías el día siguiente. En el camino se encontraron a un indio de Sonora que nada sabía de la rebelión, al que le robaron a su mujer y después lo mataron.

Un día después los sediciosos se dirigieron a Teséachi donde por entonces estaba el padre Jirí Hostinsky. Ya algunos habían avisado al misionero de la llegada de los rebeldes y Retana también le había escrito invitándolo a huir. El padre Hostinsky tomando los ornamentos sagrados se encaminó hacia Papigochi para ponerse bajo la protección de los soldados. En este lugar había establecido su campamento el general Retana, con otros dos capitanes y un contingente de 120 soldados que se habían preparado y fortificado contra la invasión de los rebeldes.

Los indios de Ariséachi, por tres veces habían pedido ayuda a Retana³⁹, solicitándole soldados para poder defender el templo y todo el pueblo. Pero los españoles sospe-

38. La noticia de la rebelión de Tomochi llegó a Papigochi el 17 de mayo. El padre Hostinsky estaba encargado de los pueblos de Tomochi, Ariséachi, Iléachi y Teséachi.

39. Los capitanes Fernández de la Fuente y Martín de Ugalde.

chando que se trataba de un engaño para lograr dividir la fuerza de los españoles, ya que se tenían noticias de que los de Ariséachi estaban aliados con los revoltosos, decidieron no enviar a ningún soldado y sólo comisionaron a 150 indios de Papigochi para que fueran a socorrer a los de Ariséachi. Pero los de Papigochi, cómplices de los alzados, no obedecieron las órdenes de Retana⁴⁰. Así fue como los rebeldes atacaron Ariséachi, quemaron y destruyeron el templo y la casa, junto con todos los demás.

Después de esta devastación los rebeldes sumaron a sus filas a los habitantes de ahí, supuestamente en contra de su voluntad. Los que permanecieron fieles a la fe, muy pocos de verdad, huyeron precipitadamente a Papigochi, dejando sus pobres pertenencias y el ganado como botín de guerra de los alzados⁴¹.

El mismo día que estas turbas sediciosas arrasaron Tomochi, también los de Cocomórachi aprovecharon que su misionero estaba ausente en Matachi, para celebrar el día siguiente la fiesta de la Ascensión del Señor⁴² en compañía de sus hermanos de religión⁴³; se valieron de

40. Retana había enviado a Ariséachi 150 indios amigos. El 21 de mayo mandó al capitán de la Fuente con 50 arcabuceros y 150 auxiliares tobosos, conchos y tarahumares.

41. El 21 de mayo a las 17:00 horas llegaron unas 30 familias de Ariséachi informando que los rebeldes habían quemado en Tomochi la iglesia y la casa del padre Hostinsky y destruido los ornamentos de la misión.

42. En 1697 el día de la Ascensión cayó el 16 de mayo. El padre Proto se dirigió a Matachi el 14 de mayo.

43. En Matachi residía el padre Florencio de Alderete, que misionaba en la Tarahumara desde 1683, y fungió como rector de las misiones de Nuestra Señora de Guadalupe de 1690 a 1693, con sede en Cocomórachi. Durante la rebelión de 1697 a 1698 acompañó como capellán en su recorrido al general Retana. En 1699 se le destinó a Norogáchi, y más tarde se le designó visitador de las misiones de Chínipas. Estuvo

esta ausencia para poner en ejecución su tan largamente meditada subversión; se precipitaron sobre el templo y la casa, lo destrozaron todo, y finalmente los quemaron.

En Cocomórachi estaba un misionero siciliano, que de acuerdo con las constituciones de la Compañía y según el régimen de las misiones era superior de algunos partidos, para el gobierno inmediato de los misioneros⁴⁴.

Terminada la misa del día de la Ascensión, después de la comida se preparaba a regresar a su misión cuando, he aquí, que llegó presuroso un criado de la casa, con la triste noticia de que los indios, declarándose en abierta rebelión, habían quemado la casa y el templo. Consultando con el compañero lo que se debería de hacer, puesto que los conjurados estaban realizando lo que durante tantos años habían maquinado y deseado, como se pudo comprobar con las confesiones de los que habían sido ejecutados, se pensó que era más prudente atender a la seguridad de sus súbditos por cuya vida se temía. Envío pues, de inmediato un escrito al misionero de Yepómera⁴⁵ ordenándole librarse del peligro y refugiarse en Papigochi con las cosas que pudiera salvar; que él también se dirigiría allá esa

en los pueblos de Guagüichiqui, Guagüeibo, Sorichiqui y Samachiqui.

44. El padre Pietro Ma. Proto, nació en Milazzo, Sicilia, en 1652, ingresó a la Compañía de Jesús en 1689. En 1692 se embarcó para México de donde se le destina a la Tarahumara donde fue misionero de 1693 a 1701, y rector de la sección de Nuestra Señora de Guadalupe de 1696 a 1699. Residió habitualmente en Cocomórachi. De 1701 a su muerte en 1730 misionó en San Ildefonso de Yécora, dependiente del rectorado de San Francisco de Borja en Sonora.

45. El padre Johann Baptista Haller nació hacia 1658, ingresó con los jesuitas en 1674. Se embarcó para México el 1o de julio de 1687 y llegó a la Tarahumara en 1692. En 1696 lo encontramos en Yepómera. Rector de la Tarahumara de 1699 a 1702 y desde 1708 reside en el Colegio de San Pedro y San Pablo de México. Debió morir antes de 1720.

misma noche junto con su compañero de Matachi⁴⁶.

Habiendo recibido el aviso el misionero de Yepómera, y recogido todas sus cosas, junto con las ovejas, los caballos y las mulas, a media noche emprendió el camino, para llegar a Matachi al amanecer. Ahí se encontró al capitán Martín de Alday con treinta soldados españoles enviados por Retana, para que protegieran a los padres y los acompañaran hasta Papigochi.

Esa misma noche salieron rumbo a Papigochi y ya muy cerca, a dos leguas, se encontraron con el padre rector y con el misionero de Matachi a los que comunicaron el objeto de su expedición.

Los padres, sintiéndose ya fuera de peligro y, preocupados solamente por el misionero de Yepómera, pidieron a Alday que fuera con sus soldados a Yepómera y recogiera aquel padre, al que ya se le había advertido de todo por carta. A pesar, de que se trataba de un viaje de varias leguas, esa misma noche recorrieron las diez leguas el capitán y sus soldados y llegaron a Matachi a la salida del sol; ahí se encontraron con el padre misionero de Yepómera con quien regresaron a Papigochi.

Ya se habían concentrado en Papigochi seis misioneros con Retana y los demás soldados⁴⁷. Los padres, temiendo por la suerte de sus misiones de Matachi y Yepómera y por lo que pudiese suceder a sus indios cristianos, suplica-

46. El 17 de mayo a las 8:00 horas llegaron a Papigochi el padre Proto, de Cocomórachi y Alderete, de Matachi. Una hora más tarde llegó el padre Baltasar de la Peña, de Santo Tomás. El 19 de mayo llegó el padre Haller, de Yepómera, acompañado del capitán Martín de Alday y seis soldados. El padre Hostinsky estaba también refugiado en Papigóchi.

47. Los seis misioneros eran Proto, Alderete, Haller, de la Peña, Hostinsky y el misionero del mismo Papigochi, Eymer.

ban con empeño que se envíen a esos lugares soldados para defenderlos y evitar su destrucción. Pero pareció a los capitanes poco prudente en esos momentos distraer a los soldados para defender aquellas misiones más lejanas, pues se consideraba seguro que, de abandonar Papigochi, se rebelarían abiertamente este pueblo y el de Santo Tomás, donde había una gran cantidad de indios, de muchos de los cuales se podía sospechar que estaban coludidos con los rebeldes y prestos para incendiar y saquear los templos⁴⁸. En caso de que se rebelaran ambos pueblos no sería suficiente para reprimir a los indios la tropa que quedara. En realidad el asalto a estos pueblos sólo se había detenido por la presencia de los soldados.

Así pues, todos se quedaron en Papigochi⁴⁹. Pero apenas los tres misioneros que llegaron de fuera abandonaron sus pueblos, cuando los alzados se lanzaron sobre sus misiones llenos de furia, quemando las misiones y obligando a sus habitantes a que se les adhirieran a la fuerza, haciendo así más numeroso el contingente de los sublevados. De este modo, en número como de mil hombres⁵⁰, eligieron como baluarte, una alta roca, áspera e incapaz de ser atacada por ningún lado, llamada Sopechí⁵¹, cerca del río de Tomóchi. En caso de que los españoles se atrevieran a asediarlos, abandonando Papigochi, parecía que el lugar escogido era el más seguro y apto para la defensa. Detrás estaban otras montañas que les permitían una entrada y salida muy segura para surtirse de alimentos

48. En carta del 16 de mayo de 1697, el padre de la Peña informa a Retana del plan que tienen los rebeldes para atacar Papigóchi.

49. Las misiones destruidas fueron: Tomóchi, Cocomórachi y Yepómera.

50. Los autos de guerra abundan sobre lo sucedido.

51. Sopechí, donde ya se había guerreado entre 1650 y 1652, está río abajo de Tomóchi.

y recibir nuevos refuerzos, amén de que la altura les permitía enviar exploradores en caso necesario.

Dicha roca, o prominencia, dista de Papigochi unas ocho leguas, por un camino demasiado sinuoso y casi imposible de atacar por los españoles. Desde esta fortaleza natural, amenazaban continuamente los rebeldes con invadir Papigochi, y pelear con los españoles hasta arrojarlos de sus confines.

Los indios de Papigochi estaban también de acuerdo con ellos y mantenían correos mutuos con los que informaban a los conjurados de los planes de los españoles, actuando como verdaderos espías⁵² y ocultos enemigos que con avidez esperaban el ataque que vendría desde la roca de Sopechí.

No ignoraban los indios que la casa del padre de Papigochi estaba protegida por numerosos soldados, con muros y torreones, que continuamente la vigilaban centinelas. Nadie que conociera bien a los indios, podría suponer que se decidieran a atacar y pelear con los soldados bien pertrechados. Frecuentemente fingían ataques, con el propósito de asustar a los españoles, pero nunca se atrevieron a realizar un asedio en toda forma⁵³.

De la estratagema anterior se valían los indios para así tener detenidos en Papigochi a los españoles, mientras ellos, divididos en dos grupos, invadían las demás misio-

52. Tanto Retana como los otros militares sabían perfectamente que había muchos cómplices de los rebeldes, disimulados en Papigochi.

53. El contingente militar que resguardaba Papigochi estaba compuesto de 266 tarahumares, 121 conchos, tobosos, cholomes y sñolos; 31 arcabuceros de San Francisco de Conchos; 30 que comandaba de la Fuente; 25 de Martín de Ugalde del presidio de El Pasaje; 12 del presidio de Cerro Gordo y 26 de El Gallo y 24 de la compañía de campaña del capitán Francisco Ruiz.

nes y las despoblaban⁵⁴, a donde los españoles, aunque habían aumentado en número, no podían acudir con rapidez por la distancia. Este perverso propósito sí les dio resultados, pues quemaron algunas iglesias en el norte, a cargo de los franciscanos⁵⁵ que ya con anticipación se habían refugiado en un mineral⁵⁶, mucho más seguro, y en donde había un gran número de españoles armados. Este lugar, distante veinte leguas de Papigochi, se consideraba completamente fuera de peligro, pues los rebeldes no hubieran podido fácilmente invadirlo porque el bastión de los soldados en Papigochi les impedía avanzar.

Otra gran turba de rebeldes en número de seiscientos, se dirigió al oeste e invadió la misión de Sisoguichi⁵⁷, donde se habían levantado dos hermosas iglesias, adornadas con lujo, gracias a las donaciones de un rico minero que constante y piadosamente había ayudado al fundador de esta misión⁵⁸, al padre Joseph Neumann, y quien había dotado ambas iglesias ricamente con todo lo necesario

54. Retana sabía muy bien que sus enemigos tendían a distraer las fuerzas españolas en distintos frentes, para poder dividirlos.

55. Los misioneros franciscanos ocupaban las siguientes misiones: San Pedro de Alcántara de Namiquipa, fray Félix de Orozco, y Nuestra Señora de la Natividad de Bachíniba fray Agustín de la Colina. Retana avisó oportunamente desde el 22 de mayo, a fray Agustín de la Colina de los riesgos que corría, indicándole se trasladara a Cusihiuriáchi. Finalmente el 28 de mayo Retana envía al capitán Ugalde y 20 soldados a Bachíniba para proteger la misión y controlar la situación.

56. Santa Rosa de Cusihiuriáchi.

57. En páginas adelante Neumann da una minuciosa descripción del ataque a Sisoguichi.

58. El minero benefactor de Neumann, era un indio de Nuevo México que descubrió dichas minas en la sierra de Guazapares. Gracias a él pudo construir y embellecer las iglesias de Sisoguichi y Echoguita. Problemas de jurisdicción entre Parral y Sinaloa, dieron como resultado que perdiera esta mina contra toda justicia.

para el culto. Una de ellas estaba en Bocoyna o Echoguitta⁵⁹ que el año anterior había sido solemnemente consagrada con la asistencia de catorce misioneros, algunos de los cuales debieron viajar días para llegar⁶⁰.

El templo esta construido a modo de fortaleza, con dos torres, muros, arcos en lo alto de modo que pudiera ser defendido con pocos hombres, en caso de que hubiese un asedio por los enemigos.

Pero entonces, el mayor interés estaba en defender y conservar Papigochi⁶¹, que corría mayor peligro por los enemigos emboscados en el propio pueblo que por los que merodeaban por la sierra. Se sentía latente la rebeldía y el deseo de levantarse, pues por medio de emisarios secretos, comunicaban a los de las montañas el estado que guardaban los españoles y otras cosas que se hacían en Papigóchi⁶². Los enemigos de fuera, llegaron al extremo de enviar a Papigochi exploradores que fingían haberse arrepentido de haber tramado o de haberse sumado a la rebelión, y que se habían apartado de los rebeldes para solicitar la paz. Pero luego de inquirir lo que deseaban entre los de Papigóchi y averiguar los asuntos que les interesaban, se regresaban con los enemigos.

Los españoles estaban enterados de estas cosas, y por ese motivo temían que si los de Papigóchi se unieran con los alzados, sería difícil controlar la situación; con mayor razón si se enviaran partidas de soldados a otras misiones,

59. Echoguitta llamada también Bocoyna.

60. La iglesia, dedicada a la "desponsación de Nuestra Señora con San José" de Echoguitta, fue comenzada por Neumann a fines de 1689, terminada en 1693, y consagrada el 15 de agosto de 1693. Neumann la describe como una fortaleza inexpugnable.

61. No faltan testimonios sobre este trajinar de los tarahumares.

62. La decisión de Retana y de otros militares fue de continuar en Papigóchi sin abandonarlo.

Papigochi corría el riesgo de ser arrasado por completo, quedando en entredicho el honor de los soldados y el nombre español.

Por eso se determinó, que ni se mandarían más soldados en auxilio de otras misiones, ni se retirarían de Papigochi, mientras no surgiera algún incidente de mayor urgencia. Afirmaban en efecto, que la seguridad de la región, no residía en los templos de los misioneros, sino en la fuerza de los soldados españoles.

Cuando los rebeldes se convencieron de que los españoles no se moverían de Papigochi, desatendiéndose de ese lugar se dispersaron para atacar impunemente y con toda libertad a otras misiones; tratando de ganar a su causa a los indios de todos los pueblos para atacar con gran fuerza a los españoles y obligarlos a salir de todos los confines de la Tarahumara.

Así, como ya lo mencioné⁶³, atravesando la sierra, atacaron la misión de Sisoguichi, distante de Papigochi veintidos leguas; pues habiendo los rebeldes mandado un emisario a los de Sisoguichi, para invitarlos a que se sumaran a la lucha, los de esta misión azotaron al mensajero y le aseguraron que ellos no estaban dispuestos a seguir a los sediciosos; advirtiéndole al enviado que, de volver a insistir en tan impía invitación, la próxima vez no regresaría con vida.

Habiéndose enterado de esto su misionero, que por este entonces desempeñaba el oficio de visitador⁶⁴, no dudó de la fidelidad y constancia de los suyos, y pensaba que por lo mismo tampoco debería temer de ellos. Temía, sí, que los rebeldes quisieran vengarse de la afrenta del emisario o que se empeñarían en forzar a los indios siso-

63. Ver *supra* páginas siguientes.

64. El padre Joseph Neumann.

guichenses a unirse a su causa, aunque fuera contra su voluntad.

El misionero había regresado ya a su localidad, cuando el 11 de junio, cerca de la media noche se acercó a él cierto indio de Sisoguichi y le comunicó que había escuchado a un gentil de Tomóchi las intenciones que tenían los alzados para atacar Echoguita. Enterado por este anuncio, lo comunicó a Papigochi para pedir al general Retana que le mandara, por lo menos, veinte soldados de inmediato para la defensa de su misión⁶⁵. Al mismo tiempo envió doce varones escogidos de entre los más fieles y probados en la fe, a explorar todos los caminos por los que los rebeldes pudieran llegar.

Estos exploradores, habiéndose adelantado un día al paso de los enemigos, no encontraron ningún vestigio de ellos, a excepción de uno que probablemente sería un espía de los alzados. Pero este sujeto, amaestrado por los rebeldes, les aseguró que todos los conjurados permanecían en la roca de Sopechí.

Esta falsa noticia fue la que llevaron los de Sisoguichi a su padre misionero, por lo que el padre de inmediato envió carta abierta a los soldados españoles que estaban esperando. En dicha carta les informaba que no había peligro en el camino por el que venían⁶⁶, ni vestigio alguno de los enemigos.

El propio general Retana venía acompañado de otros dos capitanes⁶⁷ y más de cien soldados españoles, a los que

65. El 12 de junio de 1697, desde Sisoguichi Neumann escribe a Retana pidiéndole auxilio. Al día siguiente sale Retana con el capitán de la Fuente, 60 soldados y 60 indios aliados.

66. El 13 de junio Neumann escribe nuevamente a Retana que la situación no es tan alarmante. Retana deja Pichachí y regresa el día 14 a Papigochi.

67. Retana venía con el capitán de la Fuente, 60 soldados y 60 indios

se agregaban otros docientos indios escogidos de pueblos amigos, probados y preparados para entrar en batalla con los enemigos que pudieran encontrar en el camino.

Estaban ya a un día de distancia de Echoguita, cuando Retana y los suyos recibieron la carta por lo que decidió que la iniciada expedición debería suspenderse y regresar cuanto antes a Papigochi, por el temor de que en su ausencia se hubiera atacado este pueblo, a pesar de la guarnición que había dejado en él considerada suficiente para la defensa⁶⁸.

Tampoco creía prudente exponer al peligro a los pocos soldados que había pedido el visitador, pues podían ser sorprendidos en cualquier momento, y en las circunstancias actuales que no eran de fiarse las noticias de ningún indio⁶⁹.

Así pues, desde el camino, escribió al padre y le avisó que también habían enviado a treinta indios exploradores que recorrieran los alrededores, para cerciorarse de algún posible peligro de parte de los sediciosos. No descubrieron ningún vestigio del enemigo que se mantenía en Sopechí amenazando invadir Papigochi. Por tanto consideraba del todo necesario regresarse y no dar pretexto con su ausencia para que los enemigos se decidieran a atacar.

Calmado el padre con estas razones y creyéndose seguro él, que estaba siempre pendiente con sus indios del pueblo de Echoguita, los dejó que fueran al campo a sus sembrados para arrancar las malas hierbas que durante

aliados.

68. Retana había dejado en Papigochi al capitán Ugalde con 40 arcabuceros.

69. Retana de regreso en Papigochi ahí permaneció hasta el 22 de junio... Enviados por don Gabriel, gobernador indígena de Echoguita, ese día llegaron 2 indios, que le relatan los destrozos hechos por los rebeldes.

esa época de lluvias, y durante el año, acostumbraban hacer.

El padre había regresado a Sisoguichi, que era el otro pueblo de sus misiones, cuando el día 21 de junio, a eso de las tres de la tarde, por un desfiladero escondido y difícil, desde un altísimo monte descendió una inmensa multitud de rebeldes al valle de Echoguita, mientras los vecinos del pueblo andaban ocupados en sus faenas del campo.

Repentinamente invadieron al pueblo, pusieron prisionero al gobernador y lo amenazaron para que confesara si en la iglesia o en la casa del padre se hallaba alguien escondido. Cercado luego todo el edificio, rompieron las puertas después de haber arrancado y quemado la gran cruz del cementerio con sus propias manos. Luego lanzaron grandes gritos y alaridos, se metieron a la iglesia furiosos, se subieron al altar; sacaron las imágenes de la Virgen y de los santos, las rompieron y destruyeron y arrojaron en pedazos al río vecino. Destrozaron también el altar y la pila bautismal que era de piedra labrada; hicieron lo mismo con la sacristía donde desgarraron las seis casullas y los otros ornamentos. Al cáliz lo estrellaron contra las piedras dejándolo partido en tres pedazos, y todo lo demás lo maltrataron con sus manos sacrílegas, rompiendo y destruyendo todo. Después, poniendo fuego por todas partes, quemaron la iglesia y la casa, en medio de grandes alaridos. Sentían que este espectáculo era menos fastidioso que ir a oír la misa y ser bautizados, así como escuchar a los padres que les anunciaban novedades en su calidad de brujos de los españoles y prestidigitadores, de los que muy pronto pensaban verse libres⁷⁰.

70. En 1667 el padre Rodrigo del Castillo relata el respeto que los tobosos tenían por la vida de los misioneros, a los que consideraban brujos de los españoles, que podían desencadenar epidemias.

Al gobernador, que han tomado prisionero, quieren obligarlo a sumarse a los suyos prometiéndole ganancias en el mucho botín que iban a robar de los templos y casas. El se negó a cometer tamaño crimen, no logrando convencerlo de que apostatará y abandonará la fe cristiana. Por lo demás él ignoraba dónde se habían escondido los demás súbditos suyos.

Pero después de amenazarlo de muerte, si no se adhería a sus huestes para proseguir la guerra; ya a punto de flecharlo, el gobernador simula acceder a lo que le piden y promete reunir a todos los indios y persuadirlos de que obedezcan lo que se les ordene. Con esta promesa lo dejan en libertad, lo que él aprovechó para escapar de manos de los rebeldes y esconderse en lugar más seguro⁷¹.

Entre tanto, los vecinos de Echoguita habían huído a los montes vecinos con sus hijos y su ganado, asustados por el ataque inesperado de los rebeldes; a tal grado estaban aterrados que no se dejaban ver por ninguna parte.

Temiendo la turba impía de los insurrectos las insidias de los de Echoguita, no se dispersaron para ir a perseguirlos, juzgando mejor continuar con lo ya empezado, y así, esa misma tarde se dirigieron a Sisoguichi. Pero informados de que el padre no había salido a otra parte, y de que estaba ahí, nada decidieron hacer esa noche y acamparon a una legua de distancia, devorando las provisiones⁷² que habían robado de las casas de Echoguita, con lo que se dieron una prolongada y opípara cena⁷³.

71. Con todo envió dos mensajeros a Retana, que llegaron a Papigochi el 22 de junio y le informaron de lo que pasaba en Echoguita.

72. Es el lugar aún conocido como **La Laguna**.

73. De Pichachí, Retana mandó el 23 de junio 6 exploradores indígenas que le informaron que los rebeldes estaban en La Laguna. Hacia las 8 de la noche los espías noticiaron a Retana la destrucción de Sisoguichi.

Esa misma tarde, al ponerse el sol, un indio de Echoguita, avisó que los rebeldes habían caído de repente ese día en el pueblo, y que habían quemado la iglesia y todo el caserío; que habían destruido todo, y eran numerosísimos; y que los echoguitanos habían huído a la sierra.

Todavía estaba hablando el primer mensajero, cuando llegó otro a toda carrera asegurando que los alzados se dirigen hacia Sisoguichi, y que están a punto de llegar.

Oídas estas noticias, todas las mujeres con sus hijos y ganado abandonaron el pueblo, acompañados de no pocos hombres. Otros, muy pocos, acudieron al padre y le suplicaron que se alejara del peligro antes de que llegaran los rebeldes. Pero negándose el misionero a huir, y manifestándoles estar dispuesto a morir en su misión y entre los suyos; al empezar la noche llega un tercer emisario, comunicando que ya están en las inmediaciones del pueblo, que se encuentran a sólo una legua.

Entre tanto, el padre con unos pocos de sus neófitos recoge los ornamentos para salvarlos de las manos de aquellos sacrílegos; los envuelve y se los entrega a los indios para que los lleven a los cerros vecinos y los escondan en las cuevas⁷⁴. Mientras el padre presuroso hace esto, llega el gobernador del pueblo para ofrecerle un caballo, ya ensillado y preparado para el camino. Con ruegos y lágrimas le pide al padre que se aleje del peligro aprovechando la protección de la noche⁷⁵, pues la llegada de los

74. Después del combate fueron a buscar los objetos escondidos de la misión que fueron llevados al padre Neumann en presencia del padre Hostinsky y de Retana.

75. El gobernador indígena de Sisoguichi se llamaba don Cristóbal. La partida de Neumann de Sisoguichi fue durante la noche del 21 al 22 de junio de 1697 pues Sisoguichi fue atacado y quemado el día 22. Retana en dos cartas de 25 y 26 de junio que envía al general Domingo Gironza y a Andrés de Rezábal les menciona los combates que tuvo

enemigos se considera inminente. Le promete al padre que mientras tanto él pondrá los ornamentos en lugar seguro, antes de que los enemigos lleguen; todo lo hará con tal de que el padre salve su vida cuanto antes.

En efecto, si los rebeldes hubieran querido, no sólo habrían matado a este padre de Sisoguichi, sino a todos los demás misioneros, sin que se hubiera tenido tiempo de huir. Pero los sediciosos, al iniciar la conjuración, habían convenido entre sí que no matarían a ninguno de los padres; sino que se limitarían a arrojarlos de sus tierras y presionarlos para que se fueran a otras partes, pues estaban convencidos, y muchos de ellos aseguraban haberlo experimentado, que los padres que habían asesinado en la rebelión anterior, se les solían aparecer en los montes, y los perseguían y llenaban de terror⁷⁶.

Aceptaban, también, que nunca habían recibido ningún daño de parte de los padres por lo que debieran matarlos, y que sólo los presionarían para que se salieran de la sierra y de los confines de la Tarahumara⁷⁷.

Durante el recorrido, que ya bien entrada la noche emprendió el padre, viendo desde lo alto las casas de Sisoguichi, observó varias lumbradas que se movían, aquí y allá en el pueblo; eran las teas con cuya luz los indios fieles se iluminaban, mientras llevaban a esconder los objetos de la iglesia. Escuchó, también de labios del hijo del gobernador, que los sediciosos habían llegado esa noche a acampar junto a La Laguna por lo que instaba al padre a salir y apresurarse a Carichí⁷⁸ y que, a los indios

con los rebeldes y la cabalgata nocturna de Neumann.

76. Esta idea atemorizaba a los rebeldes.

77. De hecho en esta guerra no mataron a ningún misionero.

78. Neumann va a Carichí a solicitar refuerzos. El padre Piccolo escribe a Retana el 6 de junio de 1697, que cuenta con 500 arqueros, y añade: "de Carichí depende la seguridad de todas las misiones exterior-

que encontrara en el camino los enviara a Sisoguichi a ayudarles.

Llegó el padre a Carichí, y lo primero que hizo fue invitar a los de este pueblo para que fueran a defender a sus neófitos, los cuales aceptaron y bien armados se dirigieron a defender a los de Sisoguichi. Pero antes de llegar al pueblo, se percataron de que los enemigos ya habían quemado todo, y no contentos con incendiar las casas, les quemaron también las sementeras. Y respecto a los indios, ya no encontraron a ninguno.

El padre visitador informó al general Retana⁷⁹ de toda esta catástrofe luctuosa de la misión serrana. Retana, dejando en Papigochi a cuarenta soldados con su respectivo capitán, ocurrió con toda prisa llevándose el resto de su tropa a Bocoyna⁸⁰.

Sabiendo Retana que los indios de Carichí y Sisoguichi, podrían ser de gran ayuda a sus soldados, puesto que habían usado de una estratagema para detener a los rebeldes, mandó cercar a los rebeldes, mezclando en grupos a los españoles con los de Sisoguichi y los de Carichí. La estratagema consistía en que, sabiendo los neófitos de Sisoguichi que a los rebeldes les faltarían bastimentos y que no podrían seguir adelante todos juntos, propusieron a los rebeldes esperar a que recogieran de los campos todo el ganado de las misiones y así unirse a ellos. De esta manera los belicosos indios, en mayor número y con la comida suficiente, emprenderían el camino para devastar las restantes misiones con menos esfuerzo.

Agradó a todos el engaño que los indios pretendían proponer a sus congéneres, y los españoles admiraron el

res".

79. Cfr. Supra notas 69 y 71.

80. Retana no fue a Bocoyna. Informado por su vanguardia, el 24 de junio dio el "albazo" a los rebeldes con los indios de Sisoguichi.

ingenio y la eficacia que para el fraude demostraban los neoconvertidos que, con todo cuidado empezaron a cercar los montes⁸¹.

Posteriormente, los sediciosos se dieron cuenta del engaño que les hicieron los de Sisoguichi⁸²; se asustaron, y aterrorizados grandemente, se dieron a la fuga. Algunos más audaces, optaron por tomar las armas y escalar los cerros, en cuyas cumbres estaban naturalmente protegidos con enormes peñascos alrededor. Pero cercados por los españoles y los indios aliados, y no viendo ninguna posibilidad de escapar, con tanta desesperación se avalanzaron contra los nuestros, y tan ferozmente atacaban que atravesaron los escudos de los soldados que estaban hechos con piel de buey y doble cuero. No cesaron de pelear hasta que perecieron todos los que estaban en las colinas⁸³, y ninguno de ellos se dejó coger vivo, ni fue posible que se le aprehendiera.

Uno de nuestros soldados murió porque le habían atravesado la garganta; otros quince quedaron heridos con flechas envenenadas, logrando escapar de la muerte por la aplicación rápida que se hizo del antídoto, pero tuvieron una curación muy prolongada y padecieron intensos dolo-

81. Retana da la cifra de 200 rebeldes.

82. Así describe Sisoguichi, el padre Juan Ortiz Zapata en 1678: "a 13 ó 14 leguas de distancia del pueblo de Jesús Carichí, al poniente reconociendo algo al sur, metido muy dentro de la sierra, está el partido del Santísimo Nombre de María, llamado antes en lengua Tarahumara Sisoguichi.

Está este pueblo situado al fin de un apacible valle que en forma de media luna, no de mucha anchura, hace la sierra, cercado todo de montes y a orillas de un muy buen arroyo".

83. "Las armas que manejan los jinetes son éstas: **cuera** de once haces, **adarga de cuero** pasmado a dos haces, **tahál** con **espadín** y **gola** y **morrión**, **arcabuz**, y en la funda **lanza** con cabo de una vara, y **lengüeta** de una cuarta, **pechera** del caballo y algunos ternos enteros".

res⁸⁴. El veneno que los indios ponen en sus flechas es tan nocivo que, donde quiera que sea la herida, aun leve, el veneno se extiende por todo el cuerpo y produce la muerte en cuatro horas, a no ser que se le aplique la raíz de una hierba que por acá conocen muy bien⁸⁵.

Murieron también cuatro indios de los amigos durante la batalla, dos de ellos de Carichí; otros muchos resultaron heridos con las flechas, pero después lograron sanar.

Los rebeldes sufrieron sesenta y una bajas, aunque no todos murieron en el mismo lugar⁸⁶, pues algunos heridos, creyendo escapar de la muerte, se internaron en los bosques y ahí perecieron, siendo después encontrados. De entre ellos, vale la pena hacer mención de tres sacrílegos que hurtaron objetos sagrados: uno llevaba la patena, otro tenía la base del cáliz y otro tenía consigo un copón. Fueron descubiertos luego por los indios de Bocoyna que llevaron estas cosas al padre, junto con otros objetos que los enemigos abandonaron al huir, y que tenían consigo donde quedaron muertos.

Entre los cadáveres estaba el del gobernador de Cajurichi⁸⁷ y sus dos hijos, que habían sido famosos por sus

84. Según los autos de guerra hubo 3 muertos y 30 heridos.

85. Retana escribe a su primo el capitán Zubiarte el 28 de agosto de 1697 sobre los heridos que hubo en Sisoguichi y los remedios empleados contra el veneno de las flechas: "la contra del veneno era la sangría, zafar la parte de la herida y aplicar la hierba de la coronilla, que llaman de la víbora, y hecha polvo en las heridas y zafaduras. Y de esta forma ha querido Dios hayan escapado nuestros heridos y también 10 amigos..."

86. El general Retana habla de 50 rebeldes muertos en el combate y otros 15 muertos en los alrededores. El 8 de enero de 1698 envían los capitanes al gobernador del Castillo un reporte sobre los sucesos de Sisoguichi y dan la cifra de 75 muertos.

87. Se dice expresamente que el gobernador de Cajurichi llamado Manuel, fue muerto.

crímenes, y se les consideraba entre los autores de la rebelión.

Al día siguiente, 25 de junio, se les arrancó la cabeza a treinta y tres cadáveres de los rebeldes⁸⁸, las cuales fueron colocadas en lanzas, clavadas todas en el cerro cercano a las ruinas del templo de Sisoguichi, con el fin de que esto sirviera de escarmiento y miedo, dando con ello un ejemplo a los demás.

Con esta victoria obtenida se detuvo el avance de los enemigos⁸⁹, fueron recuperados los ganados y los paramentos de la iglesia de Sisoguichi y, finalmente, todos los habitantes de los pueblos tornaron de sus escondrijos en los montes a sus casitas.

Retana permaneció tres días en Sisoguichi para atender la curación de los heridos y, puesto que se tenía la seguridad de que restos de los enemigos aún permanecían escondidos en las cuevas, mandó investigar sobre el asunto, enviando soldados por todos los rumbos, mientras él regresaba a Papigochi⁹⁰.

Por estas mismas fechas, un peligro semejante al nuestro amenazaba a la provincia de Sonora⁹¹, amagada por

88. Retana escribe al general Rezabal, en el momento de los hechos: "Esta mañana despaché a que trajeran las cabezas para ponerlas en unos palos, a la vista de donde ejecutaron la quema de la iglesia. Acaban de traer 32, que se están poniendo, y andan recogiendo las demás, que como cayeron en diferentes partes, les cuesta trabajo buscarlas...". La carta es de Sisoguichi, el 25 de junio de 1697.

89. Fueron 140 vacas, algunas acémilas, los ornamentos de la iglesia y los objetos personales de Neumann. No se pudieron recuperar todas las alhajas de Echoguaita.

90. Retana volvió a partir a Papigochi el 28 de junio.

91. El general Domingo Jironza Petriz de Cruzate, del presidio de San Juan Bautista de Sonora, escribe el 31 de mayo de 1697 al general Retana sobre la inquietud que hay entre los indios de Teuricachi, Cumpas, Oposura, Baseraca, Opotu, Nácori y Guásabas, solicitando

tres naciones limítrofes: los pimas⁹², los jovas y los janos⁹³.

Estos indios, confabulados con los tarahumares rebeldes, habían invadido e incendiado los pueblos vecinos, las misiones y las minas de ambas provincias: Sonora y la Tarahumara, abandonados poco antes por los españoles de Tacupeto⁹⁴ y Ostimuri⁹⁵, ante el miedo a los indios.

También en la sierra de Guazapares⁹⁶ se temía una desgracia semejante. En esta parte ya habían sido reducidos los indios a pueblos⁹⁷ y se habían fundado once comunidades atendidas por cuatro misioneros los cuales se esforzaban constantemente por establecer nuevos poblados, tratando de concentrar a los indios que abundan dispersos aquí y allá. Sin embargo, ante el peligro de una

refuerzos. Dice que Júmari, un anciano jefe pima, está mezclado en la sedición. Retana le contesta desde Sisoguichi el 26 de junio, que debido a la situación que priva en la Tarahumara, es difícil enviarles refuerzos. Pero el general Rezabal que está mas cerca se trasladará a Tacupeto. 92. Para mayores datos sobre los pimas consúltese a Sauer, 1935.

93. Acerca de los jovas ver supra, cap. III, nota 11.

94. El capitán Zubiarte y el general Rezabal, escriben a Retana el 7 y el 16 de junio refiriéndole la situación de Tacupeto; las minas han sido abandonadas, y los habitantes se refugiaron en un rancho. Los indios jovas de Natora, Teópari y Taraíchi, y los pimas de Tutuaca y Yépachi se han rebelado. Júmari con los indios de Moris y Maicoba están en su busca.

95. San Ildefonso de Ostimuri fue un real de minas, y se le dio el mismo nombre a la provincia comprendida entre los ríos Mayo y Yaqui de Sonora. En este lugar estaba como teniente de Rezabal Nicolás de la Higuera.

96. Sobre el miedo de que llegaran los rebeldes a la sierra de Guazapares el padre rector Antonio Gomar escribe el 18 de julio de 1697 al general Retana.

97. Según el mapa del padre Kino de 1695-1696, los 11 pueblos de esta región montañosa se distribuían así: (San Francisco Javier) **Cerocahui**, **Santa María Magdalena** (de Témoris), (Santos Mártires del Japón) de **Cuiteco**, **Santa Inés** (de Chínipas o Guayropa, o Huailopos); **Santa Teresa** (Guazapares, o Guazayepo); (San Ignacio) **Usalomes**, o **Guza-**

nueva incursión, dedicaron los padres todos sus cuidados a atender las misiones ya establecidas y a reconstruir las que recientemente habían sido destruidas⁹⁸.

Toda esta región montañosa de Guazapares es llamada provincia de Sinaloa, nombre que toma del lugar en donde nuestros padres tienen un colegio y los españoles un presidio militar⁹⁹.

Solicitados con su capitán, los soldados fácilmente acudían en auxilio de los pueblos indios más cercanos, o de los reales de minas que los españoles tenían cerca de Urique. Pero el miedo seguía latente en los lugares más lejanos, pues en esas partes permanecían ocultos algunos de los rebeldes los cuales, por medio de mensajeros, trataban de atraer a las turbas hacia los montes.

Pero estos ocultos perturbadores de la paz común fueron descubiertos por los indios que habían probado bien su fe; y ocho fueron hechos prisioneros, escapándose sólo uno. Todos fueron pasados por las armas¹⁰⁰, por orden del capitán español.

Para vengarse de la muerte de sus compañeros los rebeldes en buen número se acercan a Guazapares; pero los indios fieles de ahí, advertidos por sus espías, salen al

romes o Tusalómoa; (Nuestra Señora del Valle Umbroso) **Tepuchis** o **Tepocas**; **Guadalupe** (o **Guallopa**), **Santa Ana**, **Loreto** (o **Symoyca**, o **Sematuyepo** o **Taraichi**); y **Batopilas**. Kino da los nombres que aparecen subrayados.

98. Cinco misioneros atendían a estos 11 pueblos: 1. El rector Antonio Gomar, Guazapares y Témoris. 2. Nicola de Prato Chínipas, Guadalupe, Santa Ana y San Ignacio. 3. Manuel Ordaz a Cerocahui y Cuiteco. 4. Villem Illing Loreto. 5. Martín De Benavides a Batopilas y Moris.

99. La descripción de la provincia de Sinaloa a fines del siglo XVI es la que hace el padre Francisco Javier Alegre en su *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*. El primer presidio de Sinaloa se estableció en 1598.

100. El capitán Pedro de Cosío notifica a Retana el 25 de septiembre

encuentro de los enemigos ellos solos, sin esperar a que llegara el auxilio de las armas españolas; entablan una encarnizada batalla con los rebeldes y, con pocas pérdidas de los de Guazapares, obtienen una doble victoria¹⁰¹.

Habiendo desaparecido entre los guazapares el miedo a las turbas insurrectas y transcurrido el estío en la sierra de Sisoguichi, todos las misiones de la Tarahumara no gozaban aún de una completa paz; principalmente las más meridionales de Norogáchi, donde estaba el padre Villem Illing, bohemio, y Nonoaba donde estaba misionando cierto padre español¹⁰². Dista este último lugar como cuatro días de Parral, y de Santa Rosa [de Cusiuhiríachi] día y medio de camino.

En todas estas sierras cercanas a las misiones se escondían varios de los rebeldes, los que sólo estaban a la expectativa de que sus cómplices conjurados se reunieran para agregárseles. Por miedo de ellos el padre Illing huyó con todas las cosas del templo. Pero el de Nonoaba a quien le habían enviado desde Parral veinte soldados armados, y acompañado de indios fieles, dispuestos a luchar firmemente contra los rebeldes, permaneció en su lugar, pues no parecía haber motivo para temer nada.

Retana mandó también a treinta soldados con su capi-

de 1697 desde Guadalupe, la victoria de los indios fieles de Loreto, Guadalupe, Santa Inés y Santa Ana sobre los rebeldes de Batopilas. La batalla fue a 6 leguas de Santa Ana, y Cosío anexa la declaración de 8 prisioneros que fueron ejecutados en octubre.

101. La victoria es la señalada en la nota precedente. Dos meses antes, el 9 de julio, los mismos indios fieles ya habían obtenido otra victoria sobre los rebeldes, como lo escribe el padre rector Antonio Gomar al general Retana.

102. Pedro de Noriega Oviedo Ordoñez de Mier, nació en Carreño, provincia de Oviedo, reino de Asturias en 1654; ingresó con los jesuitas en 1678. Pasó a servir en la Tarahumara en el año de 1687 para atender los pueblos de Nuestra Señora de Monserrat en Nonoaba, y de Nuestra

tán a Carichí¹⁰³, donde el padre visitador estaba junto con otros dos misioneros. Retana retornó a Papigochi después de dejar la provincia de la Alta Tarahumara y sus misiones sanas y listas para ser auxiliadas con escoltas. Al regresar a Papigochi, la única noticia que recibió fue de que los rebeldes aún permanecían en su fortaleza de Sopechí¹⁰⁴ a donde con seguridad se habrían concentrado todos los que habían huído del combate de Sisoguichi, cuando escaparon para salvar la vida.

Había transcurrido el mes de julio¹⁰⁵ y corría el de agosto, temporada de diarias y copiosas lluvias. Por esta razón los españoles no podían fácilmente ir a otra parte, ni tampoco continuar la persecución de los enemigos hasta que, llegando septiembre, comenzaron a disminuir los aguaceros tanto en frecuencia como en cantidad y para entonces se presentaba el tiempo más oportuno para asaltar el picacho en que se habían refugiado los conjurados; y atacando este peñol de Sopechí darles la batalla final.

Era el caso que el río, por un lado impedía el acceso a la roca y por otro lo imposibilitaba lo abrupto del terreno¹⁰⁶. Tampoco se podía cercarlos por todos lados, pues

Señora de Copacabana de Humariza. En 1699 es rector de San Joaquín y Santa Ana. Falleció en su misión de Nonoaba el 20 de enero de 1709.

103. El 2 de julio Retana envió al capitán Francisco Ruiz con 30 arcabuceros para defender Carichí.

104. Además de los reunidos en Sopechí, había otras tres concentraciones rebeldes en Tosánachi, Temeichi y Cajurichi.

105. Del 24 de julio al 20 de agosto de 1697, a pesar de las lluvias, Retana organizó una gran expedición en la que fue el padre Alderete. El recorrido fue Papigochi a Matachi, Temósachi, Yepómera, Nahüerachi y Cocomórachi.

106. El 30 de agosto Retana salió nuevamente de Papigochi rumbo a Ariséachi y Sopechí, acompañado de los capitanes Ugalde, Francisco Ruiz, Martín Alday, 100 arcabuceros y 350 indios aliados. El general de la Fuente quedó con una guarnición en Papigochi. El 1o. de

por detrás estaban los cerros por los que los rebeldes tenían fácil entrada y salida. También resultaba difícil vencerlos por hambre, ya que podían aprovisionarse de los montes cercanos. Otro inconveniente tenían los españoles: el no poder acercarse al río para abastecerse de agua, pues quedaban expuestos a ser atravesados por las flechas que podrían dispararles desde lo alto de las rocas; y tampoco les era posible distraer la atención de los enemigos, sino a riesgo de perder hombres.

Por lo anterior, después de diez días gastados inútilmente, pensaron en buscar otra solución: internándose en la sierra devastaron todas las sementeras de los insurrectos de Ariséachi, Tomochi y de todos aquellos lugares en que la siembra blanqueaba un mes antes de la cosecha. Así destruyeron todo completamente¹⁰⁷.

Mientras tanto, a la vez que los españoles hacían lo dicho, los rebeldes se lanzaron sobre los campos de Bachíniba¹⁰⁸, que dista diez leguas de Papigochi. Estaba al

septiembre llegaron a Sopechí. Hubo 4 ataques contra los rebeldes los días 2, 5, 6 y 7 de septiembre sin éxito en parte por 4 días de lluvias torrenciales y sobretodo por lo inexpugnable del peñón para los españoles y sus aliados. El 9 de septiembre retornaron a Ariséachi. Los españoles sufrieron la pérdida de 11 indios, y 13 heridos. Después se supo que el enemigo había sufrido muchas bajas.

107. En efecto, se destruyeron las cosechas cerca del río Tomochi, de Ariséachi, Tesórachi, Pacasóachi, Nahüérachi, Temósachi y Cocomó-rachi.

108. Retana regresó de Sopechí a Ariséachi. El 13 de septiembre recibió una carta del general Fernández de la Fuente desde Papigochi en la que le informaba de los ataques rebeldes a Bachíniba. De inmediato Retana sale y el 15 de septiembre llega a Bachíniba al medio día. Encuentra el convento y la iglesia franciscana aún en llamas, un español decapitado, y a don Lázaro, el gobernador del pueblo a quien habían decapitado y mutilado sus partes sexuales. El autor de estos crímenes había sido don Jerónimo, teniente del gobernador indígena de Bachíniba, que se había escapado de la prisión de Cusihiuríachi, y

frente de esta misión, un padre de la orden de San Francisco, el que se había ausentado el día anterior, para viajar hacia Cusihiuríachi y acompañar al reverendísimo obispo de Durango¹⁰⁹.

Los sublevados encontraron en la casa del padre al ecónomo y al gobernador de los indios¹¹⁰; los que en aras de su fe y en cumplimiento de sus oficios, trataron de defender la casa, por lo que fueron violentamente asesinados. Después, en alianza con el resto de los pobladores, los alzados roban todo lo que encuentran e incendian furiosos la iglesia y la casa del misionero que habían sido muy bien construidas recientemente.

Enterado Retana de los sucesos, sale rápidamente, localiza a los enemigos destruyendo o recogiendo el botín. Les dio alcance y con arrojo se lanzó sobre ellos, tomando prisionero al caudillo de los enemigos y a otros quince¹¹¹; el resto se escapó en desbandada. Finalmente regresaron al pueblo las mujeres y los ganados de los habitantes, que ya los alzados llevaban consigo, quedando así la gente de Bachíniba en paz y tranquilidad.

refugiado con los rebeldes en la Sierra del Oso a 4 leguas de Bachíniba. El 16 de septiembre Retana sale a perseguirlos y en el combate 14 rebeldes mueren, entre ellos don Jerónimo. Recuperan 700 cabras, 30 ovejas, 4 vacas y los objetos de culto. Por información posterior se supo que murieron 15 rebeldes. El padre Alderete se dedica a sepultar las víctimas. El 20 de septiembre Alday con 30 arcabuceros se dirige a Sainápuchi, refugio de los conchos alzados de Bachíniba. Retana regresa a Papigochi.

109. Don García de Legazpi Velasco, obispo de Durango desde el 12 de diciembre de 1689. Fray Agustín de la Colima, franciscano estaba a cargo de la misión de Bachíniba. Los dos pasaron a Cusihiuríachi, escapando así a la muerte.

110. Para la descripción de la muerte de don Lázaro y de sus funerales véase (A.G.I. Guad. 156).

111. El caudillo era don Jerónimo.

Pero viendo los españoles que no les era posible estar en todas partes, ni era bueno tener abandonadas muchas misiones, mientras los indios continuaban devastando los pueblos que son muy grandes y feraces; pensaron valerse de uno de los misioneros y de los emisarios¹¹² de los rebeldes para ofrecerles la paz prometiéndoles perdonarles sus sacrilegios y la violación que habían hecho a sus

112. El veterano padre Tomás de Guadalajara, rector de las misiones de la antigua Tarahumara, de la Natividad, residía en Huejotitán. José de Ursúa, oficial real, fue enviado por el virrey conde de Moctezuma en visita secreta a la zona del conflicto. Pero Ursúa sólo visitó los pueblos periféricos de la Tarahumara que estaba en paz y envió un informe desfavorable para el gobernador que, enfermo, ignoraba la situación real. El virrey convocó a una reunión en México el 11 de julio de 1697, de la que surgieron dos resoluciones: el reclutamiento de 40 arcabuceros en el real de Sombrerete, y el envío de 2 misiones de pacificación y de perdón. El padre Guadalajara fue designado para este encargo en la Tarahumara, y el padre Natale Lombardo para Sonora. El 11 de julio el virrey don José Sarmiento de Valladares, conde de Moctezuma, escribió a ambos misioneros encargándoles esta comisión, y enviando al mismo tiempo una carta al padre provincial Juan de Palacios para enterarlo de lo que había dispuesto. Escribió también al gobernador del Castillo para su conocimiento, y éste al general Retana. El gobernador se alegraba de la elección del padre Guadalajara, cuyo elogio hace. Guadalajara llegó a Papigochi a fines de septiembre. Retana y los otros capitanes: Fernández de la Fuente, Ugalde, Alday, Francisco Ruiz y Francisco Medrano, entre el 5 y el 10 de octubre, se declararon dispuestos a secundar la comisión encargada al padre Guadalajara. Sin embargo, ellos añadieron 4 puntos: 1.- Expulsar a los rebeldes de la Tarahumara. 2.- Castigar a los más culpables. 3.- Reagrupar a los indios en pueblos. 4.- Establecer una guarnición militar permanente en la Tarahumara. El 30 de septiembre los primeros indios fueron perdonados. El 11 de octubre el padre Guadalajara en Papigochi informó a los tarahumares en su propia lengua del fin de su venida. Al cabo de un mes 150 indios rebeldes vinieron a pedir perdón y se les otorgó. Pero los más actuaron con hipocrecía y los españoles se convencieron de que con bondad y regalos no conseguirían la paz. Y lo mismo pensó el virrey.

promesas de paz; todo con tal de que regresaran a su vida normal y se olvidaran de sus malos propósitos.

Todo resultó inútil. Los indios responden negativamente y con ánimo diabólico, asegurando que lo aniquilarían todo y que no cejarían en la lucha hasta conseguir su propósito. Parecía, en verdad, como si el mismo infierno se hubiera levantado contra esta Iglesia de la América del Norte, recientemente edificada con el trabajo y el sudor de nuestros padres y que había sido regada con la sangre de los apóstoles. Que si no fuera por la confianza que nos inspira la palabra del Salvador que nos dice que la Iglesia nunca será destruída, de lo que estamos seguros, nos parecería un hecho su inminente ruina¹¹³. Pero, continuó con la historia.

Por este tiempo, en dos pueblos de la sierra de Guazapares¹¹⁴, muy cercanos a la Tarahumara, surgían nuevos brotes de sedición: uno propiciado por los pimas, cuya lengua es muy diferente de la de los tarahumares, el otro foco era en Batopilas, donde sí son tarahumares.

Para aplacarlos, el capitán del presidio de Sinaloa¹¹⁵ se había presentado con sesenta soldados, y docientos indios buenos y fieles. Pero los alzados, se encaramaron a una escarpada montaña; se fortificaron ahí y, aunque estrechamente cercados lanzaron contra sus perseguidores una lluvia tan densa de flechas, que fue necesario suspender

113. "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" (Mateo XVI, 18).

114. Los pueblos de Moris y Maicoba estaban habitados por pimas y el de Batopilas por tarahumares. Neumann habla del combate de Moris (Mórachi) que tuvo lugar el 11 de agosto y fue todo un fracaso para los españoles, el teniente Nicolás de la Higuera salió herido y 4 soldados y 17 indios amigos murieron.

115. El general Andrés de Rezabal.

el asedio, habiendo caído heridos muchos, nueve de ellos soldados y los demás indios. Por lo anterior, los españoles prefirieron marcharse a prestar auxilio a las demás misiones que bastante lo necesitaban.

Era ya el mes de octubre en que los indios acostumbran levantar las cosechas; pero dado que sementeras de los rebeldes¹¹⁶ habían sido arrasadas desde el mes anterior, y como los indios de Guazapares habían recogido una excelente cosecha, los enemigos empezaron a merodear por estos pueblos y proveerse, robando, lo que necesitaban para alimentarse.

Conociendo estas malas intenciones y otras lamentables depredaciones del enemigo los indios de Guazapares se animaron, con el apoyo que tuvieron de los indios circunvecinos y de los españoles¹¹⁷, y atacaron con tal empuje a los sediciosos, que los obligaron a detenerse y abandonar en la huida todo lo que les habían robado.

Sin embargo hubo un nuevo ataque con otra consecuente victoria. El lugar de la batalla era tan escabroso¹¹⁸, que los nuestros no pudieron perseguir a los enemigos a caballo. Por lo que dejando las cabalgaduras, primeramente les disparan con sus arcabuces; después tomando las lanzas y las espadas, persiguen con furor a todos los que huyen; los repelen y, nuevamente, los hacen huir, habiendo muerto muchos y herido a muchos más. De los nuestros fueron heridos 9 soldados y 40 indios y solo 2 muertos.

Poco después volvió el enemigo a combatir buscando víveres. Entonces el capitán Alday, cántabro, rechazó a los

116. Sobre la destrucción de las mieses por los españoles, ver nota 107.

117. Neumann menciona esta victoria sobre los rebeldes de parte de los indios fieles de Loreto, Guadalupe, Santa Inés de Chínipas y Santa Ana auxiliados por tropas del capitán Cosío.

118. El combate fue el 8 de noviembre de 1697. El ataque lo realizó Alday río abajo de Batopilas.

guerreros, les tomó su bagaje y les quitó las mulas y caballos, habiendo durado varias horas la batalla hasta las cuatro de la tarde.

Y cuando mas bravura mostraban Alday sus soldados, y con los felices avances crecía su industria, tanto más se debilitaba la fuerza de los indios. Algunos viendo las heridas de tantos hermanos, poco a poco empezaron a escabullirse y a abandonar a los españoles; otros acudieron al padre misionero que ejercía virtuosa y celosamente su ministerio en Cerocahui, suplicándole que, mediante mensajeros, tratara de la paz ante el enemigo. Era el padre Manuel Ordaz¹¹⁹, español del reino de Castilla, quien había acompañado a sus neófitos para animarlos en la batalla¹²⁰. Conmovido en parte por las súplicas de sus indios, y en parte compadecido de la suerte de los sediciosos, sin informarle al capitán de los españoles, se dirigió al campo de los enemigos. Los rebeldes de inmediato depusieron las armas y simularon pasar toda la noche con el padre, tratando de establecer las condiciones de la paz; pero luego, conscientes de sus crímenes y desconfiando del perdón que les ofrecían los españoles y el padre Manuel cambian en dolo su arrepentimiento inicial.

Sus verdaderas intenciones eran detener esa misma noche a los españoles, que habían sido dejados solos por los indios aliados; atacarlos repentinamente, entretenidos

119. El padre Ordaz, con el propósito de obtener la paz fue a hablar con los alzados. Manuel Ordaz nació en España en 1660, se hizo jesuita en 1684, y se embarcó para México en 1692. Misionero de Chínipas de 1695 a 1720, y de Sinaloa de 1720 a 1723. Rector del Colegio de Morelia de 1723 a 1726 y de esta fecha hasta su muerte, el 22 de junio de 1738, estuvo en la casa profesa de México.

120. En realidad Alday estaba al tanto de la intervención que iba a hacer el padre Ordaz, y se la había prohibido, temiendo una trampa del enemigo.

en su preocupación por la paz, y de este modo recuperar el botín del que habían sido despojados.

Informado oportunamente de este plan por un indio desertor de los enemigos Alday logra escapar con sus soldados, amparados por las tinieblas de la noche¹²¹; dejando en manos de los alzados al padre misionero, pues sin haber tomado el parecer a los españoles, él mismo se había metido en aquel peligro.

Los enemigos percatándose de la huida de los españoles se lanzaron furiosamente en contra del padre y lo amenazaron de muerte. Uno de los tres criados de Cero-cahui que acompañaban al padre, ante el riesgo de que lo mataran, se puso precipitadamente a salvo; los otros dos fueron heridos en la cabeza con el pedernal de una macana como las que ellos usan¹²² y cayeron muertos a los pies del padre. En seguida el mismo padre Manuel se pone de rodillas, se quita del cuello el crucifijo y pide correr la misma suerte de sus acompañantes¹²³.

Sin embargo, persuadidos por las razones que les hizo un anciano¹²⁴, se detuvieron en su intento; tal vez espantados por la magnitud del crimen, o acordándose de aquellos otros dos padres que habían matado en la primera rebelión, y que muchas veces se les habían aparecido. El viejo, mientras dormían profundamente sus compañeros libró

121. Alday había prevenido al padre Ordaz de su decisión de retirarse como única posibilidad de evitar la muerte de todos; la llegada a Loreto de los soldados fue el 9 de noviembre.

122. Los dos sirvientes del padre Ordaz se llamaban Mateo y Lucas; a ambos los asistió el padre Ordaz confesándolos a la hora de su muerte; según declaraciones hechas por Retana, Eymer, Celada y el soldado Gaspar López, estos indios fueron muertos "a macanazos".

123. Cfr. supra, nota 76.

124. El viejo en realidad tenía 35 años, se llamaba Nicolás y vivía en Ariséachi.

al padre del peligro y lo llevó hasta el pueblo vecino. Este anciano, al regresar a los suyos recibió en recompensa de parte de los españoles el mismo favor para él y toda su familia a los que se les perdonó la vida.

Y, mientras los españoles creían que el padre Ordaz había muerto a manos de los enemigos, de repente apareció entre ellos, anunciándoles que era inútil esperar que aceptaran la paz los rebeldes¹²⁵.

Algunos de estos alzados fueron conducidos por su jefe a las sierras de Güébachi donde hacía poco había estado Retana. Ahí fueron capturados y muertos por los españoles, otros llevados a Papigochi¹²⁶ fueron ajusticiados y después públicamente expuestos.

Mientras nosotros y nuestros indios cristianos seguíamos luchando por conseguir la paz en medio de tanta zozobra, he aquí que llegó el reverendísimo obispo de Durango¹²⁷, muy amigo de nuestra Compañía; era conde de Velasco y caballero de Santiago, oriundo de la más rancia y noble estirpe de este reino mexicano.

125. El padre Ordaz llegó a Loreto el 10 de noviembre. La noche del combate fue entre el 8 y el 9 de noviembre.

126. Retana y sus tropas salieron de Papigochi el 13 de noviembre. Se dirigieron sucesivamente a Ariséachi, Tomóchi, Güébachi, Cajuríchi, Pagüéachi, Basaseáchi y Mogoréachi, para regresar a Papigochi el 5 de diciembre. Los padres Gomar y Ordaz solicitaron al capitán Alday el perdón, para Nicolás la restitución de su mujer, de su familia y de sus 150 ovejas.

127. Don García de Legazpi Velasco. El 30 de Agosto de 1697 Retana envió de Papigochi al alférez Isidro Ruiz de Abechuco con 14 arcabuceros al pueblo de San Buenaventura para acompañar a monseñor a Cusihiuríachi. Su excelencia venía de Janos, presidio comandado por el general Fernández de la Fuente; visitó Bachíniba el 11 de septiembre, dos días antes del ataque de los rebeldes que tuvo lugar el 13 de septiembre. Después se dirigió de Cusihiuríachi a Carichí en donde lo recibieron los jesuitas.

El obispo, después de que hubo visitado las provincias de Tepic, Culiacán, Sinaloa y Sonora; caminando por los valles limítrofes de la Tarahumara, y evitando los asperísimos montes de esta provincia, por fin llegó hasta nosotros. Se dirigió en primer lugar al real de Santa Rosa, habitado por españoles, y posteriormente, acompañado del padre visitador y de otros dos padres, para festejarlo y recibirlo con todos los honores, lo llevaron a la misión de Carichí, todavía no tocada por los rebeldes. Con mucho gusto llegó hasta allí, donde lo recibió el padre visitador y otros siete compañeros, entre grandes manifestaciones de alegría de los habitantes.

Cuatro días permaneció el obispo en este lugar, y confirmó a más de dos mil tarahumares. Varón insigne, de un gran celo apostólico y, por lo mismo, digno de ser recordado por la posteridad¹²⁸ fue el primero que confirió el sacramento de la confirmación a la nación tarahumara y gran parte de ella hubiera recibido esos mismo beneficios, si no lo hubieran impedido tantos y tan terribles embates, como los que había.

La mayor parte de los rebeldes, aún se obstinaban en rechazar la paz, tantas veces ofrecida¹²⁹. Los españoles al

128. Doy aquí un resumen de las visitas episcopales a la Tarahumara después de la creación de la diócesis de Durango en 1620. Su primer obispo, Gonzalo de Hermosillo, visitó en 1622 las misiones de Parras y río de las Nazas; en 1624 las de Topia, Tepehuana y las de los tarahumares de San Pablo; y en 1630 el territorio de Sinaloa. El obispo Bartolomé García de Escañuela visitó en febrero de 1679 la región de Sonora, y es muy probable que haya ido también a la Tarahumara. Neumann trata la visita de García Legazpi Velasco que fue obispo hasta 1700. Monseñor Pedro Tapiz visitó la Tarahumara en 1715-1716. Monseñor Benito Crespo visitó su diócesis en 1726, 1727 y 1729. Martín de Elizacoechea en 1740 y 1742; el señor Pedro Anselmo Sánchez de Tagle en 1751, y el obispo Pedro Tamarón y Romeral en los años 1760. 129. Sobre los esfuerzos del padre Guadalajara para obtener la paz,

sentirlos tan seguros en sus escondrijos, decidieron finalmente perseguirlos y expulsarlos de sus refugios, hasta obligarlos a aceptar la paz o matarlos.

Con este propósito Retana se dirigió con sus soldados desde Papigochi, por un sinuosísimo camino de tres días, hasta llegar a Cahuisorichi, donde una profundísima barranca los separaba de los rebeldes. El paso era tan difícil que no era posible descender con los caballos. Detenida la tropa de Retana por este impedimento, los enemigos los provocaban con impetu, según se reconocía por los gritos que alternativamente repetían tres veces.

Pero apenas iniciada la batalla, los agresores vuelven la espalda y se retiran a la otra orilla del valle, a donde los españoles no podían darles alcance.

Apenas descansados un poco nuestros soldados, por segunda y tercera vez, como lo estilaban, los indios vuelven a gritar y suben a atacar a los españoles; más éstos rechazan la agresión con mayor vigor y constancia. Ninguno de los nuestros resultó muerto, en cambio de ellos perecieron veinticinco, y muchos más fueron heridos de gravedad. Los demás huyeron por las escarpadas laderas. Entre los muertos quedó el gobernador de Tomochi y otros cabecillas de la rebelión.

Los soldados, felices por tal victoria, son llamados a Papigochi¹³⁰ en el mes de noviembre, sabiendo que muchos de los rebeldes habían ido a refugiarse a otros lugares, urgidos por el hambre. Así se pospuso hasta comienzos del siguiente año el ofrecimiento de la paz que no habían querido admitir antes.

El 26 de enero de 1698¹³¹ los españoles levantaron su campamento de Papigochi para dirigirse a Yepómera y a

ver supra, nota 112.

130. Ver nota 126.

131. Ese día salieron a campaña. Dos días antes los capitanes habían

Cocomórachi, acompañados por muchos indios fieles, y pasando por los pueblos mencionados penetraron después a las sierras de Tosánachi. Desde ahí enviaron algunas bandas de indios exploradores, que trajeron cautivos al gobernador de Cocomórachi¹³² y al abanderado de Tosánachi; pero a ambos y a sus familias después se les dejó en libertad y se les perdonaron todos los errores que habían cometido, con tal de que ellos volvieran a sus pueblos y redujeran a todos los conjurados que encontraran. Ellos, por su parte, dieron su palabra y prometieron cumplir lo pactado.

Otro destacamento de soldados había aprehendido al gobernador de Tutuaca¹³³, el que antes se había comprometido a aconsejar la paz a los pimas perturbadores, cuya lengua hablaba muy bien, y por ésto fue dejado nuevamente en libertad.

Algunos indios se aliaban a los españoles y espontáneamente manifestaban su deseo de acogerse a nuestra amistad y a nuestra paternal tutela, y nos garantizaban que el resto de los suyos bajarían de la sierra. Lo único que los detenía eran las falsas promesas que aún les hacían dos hermanos de Yepómera, que fueron cabezas de la rebelión, ambos desertores de la fe y sacrílegos y que se empeñaban en inventar calumnias contra los españoles.

Por esta razón Retana, en su afán de restituir la paz cuanto antes, ofreció en recompensa la cantidad de cin-

enviado un informe al gobernador haciendo un balance de las operaciones militares. El itinerario que siguieron fue: Santo Tomás, Pichachi, Ocórrere, río de Aros, Yépachi, Tutuaca, Tosánachi y Piedras Verdes.

132. Don Simón, gobernador de Cocomórachi e Ignacio de Tosánachi fueron capturados en los alrededores de Techarichi y Ocórrere el 27 de enero, pero fueron puestos en libertad y enviados a Cocomórachi para que convencieran a los rebeldes a vivir en paz.

133. Manuel de Tutuaca, había enviado 4 indios a Retana, que estaba

cuenta escudos a quien los entregara vivos o muertos. Para este encargo se ofreció cierto indio pima originario de Matachi, que fue enviado en busca de los cabecillas, acompañado de un grupo de indios dignos de confianza. Tomaron de sorpresa a los jefes rebeldes y a sus acompañantes, y después de una furiosa escaramuza entre ambos bandos, y viendo lo difícil que sería capturarlos vivos, los mataron junto con otros seis de los combatientes. El vencedor les cortó la cabeza a ambos y se las llevó como pruebas del triunfo a Retana, el que de inmediato le dio al pima la recompensa prometida¹³⁴.

Mientras en la parte boreal de la Tarahumara sucedían estos gratos sucesos; al mismo tiempo en las tierras de los serranos guazapares se había peleado del mismo modo.

Para proteger la misión de Chínipas y las otras cercanas, había acudido el general Andrés de Rezabal, también de la Vizcaya; vino desde su presidio de Sinaloa con treinta soldados y gran número de indios auxiliares, y había establecido su cuartel en el pueblo de Guadalupe¹³⁵, perteneciente a la misión de Chínipas.

Había destinado ya casi la mitad de sus tropas a la vecina misión, y los había acampado en el pueblo de Loreto, donde parecía ser el peligro más cercano, por la proximidad con los enemigos. Comenzaba el mes de enero y, de repente los rebeldes, apoyados por los mismos pobladores del lugar, atacaron Guadalupe. Los traidores, que estaban confabulados con los alzados, antes de que se hiciera el ataque, tuvieron la audacia de sentarse a cenar

en Yépachi, para testimoniar su fidelidad. Pero el mismo Manuel se retiró a Coyorichi. Retana lo aguardó en vano.

134. Los dos hermanos eran: Nicolás y Esteban, de Yepómera.

135. Neumann sitúa el ataque de Guadalupe en enero de 1698, recién llegado el padre Illing. El dato no se confirma en las actas de guerra. Neumann podía errar la fecha, lo que es explicable puesto que escribió

con el misionero con el propósito de investigar y saber cuáles eran las reservas de armas que tenían los españoles. Los soldados eran pocos, pero bien pertrechados, como para poder repeler con vigor el asalto de los rebeldes.

Bien sabían todo lo anterior los astutos espías y, por supuesto, se lo habían comunicado a los rebeldes; sin embargo, fue tanta su audacia que, esta vez, contra su costumbre de atacar al amanecer en esta ocasión lo hicieron a pleno día, cayendo sobre el pueblo capitaneados por un tal Bubulco que era el que tenía bajo su cuidado el ganado de los padres y, tres días antes, él mismo había llevado algunos bueyes para dar de comer a los soldados españoles. Este, mejor ladrón que pastor, iba al frente de los rebeldes, los cuales después de cruzar el río que pasa por el pueblo, en una planicie no muy grande por la que se sube al cerro, donde había sido levantada la iglesia y la casa del misionero, se lanzaron contra estos objetivos. Dándose cuenta los españoles del ataque, tomaron rápidamente las armas y se enfrentaron desde el cerro contra los enemigos que trataban de subir; y a pesar del número inferior de los nuestros, el rechazo se hizo con tal destreza, y sus armas atinaron tan bien contra los enemigos; que a la primera descarga de los arcabuces, lograron atravesar la pierna de Bubulco que ahí cayó herido, quien después, no obstante, logró incorporarse y retroceder hasta el río. Cuando vieron caer a su jefe, los demás volvieron la espalda, quedando sólo un guerrero, que se atrevió a continuar la batalla contra los demás. Era este indio un gentil, que fue capturado y después bautizado con el nombre de Santiago. Hoy, felizmente, vive entre los suyos, dando testimonio de una gran fe y de una vida honesta; por lo que mereció se le nombrará gobernador de Chínipas.

25 años después de los acontecimientos.

El padre Villem Illing, se había hecho cargo hacía poco tiempo de la misión y había venido de la Tarahumara, dispuesto como buen pastor a entregar su vida por sus ovejas. Entrando a la iglesia con sobrepelliz y estola, y abrazando la imagen del crucificado, se excitaba él mismo a la muerte; a los españoles los incitaba a la pelea, y a los rebeldes los arengaba con amabilidad a desistir de su guerra. Como buen soldado de Cristo fue de gran ayuda para los que peleaban por su religión y su auxilio fue muy eficaz. Este misionero estuvo en peligro de perder la vida, a no ser porque los españoles con toda oportunidad y bravura resistieron el ataque de los indios; y de haber triunfado los alzados, el desastre no se habría limitado a esta misión, sino que el enemigo se habría desparramado por otras misiones, llevando su furor a toda la sierra, semejante al fuego que, entre más combustible recibe, más velozmente consume.

Por las razones anteriores, una pequeña parte de la victoria se atribuyó al padre Illing, ya que su entusiasmo y generosidad logró elevar los ánimos de los soldados; pues a pesar de la superioridad del enemigo, lo hicieron huir y vencieron con buen éxito a sus cabecillas.

Los españoles posteriormente persiguieron a los fugitivos por un largo camino, en cuya tarea les fueron muy útiles los indios auxiliares y, hubieran acabado con el enemigo de no ser porque el general Rezabal tres veces les ordenó su regreso a Guadalupe. Rezabal temía que a pesar de que muchos, heridos por las armas de los nuestros, hubieran perecido en la espesura de la sierra; otros tantos de los fugitivos se habrían reorganizado en el monte, y siendo más numerosos volvieran a atacar.

Mientras que, durante el invierno, las cosas marchaban bien en Chínipas, los asuntos iban mal entre los pimas. En

efecto, muy cerca del río Aros¹³⁶ una turba formada por hombres, mujeres y niños, estaban cuidando los víveres y pertrechos, mientras que otro grupo más numeroso se encaminaba con gran furia rumbo a Maycoba¹³⁷, misión vecina de la Tarahumara, pero que correspondía a la provincia de Sonora. La misión aunque pima, fue totalmente quemada, y sus pobladores tuvieron que huir por todas partes. Después, cayendo sobre la misión de Onapa¹³⁸, destruyeron todo; luego se volvieron por el mismo camino a Yécora donde trataron de atacar con gran ímpetu; pero fueron rechazados por los indios fieles, y por treinta soldados, que defendieron valerosamente el pueblo. Repelieron el ataque consecutivamente por dos ocasiones; después de lo cual, habiendo tenido algunas pérdidas, los enemigos se marcharon hacia otra parte. Existen todavía hoy la iglesia y la casa del padre bien protegidos; de modo que fácilmente pueden defenderse contra las incursiones de los enemigos.

136. Es el río Aros, en su tránsito por el país pima; entre los tarahumares lo llaman Papigochi y recibe el nombre de Yaqui en Sonora.

137. Maicoba, pueblo pima fue atacado en febrero de 1698, así como los otros dos pueblos de Yécora y Onapa. Los rebeldes venían de los pueblos pimas de Tutuaca, Yépachi, Aros, Ataráichi, Yécora y Tapiapa, y de los pueblos jovas de Aros y Natora, así como de las comunidades tarahumaras de Basaséachi, Yepómera, Coahuisórichi, Pagueáchi, Cajuríchi y Cocomórachi. Los más conocidos jefes rebeldes fueron: Nicolás y Esteban de Yepómera; José, gobernador de Tutuaca y su capitán Manuel; Domingo, ex-gobernador de Yépachi; el mulato de Coaguisorichi, Sojagüe; Isógui, capitán de Pagueáchi; y Pusilego. Todos estos rebeldes atacaron los pueblos de Tapiapa, Yécora y Onapa. Retana y los capitanes Fernández de la Fuente y Martín de Ugalde llegaron a Maicoba el 5 de marzo y constataron que habían quemado la iglesia y algunas casas.

138. El ataque de Onapa fue en febrero. Murieron 2 tarahumares, 1 pima y 17 jovas.

A marchas forzadas Retana¹³⁹ llegó a Yécora y, juntando sus fuerzas con los treinta soldados que ahí estaban se introdujo en la parte más escabrosa de la sierra¹⁴⁰, realmente la más áspera, llamada Moris por los pimas que ahí viven¹⁴¹, y Mórachi por los tarahumares.

Como sólo encontró a unos cuantos pimas optó por dejarlos en libertad con la condición de que a todos los que localizaran de su gente les ofrecieran de parte de los españoles el perdón y los invitaran a retornar a sus pueblos.

En estos diez días que Retana gastó esperando a los rebeldes, recibió una carta del padre Daniel Janusky¹⁴², que entonces tenía bajo su cuidado a los indios de Teópari, diciéndole que los pobladores de aquel lugar estaban

139. Yécora fue atacada dos veces. Ahí residía el padre Luigi María Pinelli y el cabo Antonio López, de la compañía del general Rezabal, más 30 arcabuceros. Una buena parte de los indios se mantuvieron fieles. Retana llegó a Yécora el 9 de marzo, pero 3 días antes logró capturar a algunos de los asaltantes de Yécora. Ejecutó a dos de los más culpables el 24 de marzo, asistidos espiritualmente por los padres Natale Lombardo y Pinelli. Lombardo había llegado a Yécora con el general Rezabal el 18 de marzo, procedente de Aribechi.

140. Retana llegó a Maicoba el 5 de marzo y a Yécora el 9 de marzo donde se reunió con los 30 arcabuceros de Antonio López.

141. De Yécora, Retana y Rezabal partieron hacia Moris el 25 de marzo y llegaron a aquel lugar el día 31.

142. El 8 de abril antes de salir de Moris, Retana recibe una carta del padre Janusky, misionero de Teópari anunciándole que el 3 de abril los indios habían atacado la misión, incendiado la iglesia y robado el ganado. Retana, Rezabal y los demás llegaron a Yécora el 14 de abril, desde donde ordenaron al cabo Antonio López que de sus 50 soldados enviara 15 a Aribechi a proteger la región. El 19 de abril en Teópari hubo otro encuentro con los rebeldes en el que resultaron 7 indios amigos heridos y 3 muertos. El 25 de abril los rebeldes se retiraron a la sierra, a Isuapa, Guainopa y demás lugares impenetrables de Natora. Retana y sus tropas regresaron el 1 de mayo a Taraíchi.

siendo atacados por los rebeldes y que, asaltados por el enemigo doce habían sido heridos y muertos al defender la iglesia y la casa del padre, a pesar de que lucharon valientemente. El resto se había dado a la fuga, y la iglesia y casa del padre habían sido quemadas y destruido todo por completo.

Retana se dirigió a Teópari rápidamente y cuando llegó al pueblo no encontró a nadie. Entonces devastó las sementeras de los rebeldes y las siembras ya en espiga. (En esta feraz provincia, debido a su clima, se pueden hacer dos siembras al año; y si no hace mucho calor, se pueden levantar dos pingües cosechas). Tardó casi todo el mes de mayo en arrasar las sementeras, y los caballos y demás bestias de carga ya se mostraban cansados y macilentos por el trajín tan largo y en tan accidentadas sendas. Retana retornó a Papigochi, llegando a tiempo para celebrar con los padres la fiesta del Espíritu Santo según su devoción¹⁴³.

Por su parte el capitán del presidio de Sinaloa, temiendo que a las otras misiones cercanas les sucediera lo que a Teópari, salió de Chínipas con sus soldados. Mientras tanto, los jovas, que habían perdido sus cosechas, padecían una gran hambre; exhortados constantemente por el pa-

143. El 2 de mayo de 1698, en consejo de guerra en Taráchi, se decide que Retana regrese a Papigochi, visitando los pueblos sometidos de Maicoba, Yépachi, Tutuaca y Cocomóachi. Rezabal que proteja los alrededores de Sahuaripa, y Fernández de la Fuente que regrese a su presidio de Janos. Los rebeldes estarían replegados en Guainopa y Natora, y otra parte en Basaséachi, Cajurichí y Paguéachi. Retana llegó a Papigóchi el 16 de mayo y después de celebrar un consejo de guerra, decide licenciar a los indios auxiliares y que regresen a Sombrerete los soldados que habían venido. El 23 de mayo los capitanes Retana, de la Fuente y Ugalde envían un informe de los acontecimientos al Gobernador del Castillo y se mandó llamar al capitán Martín Alday que aún se encontraba en la sierra de Guazapares.

dre Natale Lombardo¹⁴⁴, misionero de Sonora, por fin depusieron las armas. Y a todos los indios que llegaban a casa de este padre para pactar la paz, a manera de José de Egipto¹⁴⁵, él les regalaba buena cantidad de maíz para que se fueran sustentando, hasta que pudieran ellos mantenerse por su cuenta.

"El trigo de los indios" es lo que en Alemania llamamos trigo turco¹⁴⁶; con el cual los nativos, y en general los habitantes de casi toda América, fabrican el pan en diversas formas, y lo preparan en muy variados platillos, todos muy sabrosos y de buen gusto.

Retana con su tropa descansó algún tiempo en Papigóchi¹⁴⁷, que era el campamento militar de toda la Tarahumara. También se les dio tregua a los caballos para que se restablecieran. Como no se cultiva aquí la avena, los animales salen todo el año a pastar el campo. Por esta razón, al llegar el hielo, la tierra se seca con las nevadas, muy frecuentes en marzo y abril, y en consecuencia de lo anterior escasea el forraje y los caballos se debilitan. Pero una vez que el cielo vuelve a llover, las bestias recuperan rápidamente sus fuerzas y están listas para emprender largos caminos, principalmente las mulas, que aquí abundan.

Por esta época, llegó a Parral, en el mes de julio, el nuevo gobernador del reino¹⁴⁸, concluido el quinquenio de

144. Ver antes nota 112.

145. Es una alusión a la biblia, relacionada con José en Egipto. Véase Génesis XXVII, 2-26.

146. Con el nombre de trigo turco se designaba al maíz en algunos países de Europa. El maíz fue la base de la alimentación de todos los pueblos amerindios.

147. Retana descansó un poco en Papigochi del 16 de mayo al 3 de junio, después regresó a Parral para informar al gobernador del Castillo, que estaba en el Valle de San Bartolomé.

148. El maestre de campo don Juan Bautista de Larrea, caballero de

su antecesor; tiempo que suele conceder la corte de Madrid a estos oficios en las Indias. El nuevo gobernante era hijo de cierto mercader mexicano, el cual, como hombre adinerado había dado más de cien mil escudos para adquirir los títulos de nobleza y conseguir su hijo el gobierno de la Nueva Vizcaya. Este funcionario era joven e inexperto y muy poco idóneo para resolver las cuestiones turbulentas de los indios. Sin embargo, fue aceptado para el cargo de gobernador, a pesar de que muchos temían de ese nombramiento más daños que provecho.

Su antecesor varón grave y maduro, había sabido evitar los conflictos y turbulencias de Papigóchi. Y para evitar todo litigio con el nuevo gobernante llamó a Retana, que estaba en Papigochi, para pedirle un informe sobre los gastos que habían tenido en la guerra con los¹⁴⁹ rebeldes, aunque ésta no hubiera concluido. Pensaba que de esta manera el nuevo gobernador quedaría bien informado de la situación.

Retana se trasladó con rapidez a Parral, capital de esta provincia de la América Cantábrica, a donde el gobernador había hecho venir también a los capitanes de los demás presidios, cuyos pareceres sobre la forma de concluir la guerra con los indios deseaba explorar.

Existían, en efecto, serias quejas de la población porque, ocupados los soldados del presidio, sólo en la Tarahumara, los demás caminos del reino estaban desamparados y a merced de los tobosos, que cometían contra los

la Orden de Santiago, gobernador de la Nueva Vizcaya del 25 de mayo de 1698 a julio de 1703.

149. Retana llegó al Valle de San Bartolomé el 10 de junio para entrevistarse con el gobernador del Castillo, le entregó las actas de guerra y los traslados correspondientes; pero faltando alguna documentación, las actas completas se le dieron a del Castillo en septiembre de 1698.

viajeros homicidios y latrocinios sin cuento, por lo que se sentía una completa inseguridad para el comercio.

Era necesario, además, poner fin a la guerra tarahumara para que las misiones no volvieran a peligrar y para alejar este mismo riesgo de toda la provincia. Y no era posible esperar el final de la guerra sin capturar y desterrar a otros lugares a los motores principales de la rebelión. Sus nombres, catorce en total, Retana ya los tenía y los mostró al gobernador¹⁵⁰. Existía la duda de hasta dónde era conveniente hacer ésto, pues se corría el riesgo de que los indios se alzaran de nuevo; por lo que se pensó en plantear el asunto a México, y someter la decisión al arbitrio del virrey.

No se habían presentado aún en Parral los capitanes de los presidios, cuando llegó a este lugar el padre visitador de las misiones de la Tarahumara, Joseph Neumann¹⁵¹, que deseaba tratar con el nuevo gobernante sus asuntos y los de sus compañeros de misión. El padre fue recibido con suma cortesía por el gobernador, y escuchado con especial atención. El visitador expuso un gran cúmulo de razones para demostrar la necesidad de que la tropa no abandonara la Tarahumara¹⁵², hasta que fueran plenamente some-

150. En los reportes enviados por Retana y los otros capitanes al gobernador del Castillo el 17 de mayo de 1698, se mencionan los nombres de estos jefes rebeldes: un hermano del gobernador de Cajuríchi; Isogui, capitán de Paguéachi; el mulato Posilegui de Nahüé-rachi; Domingo ex-gobernador pima de Yépachi; dos pimas paganos de Aros y Rafael de Matachí. Aceptaron la paz los siguientes: Sojagüe teniente de Coaguisorichi; Ambrosio, alcalde del mismo pueblo; Manuel, capitán de Cajuríchi; Alonso Tabaqueli, capitán de Ileáchi y otros.

151. La visita de Neumann se sitúa consecuentemente entre los meses de julio y agosto de 1698.

152. Neumann insistía en la necesidad de una guarnición militar en la Tarahumara como la expuso al nuevo gobernador Larrea, respaldado

tidos todos los indios pertinaces y se les redujera a poblados, que era la única manera de esperar una paz firme y duradera.

También estaba informado el gobernador de muy graves calumnias en contra de los misioneros, que, incluso llegaron escritas hasta el virrey¹⁵³ y que, sin conocimiento de la realidad, echaban toda la culpa de esta rebelión a los misioneros. Argumentaban que era absurdo pretender hacer esta guerra con un número tan grande de soldados, para sacar a unos cuantos indios de las montañas. Este asunto también lo planteó el visitador, con el fin de que el gobernador no diera crédito a estas calumnias y quejas que a menudo se nos lanzaban. En este asunto fueron de gran ayuda para nosotros los informes que dio el propio Retana quien, a su vez, acusó ante el gobernador a algunos sujetos que propalaban esta clase de fábulas contra los misioneros de la Compañía, divulgándolos entre el pueblo. Demostró al gobernador, que la causa de la sedición no eran los padres, sino el fuego que había quedado bajo las cenizas de la pasada rebelión por no haber sido retirados por completo los perturbadores de la paz¹⁵⁴. Así pues, era necesario extirpar de una vez por todas a los cabecillas, si es que los gobernadores de la provincia no querían que la guerra se encendiera de nuevo.

Habiéndole manifestado al gobernador el visitador que

por el parecer de los militares, los cuales opinaron lo contrario en la asamblea eclesiástico-militar que se efectuó en Cusiuhirfachi el 3 de febrero de 1691.

153. Del 27 de febrero al 18 de diciembre de 1696, monseñor Juan de Ortega Montañez, obispo de Michoacán fue nombrado virrey. Su sucesor fue don José Sarmiento Valladares, conde Moctezuma, virrey desde el 18 de diciembre de 1696 al 4 de noviembre de 1701.

154. Muchos de los rebeldes de la sublevación de 1690 quedaron impunes, y al respecto se fincaron sus responsabilidades durante el juicio de residencia que se siguió al gobernador del Castillo.

los misioneros bajo sus órdenes, no podrían regresar a las misiones hasta que los rebeldes hubieran sido sometidos y reducidos definitivamente a sus pueblos; el gobernador decretó que una parte de los soldados se dejara para la defensa de la provincia tarahumara, y otra se sacara para defender y asegurar los caminos y el comercio contra los tobosos.

El momento parecía propicio para lograr la reducción de los tarahumares, pues estaban acosados por el hambre y muchos ya habían depuesto las armas y regresado voluntariamente a sus pueblos confiando en la clemencia y seguridad que les ofrecían los españoles.

Prometió también el gobernador que en el próximo mes de septiembre visitaría todas las misiones que habían sido incendiadas, que recorrería las sierras, convocaría a los naturales y sacaría a los indios de sus cuevas para reducirlos paternalmente a pueblos; así dejaría arreglado todo, de manera que los padres pudieran volver seguros a sus misiones y cumplir su ministerio, con el fruto deseado.

Por lo tanto, llamó ante sí al general Retana y a los otros tres capitanes que contaban con cien soldados españoles y ciento cincuenta indios amigos; y el propio gobernador¹⁵⁵ en el mes de octubre se dirigió hacia Papigochi, llegando a este lugar el mismo día que el padre visitador¹⁵⁶ de las misiones, que los habría de acompañar en esta expedición. Le interesaba mucho al gobernador saber qué hacían los españoles, qué cosa había que arreglar, en qué estado habían quedado las misiones y en cuáles era necesario y con mayor urgencia la presencia de un nuevo pastor de las

155. El mismo gobernador resume la gira de inspección que hizo a la Tarahumara en septiembre de 1698. En carta que envía al rey desde Parral, con fecha 27 de agosto de 1698, le anticipa el recorrido que se hará en la visita.

156. El padre Neumann, informa de la visita hecha por Larrea.

almas.

También se preveía la posibilidad de agregar otros pueblos a cada uno de nuestros misioneros, porque no había esperanzas de que llegaran de México nuevos operarios para esta difícil viña, pues ya se había corrido la voz de que esta gente tarahumara era indómita.

Transportados, pues, a Papigochi los víveres y todo lo necesario para la expedición, se inició el camino rumbo a Santo Tomás, y de allí hacia Tejolócachi, Matachi y Yepómera. Y una vez que se hubo visto el desastre de estos dos últimos lugares y lo que habían sufrido las misiones, reducidas a la mitad de sus pobladores, el gobernador los convocó amigablemente en cada pueblo exhortándolos a creer en Dios, a reverenciar a los padres y a obedecer a las autoridades del reino. Y después de ordenarles vivir en paz, perdonó a todos los rebeldes.

Retana advirtió que los indios pésimos y malévolos ya habían sido aniquilados por las armas y por el hambre, sobre todo los de Yepómera, de modo tal que sólo quedaron unos cuantos. Así pues, con el cruel escarmiento que habían recibido tanto en ellos, como en sus hijos y bienes (que todo lo habían perdido) fueron más razonables y prometieron mayor fidelidad.

Después se pasó a Ocórrere¹⁵⁷, donde fue necesario permanecer nueve días, y desde ahí se mandaron varios grupos de indios amigos a los valles de Sírupa, para que exploraran los alrededores hasta los límites de los jovas, con la orden del gobernador de traer a todos los que encontraran.

Entre otros era particularmente acusado un indio belicoso y de vida muy depravada, de gran estatura y muy

157. Ocórrere era un pueblo tarahumar ubicado entre Yepómera y Sírupa.

fuerte, llamado por los suyos Puzilego¹⁵⁸, y al que se achacaba la causa de la común calamidad. Este cabecilla, viendo que la revuelta no había logrado los resultados apetecidos, se había refugiado en una obscura cueva del territorio de los jovas, seguro de que ahí nunca sería localizado. Pese a todo los mismos jovas lo denunciaron y una noche, mientras dormía profundamente, fue hecho prisionero por seis indios jovas, junto con su hijo de doce años y su suegro.

Después, también fueron capturadas más de veinte familias de pimas y jovas, más ocho de tarahumares, que fueron conducidas a presencia del gobernador y remitidas luego a Namiquipa, para que vivieran en ese lugar pacíficamente en compañía de los demás indios de ese pueblo.

Puzilego y otro indio concho¹⁵⁹ fueron condenados a muerte. En cuanto a las familias mencionadas antes de que emprendieran el viaje al destierro, el padre visitador aprovechó para bautizar a sus niños. También fue haciendo lo mismo en otros lugares y sierras donde había infantes a quienes, por culpa de sus padres sediciosos, se les había

158. Pusilego, "el bizco", fue uno de los principales instigadores de la rebelión de 1690 y de 1697-1698. El gobernador Larrea exilió a Pusilego, pero posteriormente, en vista de que volvía a incitar a los indígenas, fue capturado nuevamente y ejecutado.

159. Los conchos vivían de la agricultura y de la recolección, de la cacería y el pillaje. Según Kroeber pertenecían a la familia lingüística Cahita-Opata-Tarahumar. Se les ubica en un extenso territorio desde Casas Grandes hasta río Florido. Los franciscanos fundaron las siguientes misiones entre los Conchos: San Antonio de Casas Grandes (1640); San Pedro de Alcántara de Namiquipa (1663); Santa Ma. Nativitas de Bachíniba (1660); Santiago de Babonoyaba (1665); San Pedro de Conchos (1649); Nombre de Dios donde hoy está Chihuahua (1697); San Francisco de Conchos, San Buenaventura, San Miguel, San Diego del Monte, Las Cruces, San Luis, Santa Clara, Chihuichupachi, Queparira y Sainápuchi.

privado de este sacramento.

De la región de los jovas regresó el gobernador a la provincia de la Tarahumara, pasando por el pueblo de Cocomórachi y Ariséachi, ambas misiones destruidas completamente y a la sazón abandonadas. Al caer la tarde bajaron algunos de los montes donde se habían escondido. Se les ordenó que regresaran a la sierra y trajeran consigo a sus demás compañeros, amigos y hermanos. Todos estuvieron dispuestos a obedecer al mandato del padre visitador y de la autoridad civil y a permanecer en el poblado.

En Cocomórachi fue nombrado un nuevo gobernador, hombre muy dedicado a vigilar a los suyos y muy preocupado por congregar al pueblo.

Desde Cocomórachi, por un camino muy quebrado y difícil el gobernador y su comitiva se internaron en las sierras de Tutuaca donde la mitad de los indios hablan la lengua de los pimas; la otra mitad se entiende en tarahumara, pues este pueblo es el confín de la provincia de la Tarahumara rumbo al occidente. De ahí, por la Pimería, se va a Sonora.

Como ya dijimos, ahí había sido capturado el gobernador¹⁶⁰ de Tosánachi y se le había dejado libre con la condición de que reuniera a los indios. Había juntado ya a cien familias y se ocupaba en traer otro centenar más, todos dispersos en lugares a varios días de camino, entre esta inmensidad de la sierra, donde los indios, a manera de fieras, suelen esconderse en las cavernas.

En Yépachi, lugar perfectamente señalado en el reciente mapa hecho por el geógrafo de Nuremberg¹⁶¹, se localizaron otros cien indios. Este pueblo es muy ameno,

160. Neumann trató antes de don Simón el gobernador de Cocomórachi y de Ignacio, de Tosánachi. Cfr. supra, nota 132.

161. No pude precisar al autor de este mapa.

el primero de la Pimería viendo hacia la Tarahumara, y digno sobre todo por haber sido regado con la sangre del padre Manuel Sánchez¹⁶².

Con gusto se escucharon ahí las peticiones que los indios hicieron al gobernador del reino en el sentido de que querían que, cuanto antes, se les designara algún misionero. Por esta razón, el padre Vaclav Eymer, que ya se había ocupado de varios miles de almas en Papigochi, acudió prontamente a este lugar recorriendo durante cuatro días un camino muy frágoso. Ayudados no pocos con sus consejos, estos indios permanecieron siempre constantes en la fe.

De Yépachi, por fragosísimos montes, emprendimos el camino a Basaséachi y Cajuríchi, donde como en un ombligo, los rebeldes se habían guarnecido como en un nido. Ahí localizamos y sacamos a muy pocos, pues entre los de Cajuríchi y Güébachi apenas si sumaban unas sesenta familias, por lo que se dispuso que se trasladaran a Papigochi en un término no mayor de diez días, donde se les darían tierras y casas. No de muy buen grado prometieron cumplir lo ordenado por el gobernador del reino. Pidieron perdón por los sacrilegios y se les concedió, aunque merecerían fuertes castigos, pues desde sus escondites habían salido como del caballo de Troya¹⁶³, los autores de la rebelión a incendiar los campos, casas e iglesias.

Desde Güébachi, por un camino de tres días a través de las montañas (pues la distancia de estas misiones serranas es casi siempre la misma; menor, por cierto, que la del valle de Papigochi a donde están las nuestras) llegamos a

162. Sobre el padre Manuel Sánchez martirizado en abril de 1690, Cfr. supra, Cap. III, nota 12.

163. Se refiere al caballo que utilizaron los griegos en la guerra contra Troya.

la misión de Bocoyna y Sisoguichi, que el padre visitador Joseph Neumann había levantado, y era la primera de todas las de la sierra.

Después de felicitar ahí a los indios por su constancia en la fe, y por la generosa y excelente batalla que dieron contra los rebeldes sediciosos, se marchó el gobernador a Carichí. Envió por delante a un capitán a Norogachi para que apresara a cierto hechicero muy pernicioso, que escandalizaba al pueblo pues había tratado de pervertir con sus hechicerías a los pobladores y los incitaba a la rebelión. Denunciado por los mismos indios, este malvado fue capturado por el capitán y castigado públicamente.

El gobernador permaneció tres días en Carichí, luego se marchó al mineral argentífero de Cusihiuríachi donde, como ya advertí arriba¹⁶⁴, había una gran cantidad de españoles. Ordenó a Retana que regresara a Papigochi con el resto de la tropa, para que se cerciorara si los indios montaraces de Cajuríchi y Cahuisórichi, junto con sus vecinos ya habían llegado para que, en caso contrario, por la fuerza de las armas los obligara a volver.

Se presentaron en Papigochi sólo cuatro sin sus esposas ni sus hijos, de los que dos fueron tomados como rehenes, y a los otros dos se les envió para que sacaran de la sierra a los demás. Pero la mayor parte de los convocados desoyeron las amenazas de Retana, así como sus palabras de paz; de ningún modo se convencieron, así que aquellos dos mensajeros sólo regresaron a Papigochi con unos cuantos.

Entonces se seleccionó un escuadrón de indios de infantería y se les envió allá, los cuales con toda inteligencia los sacaron de aquel lugar y los trajeron. Retana los distribuyó entre los pueblos de Papigochi, Santo Tomás, Pahuí-

164. Cfr. *supra*, Cap. III, nota 7.

rachi y Mogoréachi¹⁶⁵, empleando en esto más de dos meses. Así finalmente, volvió a esta región y a todo lo largo y ancho de nuestra iglesia tarahumara la paz y la tranquilidad.

Mientras tanto, ya algunos de nuestros misioneros¹⁶⁶ habían sido trasladados a otras partes con la esperanza de que en otras provincias hubiera mayor disposición para recibir la fe, y la cosecha fuera más ubérrima.

Sólo dos de ellos, cuyas misiones habían sido completamente destruídas, regresaron a atender a sus indios fieles: el austríaco Johann Baptista Haller y el siciliano Pietro Proto, de Milazzo. Este se dirigió a Santo Tomás y aquél a Yepómera. El padre Vaclav Eymer permaneció en Papigochi tomando gustoso bajo su cuidado, además, a los pueblos de Yépachi y Tutuaca. Como buen y solícito pastor, solía visitarlos con frecuencia, sin que le sirviera de obstáculo la aspereza de los caminos y lo fragoso de los montes, como lo he descrito antes¹⁶⁷.

Después de algún tiempo, vino de México el padre Diego Liliu¹⁶⁸, originario de la Isla de Cerdeña; venía

165. Mogoréachi, pueblo dependiente de la misión de Papigochi a 4 leguas al suroeste de la cabecera.

166. En octubre de 1697 el padre Piccolo dejó la misión de Guadalupe en Chínipas para trasladarse a California. El padre Illing pasó a ocupar el lugar que dejó Piccolo. Los padres Baltasar de la Peña y Juan Fernández salen de la Tarahumara; el padre Fernández falleció en Malinalco el 21 de diciembre de 1708. El padre de la Peña pasó a Parral y después a Parras, para regresar a la Tarahumara en 1723. Muere en Santa Ma. de las Cuevas en 1743.

167. Después de la nota 162 se habla de Eymer.

168. El padre Diego Liliu, nació en Seste, Cerdeña en 1666, ingresó con los jesuitas en 1685; fue ordenado sacerdote en 1697. Llega a la Tarahumara en 1699. De 1705 a 1708 es rector y operario del colegio de Guadiana; en 1714 rector del colegio de Morelia. Muere el 15 de julio en 1729 en Guadiana, a donde había regresado como rector que fue de 1720 a 1726.

destinado para la misión de Matachi, desde cuyo lugar tuvo durante dos años, también, la administración de Cocomórachi. Otros rehuían venir a estas misiones, consideradas muy poco seguras y estables; donde el fruto de los trabajos no era proporcional a la cosecha, salvo entre los niños que morían sin haber perdido la gracia del bautismo.

Se debe aclarar, empero, que ni la mitad de los tarahumares habían tomado las armas contra nosotros y contra los españoles¹⁶⁹, ni defeccionado en la fe; ni que, a pesar de las insistencias de sus congéneres, hubieran aceptado con facilidad las invitaciones de los rebeldes. Por lo cual queda claro que, una vez recibida la fe por el bautismo, ésta echa grandes raíces en el alma de los tarahumares. Por su empeño, por su amor a las iglesias construidas por ellos y por el respeto que manifiestan a sus pastores, más de veinticuatro pueblos se libraron del ataque de los rebeldes. Sin duda, la fiereza y el terror de los alzados habría progresado mucho más, si los españoles no hubieran reprimido el furor del enemigo, gracias a la colaboración y astucia de los sisoguichenses.

Algunas misiones, cuyos propios habitantes se habían rebelado, permanecían aún desamparadas de su pastor: Tutuaca, Cocomórachi, Teméychi, Tomóchi y Cajuríchi. Aunque se pretendió suprimir las dos últimas considerando que la mayoría de sus pobladores se habían trasladado a otras partes, nunca se pudo realizar del todo¹⁷⁰. Además,

169. Neumann distingue la Tarahumara Inferior o Antigua, la Superior o Nueva y la Montañosa o de la Sierra de Chínipas.

170. Tutuaca y Cajuríchi fueron abandonados temporalmente después de la sublevación de 1690. En Cocomórachi estaba el padre Proto que había venido de Santo Tomás. A Temeichi se designó al padre Juan Fernández que salió de la Tarahumara en 1699; en Tomóchi al padre Hostinsky que pasó probablemente a Sisoguíchi. Al padre Alderete se

como ese año se abatió una gran escasez en toda la provincia¹⁷¹, no se pudo iniciar la reedificación de los templos quemados.

Por ese tiempo era virrey de la Nueva España el conde de Moctezuma¹⁷². Antes había sido en Granada asesor del tribunal y con el título de conde obtuvo en la corte de Madrid el título de virrey mediante la suma de treinta mil escudos. A tal extremo eran estimados los cargos en la India Transmarina; y no sin razón, ya que esta lejana parte del mundo, podía jactarse de ser un perpetuo filón de plata, de oro y de otros metales preciosos, donde la minería era abundantísima.

Así pues, el mencionado conde, con el objeto de resarcirse lo más pronto posible de la gran suma de dinero invertida¹⁷³, dio comisión a un juez para que procediera contra el gobernador del reino y contra el general Retana. Abrió una investigación sobre las causas de la rebelión,

le cambia de Matachi a Norogachi y al padre Noriega se le nombre rector de la sección de San Joaquín y Santa Ana para el período de 1699 a 1702.

171. Esta era una consecuencia de la guerra y de la destrucción de las sementeras de los rebeldes.

172. Don José Sarmiento y Valladares, caballero de la orden de Santiago, conde de Moctezuma y de Tula, vizconde de Hucán, señor de Monterosano, de la Peza, virrey desde el 18 de diciembre de 1696 al 4 de noviembre de 1701.

173. En abril de 1699 don Juan Coto, abogado del difunto gobernador del Castillo, presentó al virrey conde de Moctezuma, las actas de guerra quien las remite al fiscal don Baltasar de Tobar para que las examine. Este dictaminó sobre "los excesos" de que se acusa al gobernador del Castillo y a sus colaboradores relacionados con la muerte de los indios rebeldes. El documento fue enviado el 2 de mayo al virrey que nombró como juez de residencia a don Francisco de Hessaín, oficial del tesoro de Veracruz. En 1697 el virrey había enviado a don José de Ursúa a la Tarahumara para cerciorarse de la situación. Ursúa estuvo en la Tarahumara de octubre de 1690 a febrero de 1691.

tratando de ser lo más severo posible, de modo que se pudiera inculpar a los dos funcionarios referidos, esperando obtener así una parte no despreciable de la fuerte multa que les iba a aplicar.

Pero, como el gobernador, tres meses después de haber dejado el cargo falleció¹⁷⁴, toda la fuerza inquisitoria se volcó contra Retana, al que se le acusó falsamente de muchas cosas. Retana usó en su defensa los testimonios de los misioneros de la Compañía de Jesús y felizmente resultó exonerado de toda culpa¹⁷⁵. Seis de nuestros padres a la mayor brevedad se trasladaron a Parral; y tanto por escrito, como oralmente expusieron todo lo sucedido, con amplitud y destreza, de manera que con lo declarado quedó borrada toda mancha de la honra de tan generoso soldado que siempre tuvo las mejores intenciones hacia nosotros.

Y bien se merecía Retana esta forma de defensa por su sincero amor a los misioneros, por su gran celo de católico en favor de las misiones y por el empeño que puso en la propagación de la fe entre estos bárbaros, solidarizándose con nuestra empresa. Por lo dicho, nuestro muy reverendo

174. Habiendo fallecido el gobernador del Castillo el juicio se continuó actuando en su defensa el albacea don Cristóbal de la Barreda.

175. Hessaín finalmente llegó a Parral en noviembre de 1699. Realizado el interrogatorio con las acusaciones contra los capitanes Ugalde y los generales Rezabal, Fernández de la Fuente y Retana, y oída su defensa y los testimonios a su favor, finalmente el abogado José de Zárate de la audiencia de Guadalajara, que residía en Zacatecas, pronunció la sentencia definitiva el 22 de febrero de 1700, descargando de toda culpabilidad a Retana y a los demás militares. Al gobernador del Castillo declararon culpable de no haber asentado su residencia en Durango, de no haber realizado la visita a la Tarahumara, de tener una tienda y de haber injustamente condenado a muerte a un indio. Por todos estos delitos se le condenó a pagar la suma de 100 pesos.

padre general¹⁷⁶, lo hizo partícipe de nuestros bienes espirituales y sacrificios. Desempeñó después, el cargo de teniente de gobernador de este reino, además de capitán del presidio de Conchos y también se le otorgó el título de protector perpetuo de la Tarahumara, con lo que fue honrado¹⁷⁷.

Finalmente, transcurridos varios años desde esta última rebelión, ya sexagenario, después de cinco días de agonía por una enfermedad apoplética, terminó sus días¹⁷⁸. Su cadáver, tal como él lo había deseado, fue sepultado en la cripta de nuestra iglesia de Parral, para que la memoria de este varón tan meritorio de nuestras misiones sea eterna entre nosotros. Había luchado con gran esfuerzo, durante más de veinticinco años en sofocar los tumultos

176. El padre general Tirso González, concedió la carta de fraternidad de la Compañía de Jesús al general Retana, privilegio que dan los jesuitas a sus grandes benefactores. Muchos misioneros enviaron cartas de felicitación al general Retana. El padre Manuel Ordaz desde Cuiteco escribe: "... le doy a vuestra merced muchas enhorabuenas de la hermandad con que vuestra merced se ha hecho más nuestro. Fue noticia para mí muy alegre, la cual me participó el padre rector Antonio Gomar con grande consuelo mío. Dios Nuestro Señor le premie tan santo celo..."

177. En 1685 se erigieron los presidios de San Francisco de Conchos y de San Felipe y Santiago de Janos. Retana fue nombrado capitán vitalicio del presidio de Conchos por el virrey don Tomás Antonio de la Cerda Enríquez Afán de Rivera, conde de Paredes y marqués de la Laguna, virrey del 6 de marzo de 1680 al 30 de noviembre de 1686. El virrey conde de Moctezuma en 1697 pretendió transferir a Retana al presidio de Janos, pero el gobernador del Castillo le advirtió que Retana era capitán vitalicio de Conchos desde 1685. En Janos fue nombrado también con carácter vitalicio el general Juan Fernández de la Fuente.

178. En 1699, en el mes de diciembre, Retana declara tener la edad de 48 años.

de los tarahumares¹⁷⁹, y en procurar mucho el bien de las misiones sufrió mil peligros de perder la vida, insidias sin número, trabajos ingentes a los que hay que agregar las calumnias y las persecuciones de sus enemigos. Pero por más que lo atacaron, gracias a Dios, vengador y socorredor de los justos, siempre salió triunfante; siempre fue querido por nosotros y muy estimado por todos los hombres buenos¹⁸⁰. ¿Qué raro es, pues, que haya padecido injusticias?

Para el año de 1699 parecía que ya todo había pasado. Desde México se habían enviado nuevos refuerzos a la Tarahumara. Nuevamente¹⁸¹, también, había sido designado como visitador de las misiones, el padre Vaclav Eymer el cual con estos nuevos operarios, uno en cada misión, fue siempre el primero en dar un brillante ejemplo apostólico; siempre los animaba y exhortaba a no desmayar en el trabajo de la viña del Señor.

El padre Joseph Neumann, concluido su cargo de visitador, que con viril esfuerzo había llevado por tres años,

179. Retana estuvo al servicio de la Nueva Vizcaya desde 1675 o poco antes. Durante la administración del gobernador don Bartolomé de Estrada (1679 a 1684) Retana aparece como alcalde mayor y teniente de capitán general, pero ya había desempeñado varias misiones militares como soldado o como cabo.

180. Para ilustrar el gran afecto que los misioneros tenían por Retana, baste leer los testimonios que dieron en el juicio de residencia el padre Eymer que conoció a Retana hacía 7 años, el padre Lizarralde que lo trató 24 años, o sea desde 1675, el padre Noriega hacía 12 años, el padre Celada hacía 20 años, el padre Ortega hacía 15 años, el padre Neumann hacía 18 años, etc.

181. Neumann había sido visitador de las misiones de 1696 a 1699. En marzo de 1699 el padre Vaclav Eymer le sucedió para el trienio 1699-1702. Para ocupar las nuevas misiones llegaron los padres Diego Liliu, Ignacio Javier de Estrada, y por 1702 el padre Tomás de Solchaga.

permaneció en la misión de Carichí, pues a su antecesor, el padre Francesco María Piccolo, siciliano, se le había destinado para las misiones de la California¹⁸².

Por estas fechas comprendía la misión de Carichí, más de tres mil almas en cuatro pueblos¹⁸³. Una ardua administración esperaba a este hombre. Había sido concluida la iglesia de Carichí de tres naves muy capaz y con dos series de elegantes columnas.

En esta vastísima provincia mexicana no hay otra igual. La había levantado el padre Francesco María Piccolo, con donativos que le hicieron amigos de la misión, y con gran esfuerzo y empeño. Construyó una casa anexa para recibir a los huéspedes con toda comodidad, aunque este padre no gustaba de parásitos.

Así las cosas, el padre Joseph, tomó a su cargo la edificación y erección de iglesias y casas en los otros tres pueblos de su partido¹⁸⁴, y realizó este proyecto en tres

182. El padre Piccolo dejó Carichí en octubre de 1697 y Guadalupe de Chínipas el 7 de noviembre, para seguir su ruta hacia la California. Este padre nació en Palermo, Sicilia el 25 de marzo de 1654, ingresó con los jesuitas el 1 de noviembre de 1673. Llegó a México en 1684 a donde permaneció el resto de su vida: de 1684 a 1697 en la Tarahumara y de 1697 a 1729 en la Antigua California. El 2 de febrero de 1689 pronunció sus últimos votos en la iglesia de Satebó ante el padre rector Francisco de Celada. Fue visitador y rector de la Tarahumara de 1690 a 1693, y superior de las misiones de California de 1720 a 1723. Falleció en la misión de Santa Rosalía de Mulegé el 22 de febrero de 1729. Sus actividades en la Tarahumara han sido estudiadas muy poco.

183. La misión de Carichí, comprendía tres pueblos de visita: San Luis Gonzaga Tajírachi, Nuestra Señora del Pilar Bacaburéachi y el Santo Angel de la Guarda Basigóchi.

184. Neumann vino a remplazar al padre Piccolo a Carichí el 27 de febrero de 1698. Y aceleró la construcción de las iglesias de sus pueblos de visita para concluir las a fines de 1700 o principios de 1701. Neumann dice en el siguiente capítulo que está terminando el templo de Tajírachi.

años, todo con la ayuda de los pobladores. Luego los adornó de la mejor manera y los proveyó de todos los paramentos necesarios para la celebración de la misa por los sacerdotes que por ahí pasaran.

Pese a todo, su mayor preocupación siguió siendo la iglesia principal de Carichí a la que, además de dotar de abundancia de objetos sagrados, muchos de ellos de plata, la proveyó de suficientes ornamentos y vasos sagrados. Tanto para los solemnes cantos de las letanías lauretanas, que se hacían los sábados, como para la celebración de las otras fiestas religiosas, utilizaba el órgano, diversos instrumentos y músicos¹⁸⁵.

Las más importantes fiestas de esta misión eran los oficios de semana santa. Se erigía un monumento con una gran cruz y la imagen de Cristo agonizante; se realizaba una larga procesión penitencial cada año, con enorme respeto y devoción con los penitentes que se azotaban piadosamente y, por supuesto, se realizaba la confesión general de cuaresma.

También se instauró la sagrada solemnidad de Corpus Christi¹⁸⁶ con una procesión en donde se llevaba la santísima eucaristía por las verdes praderas que rodeaban la

185. Según el informe de las misiones que hizo el visitador Juan Ortíz Zapata, en 1678 había 51 capillas musicales, con grupos de pequeños cantores en el noroeste mexicano: 14 en el rectorado de San Francisco de Borja (Sonora), 8 en el de San Francisco Javier (Sonora), 12 en el de San Ignacio Yaqui (Sonora), 13 en el de San Felipe y Santiago (Sinaloa), y 4 en el de Santa Cruz de Topia (Durango). Se mencionan 14 instrumentos musicales clarín, chirimía, arpa, guitarra, rabel, bajón, chabeba, flauta, trompeta, tenor, monocordio, lira, sacabuche y órgano. En 1667 ya gozaban de gran fama los pequeños cantores de la misión tarahumara de San Miguel de las Bocas.

186. La introducción en las misiones de la fiesta del Corpus arranca desde 1622 en que ya se celebraba en Sinaloa. Para 1662 ya se hacían con gran esplendor en la Tarahumara.

iglesia y se levantaban cuatro altares bien adornados. A esta celebración asistía un gran número de indios y su alegría era tal, que los propios españoles eran atraídos a participar en ella, pues tales festejos y con esa pompa, no solían hacerse en estos rumbos.

También incitó a sus pueblos para que cada uno designara por sí un día especial dedicado en honor de la Virgen María y preparara una fiesta con la asistencia de todo el vecindario. Se concluía la celebración con un banquete al que estaban invitados y en el que se consumía la carne de varias vacas que se sacrificaban¹⁸⁷.

187. Cuando Neumann llegó el 7 de marzo de 1681 a Sisoguichi, organizó la primera fiesta de Pascua en la que se consumieron dos bueyes. El 15 de octubre de 1681, Neumann y el padre Guadalupe celebraron en Matachi su incorporación definitiva a la Compañía de Jesús con una fiesta a la que invitaron a otros 4 misioneros. El padre Guadalupe rector de la Tarahumara ofreció tres bueyes para el festín.

V

Nuevas insidias de los tarahumares

Al mismo tiempo que estas celebraciones se iban realizando en el transcurso del año, el ejemplo movía a las demás misiones a imitar a la nuestra en el culto divino. De pronto, en la Tarahumara, se desata una nueva perturbación, en cuyo origen estuvo implicado uno de nuestros misioneros¹, tal vez sin demasiada culpa pero que pretendió emular el celo del profeta Elías², en vez de imitar la dulzura del Salvador en su trato con estas gentes bárbaras e incultas. En efecto los tarahumares no pocas veces, como los israelitas apóstatas, abandonaban al verdadero Dios y se alejaban de los pueblos internándose en los montes para practicar a su sabor supersticiones diabólicas y vanas adoraciones³.

Este padre había sido colocado por el padre visitador⁴ en la misión de Teméychi, cuyo partido comprende cuatro pueblos⁵. El misionero se ensañaba con los neófitos más

1. El padre Gaspare Sanna, nació en Sassari, Cerdeña en 1673, ingresó con los jesuitas en 1688, y llegó a México en 1692. Estuvo en las misiones de la Tarahumara de 1700 a 1701. Retornó a México en 1704 y murió el 13 de febrero de 1742.

2. El profeta Elías, personaje bíblico, famoso por el riguroso celo que mostró en el culto de Yahvé. (Libro de los Reyes: capítulo XVI).

3. Es una alusión al pueblo de Israel y al culto que rindió al becerro de oro. (Exodo, capítulo XXXII).

4. El padre Vaclav Eymer, visitador de la Tarahumara de 1699 a 1702.

5. La cabecera de la misión era San José de Temeichi, y tenía los siguientes pueblos de visita: Nuestra Señora del Pópulo los Alamos,

de lo común, por lo que se había granjeado el odio de sus conversos, los cuales ya habían movido todos los resortes para que se lo quitaran y lo sacaran lejos de sus confines.

Un día, en que se ausentó de los pueblos de su misión para ir a Cusihuríachi, con el fin de tratar algunos asuntos con los españoles, los indios del vecino pueblo de Pachera, cayeron con gran furia sobre Teméychi y trataron de incendiar la iglesia y la casa contigua del padre. Por fortuna los pobladores de Teméychi detestando la sacrílega incursión⁶, repelieron a los incendiarios de Pachera, que fracasaron en sus propósitos.

Habiéndose corrido la noticia de que los indios habían tratado de quemar el templo de Teméychi, inmediatamente, esa misma noche, salió una mujer a paso de varón, y llegó a Tajírachi para anunciar que había visto a lo lejos unos fuegos insólitos⁷, que se estaba levantando una nueva sedición en Teméychi y que ya se estaba quemando la iglesia. Precisamente en esta fecha, el misionero de Carichí se encontraba de visita en uno de sus pueblos, Tajírachi, para concluir los últimos detalles del templo recién construido. Al recibirse la noticia, los habitantes de Tajírachi toman inmediatamente las armas, ponen centinelas y se disponen a defender su pueblo, previendo un posible ataque de los incendiarios de Teméychi esa misma noche.

Cerca de Tajírachi había un horno para cocer ladrillos. Una larga llama que sobresalió provocó el pánico de los vecinos, creyendo que ya estaban ahí los rebeldes de Teméychi y llevaban sus odios hasta Tajírachi. El padre misionero de Carichí⁸ mandó entonces a dos exploradores

San Marcos Pichachí y Santa Rosa de Santa María de Pachera.

6. Este era uno de los tres pueblos que dependían de la misión de Carichí atendida por el padre Neumann.

7. Cfr. *supra*. Cap. lv. nota 17

8. Era el padre Neumann.

para que personalmente se cercioraran de lo que había acontecido en Teméychi; se dio luego cuenta de que el problema era solamente contra el padre de Teméychi y que, por el rencor a él, habían intentado poner fuego a la iglesia y a la casa. Esta noticia fue confirmada después por el testimonio del padre misionero de Sisoguichi⁹, cuando vino de su misión preocupado por estos tumultos y se dirigió a donde estaba el padre Joseph Neumann.

Era cosa harto conocida que los conversos de Teméychi ya no podían soportar a su pastor y que si el superior no retiraba al padre, ellos volverían a la rebelión. Esta era la realidad. Más que organizar un verdadero levantamiento, sólo trataban de simularlo. Pero el rumor del incendio cundió con muchas mentiras por los demás pueblos, y así llegó el asunto desgraciadamente a oídos del gobernador del reino¹⁰ y del general Retana.

Se le ordenó entonces a Retana trasladarse con un gran refuerzo de soldados al lugar de los hechos. Retana llegó a Papigochi a fines de noviembre para reprimir a los autores de la sedición¹¹.

Mientras tanto, lo más pronto que pudo, el padre visitador mandó una carta al misionero de Teméychi, que todavía estaba con los españoles de Cusihuríachi, indicándole que ya no regresara a su misión, sino que se trasladara a México por el mismo camino por donde había venido.

9. Se trata del padre Hostinsky que antes se había ocupado de las misiones de Tomochi y Ariséachi, incendiadas durante la sublevación de 1697 a 1698.

10. Don Juan Bautista de Larrea, gobernador de la Nueva Vizcaya de 1698 a 1703.

11. El 16 de agosto de 1700 Retana recibe la orden del gobernador Larrea de perseguir a los rebeldes cocoyomes, y hasta después hacer la visita anual de la Tarahumara.

Los pobladores de Pachera, enterados de la proximidad de Retana y sabiéndose culpables, huyeron hacia la sierra con otros muchos que antes habían regresado a sus pueblos gracias a la paz ofrecida, volviendo nuevamente a sus escondrijos y a su libertad anterior.

Todo esto llenó de preocupación a Retana temeroso con justificada razón de que los fascinerosos serranos tramaran algo siniestro contra los misioneros. Antes de tomar cualquier decisión, titubeaba entre la alternativa de ir a sacarlos por la fuerza de sus guaridas o de invitarlos una vez más a que regresaran pacíficamente. Sobre todo tenía en consideración la proximidad del invierno, en el que caen abundantes nevadas en la sierra, y el no contar con suficientes soldados contra el enemigo. Comunicó en consecuencia, todas sus dudas al gobernador del reino.

El gobernador convocó a una junta de guerra y dispuso permanezca en Papigochi y que se valga de espías para conocer las intenciones de los serranos. En caso de que amenazaran con atacar a las misiones, las defendiera enérgicamente con el apoyo de los indios fieles de los pueblos cuya ayuda no le faltaría.

Cerciorado de que lo único que pretendían los fugitivos era sentirse seguros en su refugio, juzgó no existir entonces peligro alguno y que sería mejor esperar una temporada del año más benigna para poder internarse en los montes y atraer nuevamente a los rebeldes.

Sospechando los alzados el plan de Retana, se internaron en los lugares más inaccesibles y se fortificaron en cerros altísimos rodeados de rocas, almacenando suficiente cantidad de víveres para muchos meses y pertrechándose con una gran cantidad de flechas. Otros más se sumaban cada día, preparándose para una vigorosa defensa.

Pasadas las fiestas de pascua, el propio gobernador del reino¹² llegó a Papigochi con un numeroso ejército, esperando con esta medida amedrentar a los indios y sustraerlos de las montañas. Pero los indios, vanamente llamados, se negaron a abandonar sus escondites decididos a resistir con valor a los españoles en caso de que fueran a atacarlos. Nuevamente les volvió a llamar el gobernador amenazándolos también con severos castigos si no acataban el mandato de regreso; pero respondieron despreciaivamente diciendo que nada temían, que a ningún español rehuían y que nunca saldrían.

El gobernador del reino, que permanecía en Papigochi, ordenó al general Retana que saliera a batir a los indios acompañado de cien soldados. Corría el mes de junio, en el que suelen comenzar las lluvias; los demás meses, de la mitad de octubre hasta la fiesta del santo precursor¹³, son completamente secos; noviembre, diciembre, enero y febrero son demasiado fríos debido a las nevadas que llegan a caer dos, tres y hasta cuatro veces al día. En cambio, en marzo, abril y hasta la mitad de mayo en el mismo día se experimentan las cuatro estaciones del año: a la salida del sol es primavera; el verano durante el medio día; el otoño en las tardes, y en la noche el invierno por las heladas intensísimas que encanecen los campos. Y no tomo en cuenta los vientos fuertes y rápidos, que levantan polvaredas tan densas que son capaces de oscurecer al sol; son estos meses los que anteceden a la temporada de lluvias.

Retana gastó no pocos días en penetrar lentamente en la sierra de Güébachi y en otros valles profundísimos. En

12. Larrea había decidido tomar personalmente la pacificación definitiva de la Tarahumara.

13. El 24 de junio, día de San Juan Bautista.

uno de éstos, desde donde se sube una altísima y escarpada peña, se topó con los rebeldes.

En este farallón inaccesible, fuera del alcance de las escopetas de los españoles y seguros de que no podrían escalar hasta donde ellos estaban, pues el ascenso sólo podía hacerse por un estrecho callejón que habían obstruído con grandes piedras; no les dejaron a los españoles mas opción que sitiarnos, copando el río que está abajo, y de este modo rendirlos obligándolos a bajar por el hambre y la sed.

Los españoles tenían centinelas en derredor de los rebeldes, cuyos movimientos observaban con atención. Pero he aquí, que el mismo día de San Juan Bautista al medio día, por un pasillo escondido bajó una grandísima turba de indios. Asesinaron a los centinelas que estaban más cercanos, y en medio de una gran gritería, se decidieron a atacar a Retana y a su batallón, que en esos momentos estaban comiendo junto con su capitán. Apercebidos del asalto, los españoles se levantaron de la mesa, y corrieron a las armas y apresuradamente se dispusieron a la batalla. Ante el valor español los enemigos dudan si podrán acercarse, y finalmente se dan a la fuga volviendo por donde habían bajado para atacarlos.

A los que huyen, salen a perseguirlos los soldados españoles; entonces los indios empiezan a rodar enormes peñas por las laderas, para que caigan sobre sus perseguidores; repelidos de esta forma retroceden los españoles y vuelven a su campamento.

Conocida la obstinación de los rebeldes, y perdida la oportunidad de desalojarlos de sus refugios, transcurrió inútilmente el mes de junio sin haber logrado nada; los españoles se retiraron, impedidos, además, aun para

acampar, por las lluvias torrenciales que empezaban a caer.

Convencido el gobernador del reino de que era inútil su presencia en Papigochi y que el temporal imposibilitaba la acción de la tropa, se retiró a Parral dejando a Retana en Papigochi para defensa de las misiones. Los fugitivos continuaron en sus montañas pero sin intentar ningún acto hostil. Se supo después, que su único intento era que se les dejara permanecer en los montes y que no se les obligara con las armas a volver a los pueblos. Así transcurrió todo ese año. Las tropas españolas permanecieron en Papigochi y la turba de los alzados en sus cuevas¹⁴.

Por esta misma época¹⁵, en los lugares aledaños a Parral, los tobosos cometían enormes daños, ya fuera contra los comerciantes o contra las estancias y ranchos de los españoles. Eran tantos, y tan seguidas la quejas que se hacían contra el gobernador del reino¹⁶ ante el virrey¹⁷ que este gobernante se vio obligado a recurrir al testimonio de

14. Según el gobernador Larrea, el general Retana regresó al presidio de San Francisco de Conchos, y partió nuevamente hacia la Tarahumara el 18 de noviembre de 1701, acatando sus órdenes. A Retana se unió durante las sublevaciones de 1690 a 1697, el general Juan Fernández de la Fuente el cual salió del presidio de Janos el 23 de enero de 1702. Ambos permanecieron en la Tarahumara 16 meses hasta marzo de 1703.

15. Los sucesos a que hace referencia Neumann son desde fines de 1700 con repercusiones que llegaron hasta 1714. Cfr. *infra*, nota 18.

16. Es difícil precisar de qué virrey habla Neumann, porque hubo tres entre 1700 y 1702: el conde de Moctezuma, del 18 de diciembre de 1696 al 4 de noviembre de 1701; monseñor Juan Ortega Montañez, arzobispo de México, virrey del 4 de noviembre de 1701 al 27 de noviembre de 1702; y en fin, Francisco de la Cueva Enríquez, duque de Alburquerque, marqués de Cuéllar, virrey del 27 de noviembre de 1702 al 15 de enero de 1711.

17. Don Juan Bautista de Larrea, Cfr. *supra*, nota 10.

los misioneros para comprobar su inocencia ante el tribunal de la ciudad de México. Gracias a los testimonios que los nuestros escribieron y enviaron, fue absuelto con toda justicia de las calumnias de sus acusadores.

Por esas mismas fechas, llegó al virrey un mandato del Consejo de Indias en que se le daban instrucciones para que él lo transcribiera a los gobernadores de las provincias, a los capitanes y demás jefes militares, así como a los magistrados y demás funcionarios. En el mencionado documento se le decía que por ninguna causa o razón, se diera motivo a que surgieran levantamientos entre los indios, so pena de ser gravado con altísima multa. La drástica disposición de Madrid obedecía a la siguiente causa: España estaba implicada en una gran guerra¹⁸ en la que debería emplear todos sus recursos. Por este motivo, a partir de ese momento, nada se intentó ya en contra de los indios; dejándolos en sus dispersos refugios, donde hasta el día de hoy permanecen tranquilos y pacíficos. De manera que los padres pueden llegar hasta ellos sin mayores contratiempos y pueden bautizar ahí a los niños y predicar la palabra de Dios a los demás. De vez en cuando se les invita a las grandes fiestas que hay en las misiones, para que así aprendan la mansedumbre cristiana, olviden sus antiguos vicios y costumbres y paulatinamente se animen a vivir una vida mejor.

No faltan ya casas bastante cómodas, a las que se dirigen nuestros padres deseosos de trabajar en sus correrías apostólicas, ni iglesias que los indios han construido por su cuenta, sin que nadie los haya presionado. De donde se

18. La guerra por la sucesión del trono español a la muerte de Carlos II el 1 de noviembre de 1700. La Corona iba a pasar de los Habsburgo de la Casa de Austria a los franceses de la casa de Borbón, con Felipe IV.

colige el ánimo que tienen hacia nosotros y el deseo de conservar la paz concedida; pues, aunque los capitanes y autoridades españolas, ya no intervienen en las causas que se siguen a los delincuentes indios; los gobernadores que ellos eligen, de acuerdo con el régimen de sus pueblos, son los que imparten justicia y castigan¹⁹ debidamente a los que delinquen.

Sirva de ejemplo el caso sucedido en la misión de San Francisco de Borja, al frente de la cual estaba el padre Francisco de Celada, toledano²⁰. Su administración era muy difícil a causa de la corrupción de algunos hechiceros y embaucadores. En cierto pueblo dependiente de esta misión, llamado Sohuíarachi²¹, vivía un indio diabólico, famoso por practicar toda clase de maleficios. Acusado de crímenes y maldades que hacía a otros, fue sentenciado a muerte por Retana; pero el padre Celada, compadecido, pide se le perdone la vida. Se accede a conmutarle la pena de muerte por la de prisión, mandándolo a un molino de metales de un real poco distante de la misión de San Francisco de Borja, para que de este modo expíe sus crímenes y los errores de su vida.

Viéndolo después de algunos meses el padre Celada, muy flaco y enfermo, logró que las autoridades le dieran la libertad y que se tornara a su casa. Regresó pues, a su casa, y habiéndose restablecido, continuó viviendo como antes.

19. Cfr. *infra*, nota 23.

20. Véase lo dicho acerca del padre Celada.

21. La misión de San Francisco de Borja Taguéachi, comprendía 3 pueblos: San Joaquín y Santa Ana Yéguachi; San Francisco Javier Purúachi, y Nuestra Señora de Guadalupe Sohuiáachi. Los padres Tardá y Guadalaxara dedican el lugar a la Virgen de Guadalupe.

Con amores libidinosos asedia a la hija de una viuda, una niña cristiana, bien instruida en las buenas costumbres desde la infancia. No logrando conseguirla para sus bestiales deseos, recurre a sus artes de hechicería e induce a la casta neófita, hasta parecer que la ha ido enfermando. La madre, dándose cuenta del mal, y temiendo mucho al brujo, se marchó apresurada con su hija a la misión de Carichí. Ahí, afectada por el maleficio, la niña se agravó y se puso en peligro de muerte, por lo que llamó al padre para que dispusiera a la moribunda a su última batalla. El misionero acudió de buen grado, la confesó, le administró la extrema unción, y poco después la enferma pasó a mejor vida. Enterado el padre, por la información que le dio la madre, del origen de la enfermedad de su hija, envió a la mujer a su pueblo con una carta.

Cuando el padre Celada leyó la carta, no pudo contener las lágrimas. La autoridad del pueblo, advirtiendo la insólita tristeza del padre, preguntó la causa de esta repentina congoja.

¿Cómo podré dejar de llorar respondió el padre, viendo a ese malvado hechicero al que yo dos veces libré de la muerte, al que le conseguí la libertad, y al que he dado tantas muestras de amor paterno? Este hombre mató, como ustedes lo saben, a la niña de esta pobre viuda. Toca al gobernador del pueblo y a los demás jueces de la misión, detener los maleficios de este perverso hombre.

Oyendo esto del padre convocaron a un consejo en el que decidieron sentenciar a muerte al reo. Esa misma noche, en silencio se dirigieron al lugar en donde estaba el delincuente, lo aprendieron repentinamente y lo ejecutaron en la horca.

Después de algunos días, el padre Celada, llamado para atender a un moribundo de cierto pueblo, hizo venir al

gobernador del lugar para interrogarlo sobre el malhechor, a lo que le respondió que el reo había muerto en una cruz²². El padre, que era de conciencia muy delicada asaltado por remordimientos internos, pide y consigue tranquilidad y consuelo de su superior.

Los temores del padre Celada se debían a lo que le había sucedido a otro de los nuestros no hacía mucho. Tenía este padre en su pueblo un hechicero famosísimo, diestro en transformarse en figura de varios animales: de oso, de jaguar, de león. Simulando la ferocidad de los mismos así como su saña, había dado muerte violenta a no pocos indios. Este fue después hecho prisionero y colgado en la horca por los vecinos de su pueblo²³. Después, la gente ignorante empezó a atribuir esta muerte al padre, pensando que los indios eran incapaces de ejecutar a nadie, sin el previo consentimiento del misionero y su orden expresa.

Por todos rumbos se comentaba la muerte de este brujo, y donde quiera se acusaba al padre de su muerte. El asunto llegó hasta Roma, al grado de que el padre general Tirso González²⁴ se comunicó con el padre provincial de México²⁵, diciéndole que en Roma se comentaba que, por orden de cierto misionero, un indio tarahumar

22. Según el relato de Neumann estos hechos se sitúan a fines del siglo XVII, entre 1696 y 1699.

23. Neumann aporta interesantes datos sobre los aspectos zoomórficos de la cultura tarahumara. La ejecución se hizo en San Ignacio Coyáchi, donde era misionero el padre Miguel de Ortega, por orden del general tarahumar don Gaspar Ignacio.

24. General de la Compañía de Jesús del 6 de julio de 1687 al 27 de octubre de 1705.

25. El padre Diego de Almonacir, provincial del 8 de enero de 1693 al 8 de enero de 1699. Su sucesor fue el padre Juan de Palacios para el trienio 1699.-1702.

había sido colgado; y que él, en caso de ser verídica la noticia, no lo podría tolerar. Mandaba en consecuencia que se amonestara severamente al infractor y que, de inmediato se le informase de qué sujeto se trataba.

El padre provincial, que nada sabía del asunto, recurrió al padre visitador²⁶, quien respondió que el misionero era acusado falsamente, como consta por declaraciones de los propios gobernadores que aceptaron que, sin quererlo ni saberlo el padre, ellos habían decidido matar al brujo.

Y ya no cabía duda de que los tarahumares constituidos como administradores de justicia podían imponer a los reos la pena de muerte²⁷. Antes se inquietaban los padres, de que en sus misiones los gobernadores de los pueblos usurpaban el derecho a la justicia vindicativa para castigar a los malhechores, se alarmaban también de que se les facultara para esto. Conscientes de su rigurosa autoridad, los misioneros lo habían prohibido a los indios, aunque éstos hubieran ejecutado estos suplicios ignorándolo el misionero. Pero Retana en la medida en que supo promover el derecho y la autoridad de los gobernadores indígenas, en esa medida logró acabar con los malvados. Estando Retana en Papigochi, le presentaron una bruja famosa, cuyo padre era célebre por su destreza en la hechicería y su dominio en los maleficios. La mujer había aprendido de su padre estas artes y costumbres, por lo que ya había dado muerte a muchos²⁸. Los indios reclamaban a Retana

26. El padre Neumann fue visitador de la Tarahumara de 1696 a 1699.

27. Abundan los testimonios acerca de la autoridad punitiva de los gobernadores tarahumares.

28. En Sisoguichi el 26 de junio de 1697 Retana condenó a muerte a una hechicera capturada en el albazo a Echoguita y Sisoguichi. El padre Hostinsky se encargó de prepararla al bautismo antes de ser fusilada y decapitada.

que dictara sentencia contra ella, y el les respondió: es inútil que me traigan a esta clase de reos, ya que ustedes pueden juzgarlos; y, si los hallan culpables, llévenselos a los padres para que los confiesen y los dispongan a una buena muerte; y sin mayor demora, mátenlos o quémenlos vivos.

Los indios acataron el consejo y poco después sentenciaron al suplicio del fuego a una mujer convicta de estos crímenes. De lo relatado se infiere que los misioneros no se han inmiscuido en condenar a los reos, sino sólo en confortar a los condenados a muerte, exhortándolos a sobrellevarla con firmeza cristiana²⁹.

Las misiones de la Tarahumara gozaban ya de una tranquila paz y cada uno de los obreros apostólicos cultivaban sus viñas con esmero. En veinte años ninguno había muerto, a excepción de los dos padres muertos a manos de los bárbaros en el año de 1689, como ya lo mencionamos³⁰. Finalmente, Dios permitió que algunos de nosotros

29. Por ejemplo los padres rector Pietro Proto y Florencio de Alderete, preparan a 39 indios a morir cristianamente en Cocomórachi el 21 de marzo de 1697; los padres Alderete y Eymer asisten a 14 indios ejecutados en Matachiqui el 30 de abril de 1697; el padre Hostinsky bautizó el 26 de junio en Sisoguichi a una hechicera que iba a morir; y en Papigochi el 2 de septiembre fray Antonio Victorino preparó para bien morir a un rebelde de Bachíniba; en Basaséachi, el 27 de noviembre fueron ejecutados 6 rebeldes de Cerocahui, asistidos por el padre Alderete; en Yécora el 24 de marzo de 1698 son ejecutados 2 pimas rebeldes, preparados para "bien morir" por los padres Natale Lombardo y Luigi Ma. Pinelli.

30. Neumann alude al martirio de los padres Foronda y Sánchez que murieron entre marzo y abril de 1690, no en 1689 como lo escribe.

31. Estos son los misioneros que había en la Tarahumara en 1708: I. Misión de la Natividad. 1) Antonio de Herrera, visitador. 2) Francisco Bañuelos. 3) Domingo Lizarralde. 4) Luigi Mancuso. 5) Tomás de Guadalajara. 6) Agustín de Roa. II. Misión de San Joaquín y Santa Ana. 1) Miguel de Ortega, visitador. 2) Antonio Arias, rector. 3) Joseph

fuesen llevados a recibir la recompensa por sus fatigas, de modo que en un lapso de cuatro años fallecieron cinco³¹. Entre ellos estuvo el padre Vaclav Eymer³² quien, después de haber padecido asiduos dolores de estómago, casi durante seis meses, finalmente murió en Papigóchi en el mes de septiembre, en el día de la fiesta de San Esteban rey de Hungría³³, en el año de 1709. A este padre, lo siguió hacia la eternidad feliz el padre Villem Illing³⁴ en la sierra de Guazapares. Desde el principio en que llegó a trabajar con nosotros a esta viña de la Tarahumara sobresalió por su empeño en la gloria de Dios. Posteriormente se le trasladó a la provincia de Sinaloa; ahí desarrolló una fecunda obra en favor de la conversión de los indios; y al frente de los

Neumann. 4) Florencio de Alderete. 5) Ignacio Javier de Estrada. 6) Juan Antonio Landa. 7) Francisco Javier Montoya. III. *Misión de Guadalupe*. 1) Tomás de Solchaga, rector. 2) Vaclav Eymer. 3) Jirí Hostinsky. 4) Juan de Dios Morales. 5) Francisco del Bosque. 6) Juan Castellanos. 7) Juan Manuel del Hierro. IV. *Misión de Chínipas*. 1) Manuel de Ordaz, rector. 2) Pedro de Morantes. 3) Bernardo de Garfias. 4) Villem Illing. 5) Martín Benavides. Los padres que fallecieron y que menciona son: Eymer e Illing; el padre Pedro de Noriega murió en Nonoaba el 20 de enero de 1704; el padre Francisco de Celada murió en San Borja, el 28 de enero de 1707 y el padre Miguel de Ortega falleció en Carichí en 1721.

32. El padre Eymer nació en Melnik, Bohemia, en 1661, e ingresó con los jesuitas de aquella provincia en 1678. De 1680 a 1691 solicitó ser enviado a las misiones del Marañón; pero ese mismo año el padre general Tirso González solicitó a la provincia de Bohemia voluntarios para las misiones de México. Eymer llegó a México en 1692 junto con los padres Janusky, el hermano Steinhöfer y otros. Ya en la Tarahumara ocupó sucesivamente los lugares de Ariséachi, Tomochi y Papigochi. Antes había estado en Ocoroni, Sinaloa. De 1699 a 1702 fue visitador de la Tarahumara y entre 1702 y 1708 fungió como rector de la misma. Falleció en Papigochi el 2 de septiembre de 1709.

33. Este día fue el 2 de septiembre.

34. Sobre los datos biográficos del padre Illing véase *supra*, Introducción, Nota 11. En 1693, después de cinco años en la Tarahumara, pasó

nuestros estuvo más de una vez, gobernándolos con la caridad y el ejemplo de su rectitud y prudencia.

Al finalizar el siglo anterior, los españoles habían descubierto las minas de plata de Chihuahua³⁵, a veinte leguas aproximadamente de Cusihuiríachi, rumbo al oriente. Acudió al lugar gran cantidad de gente³⁶, y entonces se formó, cerca del río³⁷, una nueva población que fue creciendo rápidamente con los años, de manera que después de algún tiempo a lo largo de mil pasos se extendían las casas, las haciendas de beneficio de metales y sus oficinas anexas. Parecía más una ciudad que una villa, por la afluencia de los innumerables comerciantes y trabajadores; y si administran bien sus negocios en breve tiempo se enriquecerán, pues es increíble la abundancia de plata que sacan de estas minas.

Cada día aumentaba más esta nueva y populosísima ciudad española al haberse abandonado otros lugares donde se habían agotado las minas o éstas eran menos ricas. Así pues, se pensó en que aquí se podría fundar un colegio de la Compañía, y de inmediato se iniciaron las pláticas con el gobernador del reino³⁸, señalando que el mencionado instituto sería de gran utilidad tanto para conseguir la educación cristiana de los niños, como para

a Chínipas y Guazapares que dependían del rectorado de Sinaloa. Murió probablemente en Loreto en 1712.

35. La actual ciudad de Chihuahua fue fundada oficialmente el 12 de octubre de 1709 por el Gobernador don Antonio Deza y Ulloa con el nombre de San Felipe el Real más tarde San Francisco de Cuéllar, y finalmente Chihuahua.

36. En un informe al rey monseñor Tapiz dice que en 1721 Chihuahua contaba con 16,000 habitantes.

37. Se refiere al río Chuvíscar.

38. Don Manuel de San Juan de Santa Cruz, gobernador de la Nueva Vizcaya desde agosto de 1714. El padre Alegre relata esta fundación autorizada por el virrey marqués de Valero el 25 de noviembre de 1717.

realizar otros ministerios de la Compañía, que conducen a la salvación de las almas.

Se localizó un lugar para construir el edificio, que fuera amplio y en medio del caserío. Se compró a una viuda española un predio vecino que tenía molino para trigo, campos y ganado para el sustento de la nueva fundación. La construcción se empezó en el año de 1718, y tan adelantada está ya la obra que con el envío por el padre provincial Alessandro Romano³⁹ de los primeros padres se ha podido empezar ya, con óptimos frutos, la labor de la Compañía. Un veterano misionero, originario de Valencia⁴⁰, es el rector del colegio.

El principal objetivo de esta fundación era el de instruir a los nuevos misioneros en las distintas y muy difíciles lenguas indígenas, poniéndoles maestros para su conocimiento y práctica. Estos serían misioneros veteranos que, por su edad avanzada o quebrantada salud ya no pudieran permanecer en las misiones. Hasta ahora ninguno de los padres enviados a las misiones, se ha iniciado en este colegio recientemente erigido. Todos los sujetos que llegan aquí, principalmente los europeos, se muestran luego excelentes alumnos y muy pronto maestros, dedicando

La construcción del colegio se inició el 2 de febrero de 1718.

39. El padre Alessandro Romano fue provincial de los jesuitas del 7 de enero de 1719 hasta 1722. Nació en Nápoles en 1664 e ingresó a la Compañía de Jesús en 1680. Concluyó sus estudios en México en 1695 ocupándose de la educación de los indios en esta ciudad. En 1696 lo nombraron rector del colegio de San Gregorio. Murió el 11 de enero de 1724.

40. Era el padre Antonio de Herrera. Nació en Yessa, Valencia, en 1651; fue admitido por los jesuitas en 1666. Se ordenó sacerdote en México en 1678. Fue enviado al puesto de San Pablo, dependiente de la misión de la Sierra de Piaztla. Fue misionero de la Tarahumara durante muchos años. Fue visitador de la Tarahumara de 1701 a 1711. Falleció el 28 de Julio de 1732 después de 48 años de misionero.

todas sus fuerzas a aprender las lenguas y, con la patente ayuda de Dios, rápidamente lo logran.

Hacía falta un médico para atender a los padres cuando se enfermaban; por esto fue muy grata la llegada del hermano Juan Steinhöffer⁴¹, de la provincia de Bohemia, donde había sido admitido en la Compañía. Hombre habilísimo en el arte médico⁴². No solo con su actuación sabia y eficaz ayudó a los nuestros en las provincias de Sonora, Sinaloa y Tarahumara, sino que además escribió un libro en español con toda erudición, cuyo nombre es *Florilegio Medicinal*⁴³, útil para que la posteridad pueda curar sus cuerpos, para su mayor honra y la de su provincia de Bohemia.

41. El hermano Johannes Steinhöffer, nació en Iglau, Moravia, y fue aceptado por los jesuitas el 20 de septiembre de 1680. Llegó a México en el año de 1692 y permaneció un tiempo en el colegio de San Pedro y San Pablo de México. En 1696 regresa a Europa en compañía del confesor del virrey. Pronuncia sus últimos votos en Madrid, en 1698. De regreso a la Nueva España se le envía a las misiones de Sinaloa y Sonora. Neumann da a entender que estuvo también en las misiones de la Tarahumara, siempre como médico. Fue autor de un importante libro de medicina: *Florilegio Medicinal* de gran utilidad en el noroeste de México. Murió en San Ildefonso de Yécora el 2 de abril de 1716.

42. En una carta al padre general Tirso González, el hermano Steinhöffer, le decía: "... ser un coadjutor temporal y conocer bien el arte farmacéutico".

43. El título completo de la obra de Steinhöffer es: "*Florilegio Medicinal de todas las enfermedades, sacado de varios y clásicos autores, para bien de los pobres y de los que tienen falta de médicos, en particular para las provincias remotas en donde administran los reverendos padres misioneros de la Compañía de Jesús*". México 1712. 522 páginas. Hubo otras ediciones en México, Madrid y Amsterdam en 1719, 1732, 1755 y 1888. La última, en 1977-1978 en dos volúmenes es la única exhaustivamente estudiada y sabiamente presentada por Ma. del Carmen Anzures y Bolaños. La editó la Academia Nacional de Medicina, de México.

El libro fue aprobado por la Facultad de Medicina de la Universidad de México, muy apreciado por los médicos. Se imprimió en México y fue distribuido en estas lejanas regiones; es muy útil y provechoso en la atención doméstica de los enfermos de cualquier sexo o edad puesto que en él se describe todo género de enfermedades y se prescriben medicamentos apropiados y muy probados.

El hermano Juan, murió en la provincia de Sonora, pero permanece vivo entre nosotros a través de su erudito Florilegio, cuyo suavísimo perfume conserva a muchos la salud y a otros se la restituye. Fue el hermano Juan, varón verdaderamente religioso y de una gran caridad con todos⁴⁴.

Esta paz ya bien establecida durante algunos años, fue seguida de nuevas zozobras en los límites de la provincia Tarahumara, pero todo temor se disipó alejando de Tutuaca a Manuel, su gobernador. Era éste, un pima de grande autoridad entre los suyos, pero falso y sagaz; vivía públicamente en poligamia, que los nuestros muchas veces se la habían severamente prohibido, lo que fue causa suficiente para que tramara la revuelta.

A todo lo dicho habría que agregar la sospecha de más de un homicidio que se le atribuía, pues corría fama de que había asesinado a dos españoles de Sonora que viajaban por ese rumbo y cuyos cuerpos el impío había dejado en una cueva oscurísima, cercana al camino real. Hoy se puede ver la osamenta que demuestra la verdad de los hechos.

Habiéndolo, pues, despojado de su oficio de gobernador, le sucedió otro individuo muy estimado por los indios, pero enemigo jurado de Manuel el Pima.

44. En carta de 1691 al padre Tirso González del mismo hermano Steinhoffer se trasluce la riqueza y bondad de su corazón.

Muy resentido por esto se fugó Manuel al monte, a algunas leguas de distancia, con muchos hombres de igual calaña.

Despreciando las órdenes del nuevo gobernador, comenzó primero a maquinarse contra él y luego en contra de los pueblos vecinos, mandando secretamente mensajeros que incitasen a los indios de la sierra en contra de los españoles.

Este pestífero mal, aún latente, fue descubierto a tiempo por los mismos indios, bien escarmentados por las calamidades de las últimas rebeliones, y asustados por sus gravísimas incomodidades⁴⁵.

Al nuevo general de los tarahumares⁴⁶ llegó la noticia de la rebelión. Este, poniendo en duda la relación que le hacían los indios, le escribió al padre Jiri Hostinsky⁴⁷ para que averiguara con detenimiento el asunto y la verdad de los mismos indios a los que amaba entrañablemente. Lo mismo le solicitó al padre Hostinsky⁴⁸ don Juan José Maz-

45. Los indios conocían perfectamente las graves consecuencias que les acarrearía una rebelión. Por ejemplo declaraba un gobernador indígena al respecto: "fuele preguntando que si su gente había admitido el tlatole, y respondió y dijo que no, porque luego que llegó él a su pueblo, los juntó y a todos les dijo... mirad bien ahora si queréis que nos alzemos, y respondieron todos: no queremos porque ya sabemos lo que es andar de sierra en sierra, muertos de hambre".

46. Antes de la llegada de los españoles las naciones del norte de México no tenían un jefe común, sino solamente cabecillas locales. Ya en 1650 se habla de un general de los tarahumares, don Juan de la Cruz y de otro general de los conchos. En 1673 al reanudarse la labor misional, don Pablo desempeña un gran papel para facilitar la misión.

47. El padre Hostinsky atendió a los indios de Tomóchi pero residía en Santo Tomás. Cfr. *supra*, Cap. I nota 13.

48. La visita del coronel Giovanni Giuseppe Mazzoni se sitúa en 1713. El 24 de octubre de 1714 el virrey, duque de Linares, escribió al sargento mayor Juan Antonio de Trasviña de Retis, teniente de capitán

zoni, boloñés, militar que había venido desde Europa con el virrey duque de Linares⁴⁹ como visitador de los presidios, de los reales de minas, y de los tribunales de Nueva Vizcaya.

Habiéndose extendido el rumor de la nueva rebelión deseaba aplacarla cuanto antes; por esta razón en su carta al padre Hostinsky le otorgaba amplísimos poderes, no sólo para restituir a Manuel el pima en su puesto, si así lo creía prudente, sino además, si lo deseaba, para promoverlo a una dignidad mayor.

El misionero se dirigió a Tutuaca, y analizando atentamente las cosas y lo peligroso e inminente de las circunstancias, trató de localizar a Manuel; y como el padre dominaba con toda propiedad la lengua tarahumara, le habló tan persuasivamente y con tantas razones, que logró deshacer sus enemistades y que le prometiera Manuel regresar con los suyos a Tutuaca. Entonces, el padre creyó oportuno valerse de él para que sacara de sus escondites de la sierra a los demás indios cómplices de la rebelión. A él se le restituyó en el cargo de gobernador y se le dio además, por escrito el título de capitán general. Por su

general en el presidio de San Francisco de Conchos, ordenándole acompañar a los misioneros franciscanos en una nueva entrada a la Junta de los Ríos. Trasviña se hace acompañar de 4 indios y 20 soldados del presidio de Conchos y del capitán don José de Besasuain, sucesor del difunto general Retana. Esta expedición se inició en junio de 1715 y Trasviña recordó su viaje al real de San Francisco de Cuéllar para conferir con el coronel Mazzoni "que se hallaba de visitador por su excelencia, de dicho real, de presidios y minas; aquí en mi presencia, con mucho instancia le pidieron los amparase, pidiendo a su excelencia les enviase dichos padres doctrineros para vivir como cristianos; (...) Mazzoni, con católico celo les atendió y ofreció representar lo que pedían a su excelencia...

49. Don Fernando de Alencastre Noroña y Silva, duque de Linares, virrey desde el 15 de enero de 1711 al 15 de agosto de 1716.

parte, Manuel no se rehusó a colaborar gustoso en tan urgentísimo asunto. De este modo se descubrió que siete pueblos ya se habían adherido a esta nueva conspiración.

En consecuencia el padre Hostinsky convocó a los gobernadores de los pueblos y a toda la gente de la sierra, advirtiéndoles severamente de la ruina extrema de las almas y de los grandes peligros a que se habían expuesto. Y habiéndoles otorgado gustosamente el perdón evitó con tan buen éxito el castigo divino que este pueblo pecador merecía, que primeramente el gobernador del reino⁵⁰, después el visitador militar y, finalmente, el mismo virrey⁵¹ de la Nueva España le enviaron al padre Hostinsky sendas cartas llenas de gratitud y amistad por lo que había hecho. Tiempos vendrían en que este padre sería acusado (pues nunca faltan los sembradores de cizaña⁵² en el género humano) por hombres malvados en la ciudad de México, así como en Madrid y en Roma; y será el propio virrey en el que tendrá el padre a su mejor defensor y poderoso vengador en contra de sus calumniadores.

Pues aunque el indio Manuel había prometido que bajaría a los indios de la sierra, nunca cumplió lo dicho, valiéndose para ello de evasivas y excusas, eludiendo siempre la intención del padre⁵³; al contrario, trató más

50. Don Manuel de San Juan de Santa Cruz, Cfr. Cap V, notas 38 y 53.

51. Don Baltasar de Zúñiga y Guzmán, Sotomayor y Mendoza, marqués de Valero, Ayamonte y Alencar, virrey del 15 de agosto de 1716 al 15 de octubre de 1722.

52. Alusión a la parábola evangélica de Mateo, XIII 24 - 43.

53. El 6 de septiembre de 1717, el padre visitador de la Tarahumara, Antonio Arias comunica al gobernador de la Nueva Vizcaya, don Manuel de San Juan de Santa Cruz: "no he tenido aún respuesta del padre George Hostinsky en orden al punto de don Manuel de Tutuaca...". El gobernador insiste en que se arregle lo más pronto posible lo relacionado con don Manuel.

bien de que permanecieran en los montes, tanto para evitar que los visitaran los padres, como para que los españoles nunca dejaran de temer. Añádase a lo dicho que su espíritu mendaz optó por oponer sus mentiras a la doctrina del padre, proclamando que los padres eran supersticiosos, los españoles impíos, y unos y otros enemigos de la nación tarahumara.

Algunos más fieles le comunicaran todo esto al padre Jirí Hostinsky, y él a su vez lo escribió lo más pronto posible al señor Mazzoni, visitador del reino; así se determinó no enviar a ningún misionero hasta que el dicho Manuel saliera de la sierra de Tutuaca.

Por todo lo sucedido, después de que el padre Hostinsky y el señor Mazzoni, deliberaron entre sí, llegaron a la conclusión de que debería aprovecharse la primera ocasión para capturar a Manuel. El proyecto lo llevó el padre con tal destreza, que los mismos indios de Tutuaca, sin que Manuel lo sospechara, lo entregaron prisionero para que fuera conducido a la cárcel de Parral, donde se le tuvo preso algunos años sin que se le permitiera nunca volver a su tierra.

Desterrado Manuel, se envió a Tutuaca a un padre mexicano que fue a atenderlos, el cuál permaneció en ese lugar apenas un año, a causa del mucho frío que ahí hace y de otros inconvenientes para su labor⁵⁴. Tal vez lo que faltaba al padre era ánimo para sobrellevar las dificultades propias del apostolado. Así pues, el padre Hostinsky reci-

54. Probablemente era el padre Jorge Villanueva. Nació en Irapuato, perteneciente a la diócesis de Michoacán, en 1684; ingresó con los jesuitas en 1704. Para 1714 está en el rectorado de Guadalupe en la Tarahumara. Pasó después como operario al rectorado de San Francisco de Borja en Sonora. De 1723 hasta su muerte está en el Colegio de Morelia. Falleció el 17 de septiembre de 1744.

bió de nuevo el cuidado de aquellos serranos, verdadero pastor de aquellas ovejas cuya voz no escuchaban tan ávidamente como él las conocía muy bien.

Suplía entonces el padre Hostinsky a cuatro misioneros y visitaba con frecuencia esas misiones montañosas carentes de sacerdotes con el fin de administrar los sacramentos a los nuevos cristianos⁵⁵. Con sus apostólicos sermones y el fulgor del evangelio retuvo en la fe a los vacilantes, les restituyó la paz a los sediciosos y casi extirpó de esta nación sus ancestrales vicios⁵⁶. Así pues, con un conocimiento mejor de la verdad trataron seriamente de construir los templos y casas de los padres. Según la costumbre implantada en cada misión por nuestros antiguos y primeros misioneros⁵⁷, había indios encargados de juntar a los niños para la oración vespertina. De esta manera los cacicillas de los rebeldes, convencidos por estos buenos ejemplos, condenaron de buen grado la rudeza de sus propios errores y la dureza de su corazón.

Tiempo después comenzó a formarse una nueva rebelión en el año de 1721; todo por causa de un indio muy capaz para gobernar. Se llamaba Sebastián y tenía el cargo de lugarteniente general. Los padres lo apreciaban mucho, tanto por su elegancia en el hablar, como por sus conocimientos de la doctrina cristiana, que había aprendido de los padres. Catequizaba a los suyos con celo poco común; lo hacía de modo extraordinario, constantemente y con fuerza de persuasión, y por todos los medios obligaba a los delincuentes a apartarse de los vicios: con la palabra, con amenazas y hasta audazmente con castigos.

55. Datos sobre el padre Jirí Hostinsky. Cfr. *supra*, nota 47.

56. Neumann ha tratado de este punto varias veces en esta obra.

57. A estos auxiliares de los misioneros que enseñaban el catecismo a los niños, se les llamaba *temastianes*, voz de origen náhuatl que

Todo lo anterior no fue del agrado de un émulo de Sebastián, indio ciertamente de grandes prendas, quien puso secretamente una trampa a Sebastián. Llevó sus calumnias hasta el gobernador general de los tarahumares, que también era indio, acusando a Sebastián de falsos crímenes y exasperando a tal grado los ánimos de los tarahumares, que éstos se decidieron a prenderlo cuanto antes. Sin que se enterara ninguno de nuestros padres, (pues éste era el propósito del calumniador) a media noche capturaron al inocente y lo condujeron a Papigóchi. Se hacen venir los jueces tarahumares y el juez español. Pero este último queriendo sacar provecho y dinero de esta inicua aprehensión, pospuso el veredicto.

Por las razones dichas, nuestros padres con unánime consentimiento, escribieron tan diestramente al gobernador del reino, don Martín de Alday⁵⁸, que dispuso que de inmediato fuera puesto en libertad el inocente y que al justicia español se le quitara la vara del poder y se le aplicara la pena del talión.

Por su parte, el siniestro acusador, fue aprehendido a media noche por los mismos indios de Tutuaca, pero liberado gracias a algunos amigos; vivió algún tiempo escondido en las cuevas, hasta que arrepentidos de su crimen él y sus cómplices al finalizar una misa el padre Hostinsky cayeron de rodillas a sus pies, pidiendo perdón por sus errores, y prometiendo una sincera amistad a Sebastián.

significa: maestro, enseñante o predicador.

58. El general Martín de Alday desde 1690 se encuentra al lado del general Retana. Para 1720 es gobernador de la Nueva Vizcaya. El obispo de Durango don Pedro Tapiz escribe al rey el 15 de junio de 1720 alabando los servicios que ha prestado Alday, y pide que su gobierno se prolongue 5 años. A Alday le sucedió como gobernador de la Nueva Vizcaya en 1723, don José López de Carvajal.

De este modo, esta pequeña chispa, que muchos temieron levantaría un incendio, gracias a Dios se apagó.

Ese mismo año de 1721, los indios de Nayarit⁵⁹ (hoy la provincia de Nayarit se llama reino de Nuevo Toledo), que hasta entonces habían rechazado la fe católica, sometidos por las armas de los españoles de Zacatecas y de Guadalajara, se muestran ahora prontos y dispuestos a vivir en el seno de la Santa Madre Iglesia.

Pretendían los buenos hermanos de la orden de San Francisco que esa provincia pertenecía a sus labores apostólicos; pero el jefe de los nayaritas⁶⁰ que se había trasladado a México, solicitó padres de la Compañía, y por mandato del excelentísimo virrey, señor marqués Baltasar de Valero⁶¹, les entregó a los nuestros esta nueva viña del Señor. Así, por orden del padre provincial⁶², se enviaron seis padres a cultivar esa tierra de gentiles, donde trabajan con gran fruto de aquellas almas.

En el siguiente año de 1722, los indios de varias naciones, y principalmente los nómadas, con sus incursiones hostiles hace algunos años, habían devastado y destruido miserablemente, la provincia llamada reino de Nuevo

59. Desde 1715 monseñor Pedro Tapiz, obispo de Durango, se interesó en la conversión de los indios de Nayarit. No pudiendo hacerles una visita pastoral envió como delegado suyo al jesuita Tomás de Solchaga con todas las facultades necesarias. Para los comienzos de la evangelización de Nayarit, véase el libro de Ortega-Fluvía: *Maravillosa Reducción y Conquista de la Provincia de San José del Gran Nayar* (México 1754).

60. El jefe de los indios de Nayarit se llamaba Tónati, o "sacerdote del Sol". Acompañado de otros 25 indios notables, llegaron a la ciudad de México en febrero de 1721. Fueron recibidos por el virrey marqués de Valero, y por el provincial de los jesuitas, Alessandro Romano. Se les asignaron como misioneros los padres Juan Tellez Girón y Antonio Arias de Ibarra, antiguo visitador de la Tarahumara.

61. El marqués de Valero.

León⁶³. Pero gracias a Dios, después de muchas batallas fueron gloriosamente vencidos, capturados 300 indios y muchos muertos. Al mando de las tropas fue el propio gobernador del reino, Martín de Alday⁶⁴. Así, para el año de 1723, en que añado ésto último, todo está en calma.

Y baste haber escrito estas cosas sobre nuestras misiones de esta América septentrional y principalmente de la Tarahumara, en donde el día de hoy trabajan doce misioneros⁶⁵; en las sierras de Guazapares, a donde se extiende el idioma de esta gente laboran otros cinco⁶⁶. Otros más

62. El P. Alessandro Romano, fue provincial del 7 de enero de 1719 hasta 1722.

63. Sobre la evangelización y conquista del Reino de Nuevo León, consúltese: *Historia de Nuevo León...* de Alonso de León.

64. El General Alday fue gobernador de la Nueva Vizcaya de 1720 a 1723.

65. Los misioneros mencionados por Neumann, y que trabajaban en la Tarahumara en 1723 eran: I.- **Misión de San Joaquín y Santa Ana.** A) Joseph Neumann, visitador en Carichí. 2) Juan Antonio de Landa, rector en San Borja. 3) Antonio de Idiáquez en Nonoava. 4) Andrés Sotomayor, en Coyáchi. 5) Antonio Martini en Norogáchi. 6) Ignacio Javier de Estrada, en Teméichi. 7) Balthasar Rauch en Sisoguichi. II.- **Misión de Guadalupe.** 1) Juan Manuel del Hierro, rector en Yepómera. 2) Jirí Hostinsky, en Papigochi. 3) Juan de Dios Morales en Matachi. 4) Franz Hermann Glandorff, en Tomóchi. 5) Lorenzo Mendibil en Santa Ana de Chinarras. III.- **Misión de la Natividad.** A) Francisco de Bañuelos, visitador en San Miguel de las Bocas. 2) Antonio de Herrera en Santa Cruz de Tarahumares. 3) Francisco del Bosque, en Satebó. 4) Cristóbal Laris, en San Jerónimo Huejotitán. 5) Agustín de Roa, rector en San Pablo. 6) Juan Antonio de Aragón, en Santa María de Cuevas. 7) Felipe Calderón en Baborigame. 8) Lorenzo Gera in via ad misiones.

66. Los cinco misioneros encargados de la región de Chínipas y Guazapares eran: A) Jácques Doye, rector, en Cerocahui. 2) Jean Baptiste Duquesney, en Santa Ana. 3) José de Monresin, en Tubares. 4) José de Basaldúa, en Santa Teresa de Guazapares. 5) Bernardo de Garfias, visitador, en Santa Inés de Chínipas.

están en las provincias de Sinaloa, Sonora, Topia y Tepehuanes, así como en California, sumando entre todos ochenta⁶⁷ los sacerdotes de nuestra Compañía. Y si cada sexenio los procuradores de la provincia de México, enviados a Roma, no traen más refuerzos de Europa⁶⁸, nunca los de aquí serán suficientes, ni podrán extenderse más al Norte de América con nuevas reducciones, donde aún hay muchas gentes, tanto hacia el septentrión como hacia el ocaso, a las que todavía no se ha podido anunciar el evangelio⁶⁹.

Además en estas mismas tierras de la Tarahumara, donde subsisten nuevas reducciones recientemente fundadas que esperan aún un misionero. Una de éstas entre el oriente y el mediodía, es Sorichiqui y la otra Satebó, que el padre Manuel Ordaz⁷⁰ condujo a la fe de Cristo después de erigir la nueva misión de Tubares⁷¹. Otra está

67. En 1723 había 97 misiones jesuitas en el norte de México, y 106 en 1726.

68. Entre otros asuntos los procuradores que iban de México a Europa se encargaban de reclutar gente para las misiones septentrionales de Nueva España.

69. El P. Neumann en su noticia necrológica del P. Ratkay (1684), en su carta del 15 de septiembre de 1693 trata de las inmensas regiones aún no evangelizadas y de la falta de misioneros.

70. El P. Ordaz se ocupaba de los indios de Tubares y de Urique, desde 1696. Para 1698 atendía a los pueblos tarahumares, de Sorichiqui, Santo Angel de Satebó y Pamachi, pero su residencia habitual era Cerocahui y Cuiteco. No debe confundirse este pueblo del Santo Angel de la Guarda de Satebó cercano a Batopilas, con el de San Francisco Javier de Satebó misión de la antigua Tarahumara, al oriente.

71. Los tubares ya han desaparecido, pero en 1678 el visitador Juan Ortiz Zapata informa sobre ellos; en 1684 intentan una rebelión uniéndose al cabecilla tarahumar Corosia. En 1690 el P. Pedro de Noriega visita a los tubares e informa sobre posibles misiones entre ellos. Serán unos 3,000 según Sauer.

más allá del río Urique, hacia el oriente: Pamáchi⁷²; sus moradores siempre opuestos a los rebeldes, mostraron un increíble deseo de recibir la fe. A éstos los bautizó el padre Martín de Benavides⁷³, en una entrada que hizo muy laboriosa, por enormes precipicios en cuyo fondo corre el río Urique.

Más tarde, el visitador de la provincia de Sinaloa, mandó al misionero de Cerocahui, padre Jacques Doye, de origen belga, como vecino de Pamáchi que erigiera ahí una nueva misión. Gracias a la labor infatigable del padre Doye⁷⁴ todos los adultos que acudían espontáneamente de sus escondrijos, fueron instruidos en la fe cristiana y regenerados por el bautismo en los tres lugares mas poblados en donde habitaban⁷⁵. Al año siguiente le fue entregada al padre una nueva reducción, que nunca descuidó en visitar y hacer proteger.

72. El P. Neumann, por error escribe "Parraziensium" pero él mismo se corrige en el siguiente párrafo.

73. El P. Martín de Benavides, nació en 1665 en Villanueva del Arzobispo, provincia de Jaén, España, ingresó con los jesuitas en 1683. Llegó a México en 1692. De 1696 a 1720 es misionero en la región de Chínipas, donde fue rector y visitador de 1717 a 1720; de 1720 a 1723 pasa como visitador a las misiones de la Tarahumara. En diciembre de 1717, recorre la zona montañosa de Ichuro, San Luis Guagüeibo, San José Pamáchi y Nuestra Señora de Pópulo de Guagüichiqui. El 9 de febrero de 1718 el P. Benavides solicita al gobernador de la Nueva Vizcaya, don Manuel de San Juan de Santa Cruz, la fundación de nuevos pueblos. Estas fundaciones fueron encomendadas al padre Jacques Doye en 1718. Murió en San Luis Potosí el 30 de marzo 1724.

74. El P. Jacques Doye, nació en Oudenaar, Flandes Oriental, Bélgica, el primero de enero de 1677. Ingresó con los jesuitas en 1696. Llegó a México en 1713 y permaneció en las misiones de Chínipas hasta 1730 en que fue enviado a las misiones de Nayarit, donde murió el 11 de noviembre de 1749.

75. Estos eran Guagüeibo, Pamáchi y Guagüichí, Cfr. *supra*, nota 72.

Por lo dicho consta que en estas remotas partes del orbe ninguna nación ha sido evangelizada sin la labor insigne de los misioneros; y que sin su esfuerzo tampoco las demás podrían ser reducidas, pues los españoles que vienen acá no se preocupan nada de la propagación de la fe. Su único interés son las minas de plata⁷⁶ para enriquecerse, sin importarles la reducción de los indios; asunto que los reyes de España consideraron siempre en primer lugar, dejando a un lado las riquezas terrenales. Pues, muchas veces, por orden suya, se agotaron los recursos de las cajas reales en estas partes de las Indias; todo con el propósito de erigir misiones, y de sujetar a estas gentes bárbaras a la ley divina⁷⁷ y humana.

Y siempre a los gastos hechos en erigir nuevas misiones y en reducir a los indios, se siguió el descubrimiento de ricas minas de plata⁷⁸, permitiendo así Dios que, al buscar su reino eterno, se consigan también copiosamente los bienes necesarios para la conservación de este reino terrenal⁷⁹.

Como ejemplo tenemos las minas chihuahuenses⁸⁰ que, después de haberse concluido felizmente esta última guerra por los soldados que mandaba el general Retana, se descubrieron muy ricas en esta Tarahumara, de modo que

76. Neumann habla de la sed insaciable de plata de los españoles y menciona las minas de Cusihiuiriachi, Coyachi, Urique, Tacupeto, Ostimuri y Chihuahua.

77. La aportación anual o sínodo que daba la corona a los misioneros era en promedio de 300 pesos.

78. En el pensamiento colonial se asoció el establecimiento de misiones con el descubrimiento de minas de plata, como una recompensa divina.

79. Alusión al Evangelio de San Mateo, VI, 33.

80. Neumann da más detalles sobre el descubrimiento de las minas de Chihuahua y la opulencia de la futura villa. Ver *supra*, notas 35 - 37.

cada día se saca de ellas mayor cantidad de plata⁸¹. Así se enriquece al erario regio con el quinto real de la plata que se extrae, y que por derecho de dominación pertenece al rey; el resto con todo derecho le pertenece al minero, y esta plata va a engrosar también las arcas de los comerciantes. Estos mercaderes aunque acumulen muchas riquezas, resulta evidente que nunca llegan hasta el tercer heredero. ¿Por qué razón? No se sabe, a no ser por aquello de que lo mal habido mal se pierde. Muchos de estos hombres, mientras se afanan en adquirir y acumular riquezas terrenas, pierden las eternas⁸². Más todavía, a menudo súbitamente pierden esa afluencia de riquezas experimentando las miserias y vicisitudes de los mortales y, como Tántalo⁸³ perecen de hambre inmersos en el río de la abundancia.

Muchos ejemplos ilustran lo anterior en estos reales de minas por lo que deben estimarse más felices que los españoles estos indios que desprecian los bienes materiales y no les importa lo demás teniendo qué comer y qué vestir.

No se pueden negar las trabas que tienen las conversiones ya que estos naturales apenas evangelizados y reducidos a pueblos, son llamados por los españoles para trabajar en las minas. Y los españoles mismos reconocen que ningún derecho tienen sobre ellos, cuando no quieren aceptar la ley de Dios. A no ser que los gentiles perturben

81. Sobre la legislación relacionada con la minería, y en particular sobre los "quintos reales", consúltase la **Recopilación de Leyes de los Reinos de las Indias** en el libro VIII, títulos X y siguientes.

82. Alusión al Evangelio que dice: "¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?". Mateo Cap. XVI, 26.

83. Tántalo, sirvió a los dioses la carne de su propio hijo Pélope, y fue condenado a vivir siempre con hambre y sediento..

a los cristianos cuya defensa y patrocinio asumen los españoles para que ellos mismos no dejen de ser cristianos⁸⁴.

84. Esta mentalidad paradójica se explicaba así: si los indígenas se hacían cristianos, pasaban a ser vasallos del rey. Por otra parte había que tomar en cuenta su explotación por los españoles, contraviniendo lo ordenado en las **Leyes de Indias**.